

The background is a solid green color. In the lower-left corner, there is a wooden cross made of four rectangular blocks. A hand is visible on the left side, holding a rope that forms a loop. The overall scene is dimly lit, with the green background being the most prominent color.

Amigos fuertes de Dios

Pedro Poveda

narcea

PEDRO POVEDA

AMIGOS FUERTES DE DIOS

Introducción, comentarios
y selección de textos
D. Gómez Molleda

NARCEA, S. A. DE EDICIONES

ÍNDICE

PRÓLOGO

INTRODUCCIÓN

I. SER CRISTIANO Y PARECERLO (1906-1910)

1. SER CRISTIANO Y PARECERLO
2. PROPUESTAS A LOS JÓVENES
3. LAS CONDICIONES DE CRISTO

II. RENOVAR EL MUNDO (1911-1914)

1. LA SOCIEDAD NECESITA FORTALEZA Y AMOR
2. CONSEJOS PARA EL EJERCICIO DE LA MISIÓN

III. CRISTIANOS ENTRE LOS CRISTIANOS (1915-1919)

1. PARA QUE SEAMOS LO QUE DEBEMOS
2. HASTA QUE CRISTO SE FORME EN VOSOTROS
3. VIRTUDES SÓLIDAS

IV. ESTA ES NUESTRA FUERZA (1920-1923)

1. ESTA ES NUESTRA FUERZA
2. LA EVANGELIZACIÓN, NUESTRA RAZON DE SER
3. CULTURA Y EVANGELIZACIÓN

V. UNA IDEA BUENA (1924-1930)

1. ESTA ES LA OBRA Y NO OTRA COSA
2. LA ALEGRÍA PERFECCIONA LA OBRA
3. VENGAMOS A CUENTAS

VI. NUNCA COMO AHORA (1931-1936)

1. LA MISIÓN EN LOS TIEMPOS PRESENTES
2. AMIGOS FUERTES DE DIOS AHORA COMO NUNCA

CRÉDITOS

PRÓLOGO

Pedro Poveda se nos ha hecho presente en este año de 1993 de forma muy especial. El reconocimiento eclesial de la santidad de su vida y de su martirio tiene un significado inmediato: la declaración pública de que él es testigo de la fe, no sólo para la Institución Teresiana sino para el pueblo cristiano. Él es una preciosa herencia que tenemos que compartir y que ya no nos pertenece del todo. A través de su vida y de su martirio ha dado al vivir y al morir un rostro humano, expresando de ese modo la verdad de sus convicciones, la radicalidad de su opción fundamental y la capacidad de amar hasta dar la vida por el Amigo y los amigos.

Su vida como sacerdote es un signo para nuestros contemporáneos que necesitan profetas en esta hora del derrumbe de las ideologías. Nuestro mundo reclama testigos, como lo fue Pedro Poveda, incrustado como levadura en la masa viva de la realidad. Necesita creyentes, con una fuerte experiencia de trato con Jesús y con el corazón y la mente en el momento presente, compartiendo esperanzas, dolores y responsabilidades. Necesita personas que contagien esperanza y susciten, como él, preguntas, desinstalaciones, entrega sin medida.

Poveda intuyó que el desafío permanente que tenemos los cristianos es crear desde las instancias culturales y educativas, espacios verdaderamente humanizadores como alternativa cultural a la sociedad del tener. A ese desafío responde con la oferta de una educación y una cultura de la vida, sencilla, tolerante, austera y gratuita, con una especial valoración del estudio, de la ciencia y de la competencia profesional; una educación y una cultura de la responsabilidad, centrada radicalmente en el reconocimiento de la dignidad humana, en el encuentro con los otros, en la solidaridad comprometida con todas las personas a las cuales les son negadas las condiciones de una vida digna, y en la apertura filial y confiada en Dios.

Como muestran las páginas que hoy tenemos la satisfacción de presentar, las tareas en las que Pedro Poveda se implicó siguen teniendo total vigencia en nuestro tiempo: formar hombres y mujeres capaces de amar, de compromiso, de entrega, de indeclinable responsabilidad social. Promover un laicado preparado y comprometido en la Iglesia y en la sociedad. Mantener viva la memoria de la vida, las opciones, los gestos, los sentimientos, la muerte y resurrección de Jesús que sigue provocando el deseo de seguirle en la construcción del Reino.

Amigos fuertes de Dios, es un libro que «llama», que pide respuestas y que al mismo tiempo las da; porque para Pedro Poveda las metas más difíciles se pueden alcanzar gracias a la acción del Espíritu. Son menester en este tiempo amigos fuertes de Dios: «Señor –decimos hoy con Pedro Poveda– que yo piense lo que Tú quieres que piense, que yo quiera lo que Tú quieres que quiera; que yo hable como Tú quieres que hable;

que yo obre como Tú quieres que obre. Esta es mi única aspiración»¹. La aspiración de los amigos fuertes de Dios.

Estamos ante una obra que reactualiza de modo magistral ante nosotros la figura inmensamente tolerante y a la vez exigente de Pedro Poveda. Él, en la sociedad de las primeras décadas del siglo, que atravesaba ya momentos delicados y complejos, supo vivir compenetrado con su tiempo pero sin dejar de acreditar ante sus contemporáneos la firme convicción que llenó su vida: que la renovación del mundo era posible desde la fe en Dios.

El hecho de la canonización de Poveda supone un momento inigualable de exaltación para quien jamás buscó la gloria humana, al tiempo que para nosotros implica una nueva responsabilidad para nuestra fe, para nuestra fidelidad a la misión por la que él supo dar la vida. Porque recordar la actitud de Poveda hacia los hombres de su época es acrecentar nuestra conciencia de servicio dialogante con el mundo en que vivimos; recordar sus palabras de fe es adentrarnos en lo más profundo de nuestra vida; leer sus textos de entrega a los hombres es dejar inservibles las defensas de nuestro egoísmo.

En suma, me atrevería a pensar que Amigos fuertes de Dios vuelve a colocarnos ante nuestras metas personales y colectivas para identificarnos con lo que somos, resituarnos donde estamos y repensar lo que hacemos: «Temed mucho no sea que hagáis vuestra obra y no la Obra de Dios».

Nadie puede ser exaltado si antes no ha sido humillado. Pedro Poveda lo fue en grado sumo en la vida y en la muerte. Acoger la misión que Dios puso entre sus manos, le valió la experiencia dolorosa de la cruz, pero también la gloria de la suprema liberación. El mismo trabajo y el mismo salario pueden ser nuestros.

Tenemos una deuda de gratitud para el amplio equipo que ha hecho posible la publicación de esta obra. Se trata de un avance modesto, se nos dice en la Introducción, de lo que en días no lejanos podrán darnos de nuevo. Pero el trabajo, el entusiasmo y la dedicación que han puesto en la edición de estas páginas, reclaman ya desde ahora mismo nuestro más profundo reconocimiento.

ARÁNZAZU AGUADO ARRESE

¹ Pedro Poveda: Nota personal, 1933.

INTRODUCCIÓN

Nunca como ahora

«Nunca como ahora» es una frase que encontramos frecuentemente en los escritos de Pedro Poveda. Una constante desde el principio al fin de su literatura ascética, hasta tal punto, que se nos antoja una pequeña martingala; una sutil astucia que utiliza para apremiarse a sí mismo y apremiar a los demás a hacer cosas, a ir más allá, a ponerse a la altura, a vivir con talante de alta emergencia.

La excepcionalidad, la urgencia que implica su «nunca como ahora» se argumenta de distintos modos. Unas veces por la vivencia de un momento que le resulta personalmente acuciante; otras, por una experiencia que afecta a lo colectivo. Y otras también sencillamente, por su contrario, por la ausencia inexplicable de un algo que debería ser y no es.

Por una u otra razón el «nunca como ahora» de Poveda se convierte en siempre. Para él siempre hay que estar preparados; siempre hay que estar donde hay que estar; siempre hay que llegar hasta el final y esto desde que comienza su evangelización en el Guadix de principios de siglo, hasta que culminan sus días en el Madrid de 1936.

Y no se crea que esto obedece a un invento. La urgencia está justificada. Piénsese que Poveda vive la España dividida de Machado –«españolito que vienes al mundo / te guarde Dios / una de las dos Españas ha de helarte el corazón»–; el desconcierto de una Europa que salta en pedazos durante la primera guerra mundial. Y como final, el tormentoso remolino de la guerra civil hispánica. Situaciones objetivas que él capta rápidamente –«yo que tengo el corazón y la cabeza en el presente», escribe– y que se siente llamado a afrontar. En una palabra, Poveda como Teresa de Ávila, piensa que en especial «en estos tiempos» son necesarios amigos fuertes de Dios.

Amigos fuertes de Dios

El documento en el que Pedro Poveda recoge íntegramente la frase de santa Teresa –en estos tiempos son menester amigos fuertes de Dios para sustentar los flacos (Vida, 15, 5)– es de 1929. Era éste un año en el que determinadas circunstancias hacían que Poveda espolease la responsabilidad de un grupo cualificado de colaboradores. Pero como podrá comprobar el lector al ojear estos textos, el argumento que justifica la fortaleza que se pide a los amigos de Dios subyace en todas y cada una de las etapas de su producción ascética. En el principio, en el medio y en el fin.

Pero no es una fortaleza estática, de aguantar en un rincón. Es una fortaleza dinámica, de andar por la calle. Los hombres y las mujeres en los que piensa Poveda, pisan el asfalto, ganan su pan, protestan de las cosas, educan a sus hijos o a los hijos

de los demás, se equivocan, aciertan, se vuelven a equivocarse, riñen con la familia, darían la vida por ella, echan una mano, rezan, trabajan en lo suyo, se divierten, viven con la gente. Pero creen en Dios, piensan que los hombres son sus hermanos, que el mundo es maravilloso, pero que vale la pena luchar para que sea mejor y sea para todos. En una palabra, los amigos fuertes de Dios en los que piensa Pedro Poveda, son audaces.

Como ha recordado recientemente la actual directora de la Institución Teresiana, Aránzazu Aguado, en su publicación Amigos fuertes de Dios, audaces para su reino, la fortaleza en la pluma de Poveda se dobla de audacia... «No entendamos cosa en que se sirva más el Señor que no presumamos salir con ella con su favor», escribe la Santa de Ávila. Y comenta Poveda: «Este es el programa que demandan los tiempos presentes y las necesidades de la sociedad actual»¹.

Los cristianos del siglo XX, según Poveda, pueden y deben aportar a la sociedad contemporánea valores y empeños sustanciales para la construcción de un mundo más solidario. Su presencia es para él insoslayable en aquellos sectores públicos y privados de la sociedad en donde estima que tal presencia es más urgente y necesaria. Creyó firmemente que la transformación del mundo, en sentido más humano y más justo, era posible desde la fe y no renunciando a ella, según la propuesta laicista de su momento. Desde esta perspectiva, la creación de la asociación de seculares –la Institución Teresiana–, que en forma de colaboración organizada recogió el pensamiento y las iniciativas povedanas, constituirá como es bien sabido, un elemento clave para hacer realidad sus deseos.

De ahí otro paradigma, otro modelo, que también subyace a lo largo de todos los escritos povedanos, el de los primeros cristianos. El amigo fuerte de Dios tiene que encarnar la audacia persuasiva, creyente y comprometida de los hombres de la primera cristiandad, que vivieron en un medio que les era hostil:

«La obra que pretendemos realizar ha de ser idéntica a la que imaginaron los primeros cristianos y los medios los que aquéllos pusieron en práctica, aunque seamos tenidos por locos».

Como los primeros cristianos

¿De Teresa de Jesús a los primeros cristianos? ¿O de los primeros cristianos a Teresa de Jesús? Ambos temas aparecen en Poveda a la par. El temple de alma, la fortaleza de Teresa de Jesús es un tema recurrente. Pero al mismo tiempo la sensibilidad povedana del tiempo presente apunta al estilo de vida de los primeros cristianos como tipo ideal. Si los Avisos espirituales de Santa Teresa de Jesús son de 1912, y antes se ha referido frecuentemente a ella, por estas mismas fechas, la vida de las mujeres y de los hombres de la primitiva Iglesia es también «su» modelo. Era lógico, como decíamos, porque la atmósfera de la ciudad secularizada en donde Poveda situó a quienes se comprometieron con su proyecto, no era precisamente la atmósfera de los «palomarcicos» de Teresa de Jesús. Los cristianos de la primera Iglesia vivían su fe a

la intemperie y en un medio hostil: «no vivís en mejores tiempos» –escribe Poveda–. El patrimonio de los primeros cristianos, su modo de ser y estar en el mundo, fue desde su origen el patrimonio de los miembros de la Obra de Poveda. El modo de creer, de evangelizar con la presencia y con la palabra, de compartir, de servir a la sociedad, de ayudarse fraternalmente, de ser Iglesia, fue desde siempre, según Pedro Poveda, la forma genuina y sustancial de los amigos fuertes de Dios en la ciudad secularizada.

Pedro Poveda amigo fuerte de Dios

Amigo fuerte de Dios y audaz para su reino, fue el propio Poveda. Su personalidad austera y benigna a la vez, exigente para sí e infinitamente bondadosa y condescendiente para los otros, aporta al ideal de hombre cristiano que dibuja matices importantes:

«Yo soy, bien por temperamento, ya por afición, o por convencimiento, enemigo de las medias tintas. El que no está conmigo está contra Mí, dijo el Salvador, y yo creo que no hay medio de estar con Jesús sino siendo todo suyo, y el que así se entrega va hasta lo último, y lo último en este camino es la Cruz (...) Santidad de comodín es mercancía falsificada. (...) Yo, sabiendo bien lo que Jesucristo hizo por mi amor, por mi salvación, sin mérito alguno de mi parte, no sé quedarme con cosa alguna; necesito darlo todo y además quisiera darle a Cristo todo el mundo»².

Con la misma fuerza con que escribía esto en sus primeros años de sacerdote, Poveda, amigo fuerte de Dios, escribirá poco antes de su hora suprema: «Si hay que sufrir se sufre; si hay que morir se muere; pero se muere en la batalla, con honra y con gloria, con Cristo, en nombre de Cristo y para gloria de Cristo».

Pero este irreversible «siempre Contigo» que él vivía y que recomendaba a los suyos en los momentos duros de la prueba, se acompañó en él de una afabilidad de carácter nunca desmentida:

«Cada vez que leo el Evangelio y la vida de los santos , me aseguro más en mi modo de ser (...) Cada día que transcurre, noto y aprecio mejor la utilidad, aun en lo humano, de la dulzura de carácter.. Tengo mi genio ¡y tanto!, me apetece soltarlo algunas veces, me muerdo no pocas, sufro lo mío en más ocasiones de las que lo parecen; pero como creo que el ser así es ser como debo, me muestro afable, cariñoso y complaciente siempre»³.

Y saliendo al paso de las objeciones de los «duros» añadía:

«Comprendo que otros, mejores que yo, más cultos que yo, más experimentados que yo opinen de otra manera (...) Yo respeto el modo de ser de cada uno y admiro siempre a todo el que obra según cree ser mejor. Pero en este punto sigo contrario camino, por creerlo más conforme, según mi pobre talento y deficiente virtud, al espíritu de Jesucristo»⁴.

En esta misma línea recordemos las muchas veces que el aforismo latino firmiter in re, suaviter in modo le dio pie para comentarios sustanciales.

Lo que dicen los textos

El tratamiento cronológico-temático que hemos dado a los textos seleccionados, pone de relieve cómo las cuestiones que estamos comentando están en lo profundo del pensamiento de Poveda y cómo de una u otra manera, emergen desde que comienza a trazar el alzado de su obra hasta que la culmina.

Es admirable el vigor progresivo del espíritu povedano, la coherencia de sus ideas y la sabia estrategia con que, mediante sucesivas aproximaciones y distanciamientos, logra precisar la meta propuesta. Las líneas temáticas de su pensamiento se suceden cada vez más nítidas y mejor diseñadas, hasta encajar unas con otras como piezas de precisión.

Nadie puede pensar que la ajustada coherencia entre los capítulos que integran el volumen viene forzada por la edición. Consúltense las fechas y véase la secuencia. Las señas de identidad de la obra que pretende realizar, el modo de conformarla, el perfil de quienes han de integrarla, fluyen en estas páginas como la natural expresión del espíritu de un hombre extraordinariamente fiel a sí mismo, a Dios, y a la misión a que se siente llamado.

Los interrogantes de los primeros años: «¿Qué espíritu ha de tener nuestra obra para que su fisonomía sea la que debe ser?» (1912), se resuelven con las afirmaciones de los últimos: «Esta es la Obra y no otra cosa» (1925).

De modo paralelo, los rasgos con los que define el perfil espiritual de quienes deseen comprometerse con su proyecto –«Dios en el corazón» (1912), el secreto de la plenitud humana para Poveda– se diseña nítidamente en su conocido texto «sobre el humanismo verdad» (1915) y se aploma en la frase tajante de 1934: «prototipo, los primeros cristianos».

Un apunte sobre los capítulos

Por lo que llevamos dicho, se comprende que la estructura del volumen no responde a un criterio geográfico –lugares en que se desenvuelve sucesivamente la vida de Poveda–, sino a la lógica interna del recorrido de su pensamiento. Una breve introducción al comienzo de cada capítulo dará cuenta del criterio seguido en la vertebración de los mismos. Pero digamos aquí una palabra.

Los textos anteriores a 1910, que integran el capítulo primero, responden al momento en que Poveda piensa, habla y escribe, de cara principalmente a los cristianos que acuden a la Basílica de Covadonga, tal vez con más interés turístico que fervor. Son escritos de orientación de la vida cristiana –«máximas de vida cristiana»– denomina P. Poveda a algunos de estos textos. Hemos titulado este capítulo Ser cristiano y parecerlo, porque la intención que predomina en su mensaje, de acuerdo al momento de crisis de valores que se vive en España y al que Poveda se muestra muy sensible, es la

*de despertar la fe y ayudar a que los cristianos la vivan responsablemente*⁵.

*Como escribe una comentarista, en estos textos se aúnan armoniosamente la sabiduría profana y la cristiana. Son como un testimonio de esa «encarnación bien entendida que buscaba en su ideal de hombre cristiano»*⁶.

Las propuestas de Poveda a los jóvenes, muestran cómo su fe en la juventud comenzó en aquellos primeros años y se mantuvo hasta el final. Los jóvenes eran para él en 1908, la clave de la renovación del mundo. En los años treinta seguirá manifestando idéntica convicción.

*El toque contemplativo del capítulo lo dan las Consideraciones bíblicas, escritas en aquellos años primeros y continuadas después a lo largo de su vida. El profesor Fernández Ramos ve a Pedro Poveda en estas Consideraciones como un verdadero hombre libre, cuya única esclavitud fue la del servicio a la palabra liberadora*⁷.

En el capítulo segundo, Renovar el mundo, –una expresión de Poveda que alude a lo que acabamos de decir, a su fe en el buen hacer de la juventud–, se sitúan los textos de 1911 a 1914, dirigidos a la orientación de quienes de alguna manera, ya habían entrado en el «juego» del proyecto povedano. Por debajo del trajín pedagógico de este periodo, la filosofía sobre la que basa su plan, se afirma claramente. Su «nunca como ahora», responde a los problemas socioeducativos que la modernidad intentaba resolver al margen de los principios cristianos. Los primeros apuntes sobre la fisonomía de la Obra y los consejos para el ejercicio de la misión educativa hablan bien del espíritu con que deseaba responder a aquel reto y hablan también de su fe en la mujer, otra de las claves del pensamiento de Poveda, tal y como lo demuestran textos escritos tempranamente, en 1911:

«En la época actual, la influencia más decisiva en favor del cristianismo es la de la mujer. El apostolado más fecundo y la fuerza más potente de la Iglesia (...) está en manos de la mujer católica».

Los capítulos tercero y cuarto se completan uno a otro y cierran la suerte de los dos anteriores. Se titulan respectivamente, Cristianos entre los cristianos (1915-1919) y Esta es nuestra fuerza (1920-1923). Poveda traza en ellos, con rasgos firmes y rotundos, superando sus iniciales perplejidades, la figura de su obra, la Institución Teresiana, constituida como asociación de seglares en la diócesis de Jaén en 1917 y como asociación civil también en este mismo año. En el apartado Para que seamos lo que debemos, el fundamento inamovible sobre el que Poveda desea ver su obra edificada queda establecido definitivamente. De este momento datan sus textos sobre el Humanismo verdad (1915) y La Obra es Jesucristo (1917).

De 1924 a 1930, capítulo quinto, Una idea buena, se extiende el período en el que predomina la reafirmación de lo dicho y al mismo tiempo la autocrítica de lo hecho, como respuesta a la aprobación pontificia de la asociación en 1924. ¿El momento de mayor fruición espiritual del fundador, antes del supremo esfuerzo? ¿antes de la hora suprema? Posiblemente sí. Ha dejado atrás una etapa dolorosa, enormemente dolorosa, como comentaremos en su momento. Ver reconocida y acogida por la Iglesia la Obra

que ha supuesto tantos desvelos, que ha sido batida por tantos vientos, por tantas contradicciones y durante tantos años, esponja el espíritu de Pedro Poveda. No obstante, él aprovecha la ocasión para repensar lo pensado, reafirmar lo dicho, criticar lo hecho. Su *Vengamos a cuentas* constituye el contrapunto responsable de la alegría del momento: «*Temed mucho, no sea que hagáis vuestra obra y no la Obra de Dios*» (1928).

El Nunca como ahora (1931-1936) que titula el capítulo sexto cierra el volumen. Es una etapa excepcional, en la siempre excepcional trayectoria de Poveda y su misión. El nunca como ahora con que se inició la primera andadura, porque lo pedía Dios, porque Poveda quiso responder, porque encontró colaboradores y colaboradoras dispuestos a seguir su iniciativa, tocaba a su fin. Increíbles especialmente los documentos de esta etapa. Por la serenidad que revelan; por la unión con Dios que trascienden; por la inmensa comprensión hacia los hombres que muestran; por la mansedumbre evangélica que rezuman: «*Ahora –escribe Poveda en julio de 1936– es tiempo de redoblar la oración, de sufrir mejor, de alentar a los pusilánimes, de prodigarse en misericordia, de tener paz*». La fortaleza de los amigos de Dios y el recuerdo de los primeros cristianos, saltan a su pluma en estos momentos cruciales con vigor profético:

«*Nunca como ahora debemos estudiar la vida de los primeros cristianos. Cómo obedecían a la Iglesia, cómo confesaban a Jesucristo, cómo se preparaban para el martirio...*».

La selección de documentos

La estructuración del volumen responde a un criterio cronológico –se ha puesto especial interés en fechar todos los documentos– pero dentro del espacio temporal correspondiente a cada capítulo, hemos puesto de relieve, en los subapartados que los integran, las principales líneas temáticas del pensamiento povedano en ese período. Este tratamiento cronológico y temático a la vez de los textos, ha dado, como comprobará el lector, un relieve doblemente interesante al pensamiento de Poveda. Por un lado se acentúan sus constantes en lo sustancial; por otro, la coherente evolución de sus puntos de vista en el recorrido del tiempo.

Al hacer la selección de textos se ha procurado recoger aquellos fragmentos que contienen el núcleo fundamental del discurso del autor. De todos modos, por si el lector interesado desea hacer su propia comprobación, remitimos puntualmente al lugar donde el documento de que se trata ha sido publicado de modo íntegro, o en su defecto, a los fondos del Archivo histórico IT donde se conserva el autógrafo o una copia debidamente compulsada. Hemos revisado los textos con los autógrafos, cuando existen; a falta de éstos, con las primeras ediciones, o bien con los impresos corregidos en vida del autor. Los documentos sin título, se citan a pie de página por la primera frase que los encabeza. Si en algún caso se ha suplido alguna palabra o palabras, éstas van entre corchetes.

El género consideración, forma de expresión predilecta de Poveda, predomina en la selección. Se han incluido asimismo notas, conferencias, instrucciones, consejos y pensamientos que fueron apareciendo a lo largo de la vida del autor, para difundir su mensaje. Incluimos en este volumen una parte mínima de correspondencia. El género epistolar constituye un testimonio precioso del gran talante comunicativo de Poveda, pero la recopilación y edición total de cartas, tarea que tenemos iniciada, como enseguida apuntaremos, queda para otro momento. Publicamos algunos textos inéditos. Como, por ejemplo, las breves pero importantes reflexiones de 1936 que completan las ya conocidas.

Los títulos y subtítulos son de la edición. Por regla general, casi diríamos siempre, reproducen alguna frase de Poveda y tienen por objeto aligerar la lectura y facilitar la rápida comprensión del contenido fundamental del documento.

Como apuntábamos más arriba, los textos que editamos constituyen una muestra selectiva de los escritos de Pedro Poveda. Estamos preparando la edición crítica de la obra completa –literatura religiosa, escritos autobiográficos, pedagógicos, varios, correspondencia, ensayos, artículos periodísticos–. Pero nos atrevemos a pensar que las páginas de este volumen servirán al menos para que el lector establezca un primer contacto con la personalidad y con el mensaje de Poveda.

A pesar del cuidado puesto en este trabajo y del deseo de que los textos seleccionados sean objetivamente representativos del pensamiento de su autor, estamos convencidos de que la obra dista mucho de lo que nos habíamos propuesto. El excepcional momento en que vivimos –los días de la beatificación de Pedro Poveda– justifican la aparición de este modesto avance de sus escritos.

Trabajo en equipo

El capítulo de agradecimientos es muy amplio. Este volumen, a pesar de su manifiesta falta de pretensiones, es el fruto de la colaboración de muchas personas. En primer lugar, tenemos que agradecer el esfuerzo del equipo que trabaja en la ordenación de fondos del Archivo IT. Es de justicia agradecer en especial la ayuda de María Rosa Vilchez que, con su excepcional conocimiento de los fondos, ha facilitado extraordinariamente nuestra labor. Una mención asimismo, al trabajo siempre eficaz de Ángeles de Juana.

Mercedes Azcón nos ha guiado expertamente en el intrincado mundo de los ordenadores. María Francisca Martínez Morillas y Margarita Barrio han formado con quien esto escribe, el equipo más estrecho y el del trabajo más grato, porque ha sido un privilegio trabajar en la documentación de Poveda, adentrarnos en su mundo, y colaborar para dar a conocer su figura y su obra a los demás. No sabría cómo agradecer a todos su trabajo y su inteligente colaboración.

Debo añadir, además, que las publicaciones de quienes han investigado sobre Pedro Poveda nos han sido de inestimable ayuda. Citaré, en especial, las de la Cátedra de Historia de la Institución Teresiana dirigidas por Encarnación González, y la gran

obra biográfica de Flavia Paz Velázquez.

Nuestro agradecimiento especial, así mismo, al equipo de Narcea, S. A. de Ediciones, que corona sus veinticinco años de trabajo al servicio de la educación y de la cultura, con la edición de esta obra. No podía ser menos, dada su especial vinculación a la figura de Pedro Poveda escritor.

Nunca como ahora

Finalmente, una consideración, esta vez de cosecha propia. Este libro está dirigido a los cristianos que son o quieren ser amigos fuertes de Dios, pero también a los flacos. ¿Qué fuerte no se ha sentido débil alguna vez o muchas? ¿Qué flaco, o que se tiene por flaco, no ha querido saber alguna vez de qué va eso de ser fuerte?

«Tengo para mí» –y vuelvo a Poveda– que todos podemos aprender en estas páginas a ser cristianos, mejores cristianos. Aunque Pedro Poveda dio respuestas concretas a problemas concretos de su tiempo histórico, sus constantes –la fortaleza, la audacia, la entrega humilde y sin límites a Dios y a los hombres– son actitudes evangélicas que trascienden el tiempo. Tal vez nunca como ahora resulten apropiadas para nuestro momento.

D. GÓMEZ MOLLEDA

¹ Aránzazu Aguado: *Amigos fuertes de Dios, audaces para su reino*, 15 septiembre 1992. Publicaciones IT, p. 12

² Archivo Histórico de la Institución Teresiana (en adelante AHIT). Pedro Poveda: *Correspondencia*, s.f. (texto anterior a 1910).

³ Pedro Poveda: *Correspondencia*, s.f. [anterior a 1910]. AHIT.

⁴ *Ibidem*.

⁵ En el libro primero de *En provecho del alma*, editado en Linares en 1909, se lee: «Se trata de cómo debemos conocer y amar la perfección... aprovechando bien el tiempo y *confesando nuestra fe*».

⁶ M. ^a Dolores de Asís: «Aproximación al ser y escribir en Pedro Poveda», en *Volumen homenaje en el cincuentenario 1936-1986*. Madrid, Narcea, 1988, p. 100.

⁷ Felipe Fernández Ramos: *Espiritualidad bíblica en Consideraciones de Pedro Poveda*. Madrid, Narcea, 1989, p. 18.

I. SER CRISTIANO Y PARECERLO

1906-1910

«Os recordaré aquellas palabras de San Jerónimo: “No consiste en vivir en Jerusalén, sino en vivir bien en Jerusalén”» (Pedro Poveda, 1912).

Tradicionalmente se ha situado la etapa povedana de Covadonga como un momento dedicado principalmente a cuestiones pedagógicas. Poveda en sus notas autobiográficas así lo indica: «Mi actividad durante los años que permanecí en Covadonga la dediqué principalmente a cuestiones pedagógicas»¹.

Pero no hay que olvidar que junto a sus múltiples ensayos de carácter pedagógico, escribió una serie de consideraciones y opúsculos espirituales, tal y como él mismo dejó consignado en sus notas autobiográficas: «Escribí en Covadonga En provecho del alma, La voz del Amado, Visita a la Santina (...) y varias consideraciones y cartas espirituales, cuyo paradero ignoro»².

No es difícil descubrir la articulación entre lo educativo y lo religioso en el pensamiento povedano. Pues bien, es el subsuelo espiritual de su trajín pedagógico el que se descubre en los textos de este capítulo y del siguiente. Pedro Poveda responde a la preocupación que la polémica escuela confesional-escuela laica levanta en su espíritu evangelizador. El debate, a nivel nacional, arranca, como es sabido, de este momento, desgarrado por los sucesos de la Semana Trágica de Barcelona. En 1909 se escriben precisamente los versos célebres de Machado sobre el españolito, atosigado por las dos Españas enfrentadas.

Hasta en la Visita a la Santina que redacta Poveda en estas fechas, se refleja su preocupación por la crisis de valores que vive el país. En ella suplica a la Virgen de Covadonga que «renueve» el espíritu de fe y de caridad que distinguió a nuestros padres³. El hilo conductor de las súplicas que dirige a la Madre de Dios, con destino a los peregrinos que visitan el Santuario, se concreta en «salvadme y salvad a España». La prontitud con que Poveda ha cogido de nuevo el testigo de su preocupación evangelizadora interrumpida desde su salida de Guadix, es evidente, como lo muestra la memoria que escribe para el Cabildo en 1910 y en otros escritos coetáneos. A medida que la situación se hace más conflictiva, las actividades de Poveda se multiplican, como veremos en el capítulo siguiente, lanzándolo a proyectos y realizaciones concretas. De momento, medita, escribe, observa; pide a los cristianos

auténtica vida de fe y responsabilidad para confesarla. De ahí el título que lleva el capítulo Ser cristiano y parecerlo. Este es el sentido también de la frase que ilustra el «mensaje» de estos documentos: «Os recordaré –escribe Poveda– comentando a San Jerónimo, que [la cuestión] no consiste en vivir en Jerusalén, sino en vivir bien en Jerusalén»⁴.

En el primer apartado del capítulo, que repite el título Ser cristiano y parecerlo, Poveda se dirige al cristiano de su tiempo, en una síntesis –escribe M.^a D. de Asís– «donde se dan cita armoniosamente las sabidurías profana y cristiana». En el folleto que él tituló En provecho del alma⁵ aparece por un lado el espíritu clásico: «Tu trabajo, no está en despojarte del ser que tienes ni en adquirir otro nuevo, sino en perfeccionar todo tu ser». Por otro, el enlace con la mejor tradición ascético–mística del Siglo de Oro: «Una imagen de Jesús crucificado es la más excelente compañía que puedes tener: no hay libro que tanto enseñe, ni amigo que tanto te dé, como un Crucifijo»⁶.

Menos conocido que el prólogo de Menéndez Pelayo a este opúsculo de Poveda, es el comentario de su censor Francisco M. Baeza, párroco de San Francisco, que hace una admirable síntesis de lo que En provecho del alma significaba. Sin ser un libro de lectura, apunta, enseña a leer. Sin ser de meditación, enseña a meditar. Sin ser un tratado de virtudes, enseña las virtudes. Ejerce sobre la voluntad, concluye «esa delicada y eficaz influencia que ejercen los amigos generosos, los hábiles consejeros, a quienes nunca sabemos negar lo que piden... »⁷.

El mensaje de Pedro Poveda –Propuestas a los jóvenes– que se incluye también en este capítulo, se publicó en parte en 1968. Se añaden ahora algunos textos que el autor guardaba en el mismo sobre del autógrafo primitivo y que en aquel año no se publicaron.

Como indicábamos en la introducción general, desde este momento hasta el final de su vida, la fe de Poveda en los jóvenes fue invulnerable. En 1914 en el «Boletín de la Academia de Santa Teresa de Jesús» comentó una frase sobre la renovación del mundo por la educación de la juventud que da testimonio de su firme convicción. En 1933 bien podemos decir que su experiencia de vida –la colaboración prestada por los jóvenes a su Obra– había aumentado su convencimiento: “Vosotros podéis conquistar el mundo».

Se cierra el capítulo con el apartado Las condiciones de Cristo. Son fragmentos de las consideraciones bíblicas escritas por Poveda antes de 1910. Como verdadero profeta –comenta el profesor Fernández Ramos–, Poveda fue un hombre libre, cuya única esclavitud fue la del servicio a la palabra liberadora. «Digno siervo del más grande de los señores»⁸. Pedro Poveda fue un hombre bíblico, no biblista, continúa el profesor Ramos. No es el especialista de la Biblia, sino aquel que vive de la palabra de Dios.

Ciertamente, Poveda se nos muestra en muchas consideraciones como un hombre a la escucha de Dios que quiere retransmitir eso que escucha. Es un interpelado por la Palabra que interpela a su vez a los demás, como puede comprobarse en los textos seleccionados.

Todo el contenido del capítulo responde a una idea que no abandonó nunca Pedro Poveda, la de que el espíritu necesita consejo y guía. «¿Viste que en el mundo se aprendieran jamás las ciencias, las artes y hasta las industrias, sin maestro (...) Verás siempre maestro y discípulo, uno que enseña y otro que aprende; uno que guía y otro que sigue»⁹.

¹ *Notas autobiográficas*, 1915, p. 12, AHIT.

² *Ibidem*.

³ Pedro Poveda: *Visita a la Santina*, Oviedo, 1909, 1ª ed., pp. 9 y 19.

⁴ *Boletín de la Academia de Santa Teresa de Jesús* (BAT). 18 de octubre 1914.

⁵ Pedro Poveda: *En provecho del alma*, 1908. Linares, 1ª ed., 1909. La titulación de los distintos apartados es nuestra.

⁶ Véase M.^a Dolores de Asís: *Aproximación al ser y escribir de Pedro Poveda* en *loc. cit.*, pp. 100 y ss.

⁷ Francisco M. Baeza, 32 enero 1909, Informe del censor sobre el opúsculo *En provecho del alma*.

⁸ Felipe Fernández Ramos: *Ob. cit.*, p. 18.

⁹ *Correspondencia*, s.f. (anterior a 1910), AHIT.

1. SER CRISTIANO Y PARECERLO

SÉ COMO DIOS QUIERE QUE SEAS¹

Estudia mucho para conocer lo que Dios quiere de ti y ejecútalo sin demora.

Si tu voluntad tiene tan poca fuerza que no sabe hacer lo que quiere, vivirás a merced de los caprichos y pasiones.

No consiste la perfección en ser siempre y en toda circunstancia de una misma manera, sino en ser, en cada caso, como la razón, ordenada y regida por la ley divina, pide que seamos.

Si quieres saber cómo vas en perfección, mira bien a Jesucristo y después compara.

No tienes que despojarte del ser que tienes

Aprende a estimar las cosas en su justo valor. Si no usas bien de ellas, teme a Dios que las puso en tu camino para llevarte a Él.

Pon al servicio de Dios tus pasiones, tu carácter, tu modo de ser y todas tus cosas, y así serás santo.

Deja que los demás sean como fueren, pero tú sé como Dios quiere que seas.

Tu trabajo no está en despojarte del ser que tienes y en adquirir otro nuevo, sino en perfeccionar todo tu ser.

Confiesa con libertad tu fe

Siempre que sea necesario, confiesa con cristiana libertad las creencias que profesas.

No hagas por jactancia alarde de tu religiosidad; porque a los ojos de Dios es soberbia y a los de los hombres, ridiculez.

Refuta las opiniones abiertamente erróneas, pero no disientas ni porfies sin necesidad.

Judas por entregar a Cristo recibió dinero; el que hace traición a Dios por respeto humano, ni eso recibe.

Procura, en cuanto de ti dependa, mostrar a la virtud tal cual es, y deshacer las prevenciones que contra ella existen, nacidas del concepto torcido que de la misma se tiene.

Sé tan constante para servir a Dios como lo es Él para dispensarte favores.

En la prontitud de la voluntad para todo lo que atañe al servicio de Dios, consiste la verdadera devoción.

En la oración está el remedio

En la oración tenemos el remedio contra nuestros males.

Vida cristiana sin meditación es vida militar... sin armas.

Si siendo tantos y tan frecuentes tus buenos propósitos, todavía pecas mucho; ¿qué sería si nada propusieras?

Vale más un propósito particular, cumplido, por pequeño que sea, que muchos generales y heroicos no practicados.

La meditación sobre la pasión de Jesucristo prepara nuestro ánimo para sufrir bien.

Mucha necesidad de ello tienes, pues lo que más abunda en la vida del hombre son los sufrimientos.

Sin la Sagrada Eucaristía, no tendrás vida espiritual.

Vive de manera que puedas recibir al Señor cada día.

Antes de fallar un asunto grave, visita a Jesucristo que es consejero infalible.

Tómate cuenta

Confiesa humildemente y con frecuencia tus culpas.

No termines el día sin tomarte cuenta del empleo que hiciste de la vida durante todo él, sin dolerte de las faltas cometidas, sin indagar las causas que las motivaron y proponer los remedios oportunos para evitarlas en lo sucesivo.

No te guíes a ti mismo, si no quieres equivocarte.

El consejo del hombre sabio consévalo y practícalo.

La santa libertad de espíritu hace correr en los caminos del Señor.

Recorre a la Madre de Jesús

Confía en el patrocinio de la Madre de Dios e implóralo con insistencia y humildad.

El Santo Rosario, bien rezado, es un excelente ejercicio de oración mental y vocal.

En la vida de los santos, admíralo todo e imita de ellos lo que puedas.

Lee con veneración y amor el santo Evangelio y así aprenderás en él el espíritu de Cristo.

Teme a Dios y obra siempre como quien está en su presencia.

Vivir en la presencia de Dios es vivir en perpetua oración.

Sufre por Dios y en silencio

Sin cruz no tendrás llave para abrir las puertas del cielo.

No te quejes de lo que sufres, pues Dios, que te envía los sufrimientos, es padre amantísimo y sapientísimo médico.

Sufre por Dios y ten seguridad de la recompensa.

Sufre en silencio y nadie podrá quitarte el mérito.

Hay empresas que no deben acometerse sin especial llamamiento de Dios.

Si el Señor lo quiere, ya te dará la gracia y fuerzas necesarias.

Has de luchar contra el amor propio, desde que naces hasta que mueres.

Tu escudo de armas ha de ser la santa Cruz.

Una imagen de Jesús crucificado es la más excelente compañía que puedes tener; no hay libro que tanto enseñe, ni amigo que tanto te dé como un crucifijo.

No celebrarás bien las grandes fiestas religiosas, si en esos días te contentas con tu vida espiritual ordinaria y corriente.

Cumple tu deber y ama el trabajo

El primer paso hacia la santidad, consiste en cumplir bien nuestros deberes.

Ama el trabajo y tómallo como ley impuesta por el Criador.

La sencillez da mucho valor hasta a las obras más insignificantes.

No trates de aparentar lo que no eres.

Ni ocultes con artificios tus bondades, ni confieses tus flaquezas sin discreción.

El que cifra sus delicias en comer y beber demuestra que la materia vale para él más que el espíritu.

Aprovecha todo el tiempo que puedas para vivir contigo mismo.

Calla o habla cuando Dios y el prójimo lo exijan

Es mucho más fácil callar que hablar bien. Cuando oigas murmurar y no puedas impedirlo, calla y muéstrate contrariado.

No dejes de hablar cuando la gloria de Dios o el bien del prójimo pidan que hables.

Sin gran necesidad, no hables de ti mismo.

No te descompongas jamás, entregándote a demasiada alegría, ni te hagas adusto, dándote a una seriedad y tristeza descompasadas.

La risa extemporánea es señal de poco seso.

Ten a gala el manifestar la veneración que tienes a tus padres.

Sé agradecido y respetuoso con tus maestros.

El que no ama a los niños, tiene endurecido el corazón.

No hagas alarde de tu autoridad.

Socorre las necesidades de los otros

Nadie representa mejor a Jesucristo que los pobres.

Cercena tus gastos superfluos, y podrás socorrer cómodamente muchas necesidades.

Prefiere siempre el socorro de las necesidades ocultas.

No seas pródigo ni miserable. Siempre que te sea posible, prescinde de intermediarios, para socorrer al pobre.

Respétate y respeta a los demás

En el trato con el prójimo, sé sincero, pero sin imprudencia. No quieras tener secretos de otros; pero si te los confían, guárdalos como depósito sagrado.

Trata a todos con respeto. Si nosotros sabemos respetarnos, también nos respetarán los demás.

La gratitud nos atrae nuevos favores.

No está sano aquel que, mirando al prójimo, cree siempre verle enfermo.

Piensa bien de todos en cuanto te sea posible.

No juzgues por impresiones.

No exijas del prójimo lo que tú eres incapaz de practicar.

No des fácilmente crédito a cualquiera.

Haz siempre buenas ausencias.

No te quejes del prójimo, si él no está presente.

Antes de emitir un juicio recuerda que, por ese que ahora emites, has de ser tú juzgado en el día de la cuenta.

Ve en el prójimo la imagen de Jesús, y así amarás aun a los mismos enemigos.

Jamás des entrada al odio en tu corazón.

Perdona generosamente, y sin hacer alarde de ello.

No hagas al prójimo víctima de las desgracias, molestias y disgustos que a ti te aflijan.

Abomina de la envidia como de la más cruel pasión.

No escatimes los aplausos cuando sean justos.

Ten especial cuidado en hacer justicia a los merecimientos de aquellas personas de quienes eres tenido por enemigo.

No hagas traición a la verdad

Por ningún motivo, ni en forma ninguna, hagas traición a la verdad; todas las maneras de mentir, aun las más delicadas e ingeniosas, son siempre cosa innoble.

La soberbia, es el más abominable de todos los vicios y el origen de todos ellos.

La humildad no consiste en juzgarnos como sabemos que no somos; eso no es ser humilde, sino ser mentiroso.

Purifica mucho tu intención, y no des ni un solo paso movido por la vanidad.

Cuando te alaben o ensalcen, no insistas en contradecir, para dar ocasión a nuevas alabanzas.

No te engañes a ti mismo, procurando convencerte de que es conveniente y amable lo que es, en realidad, digno de reprobación y aborrecimiento.

No te llares cristiano si no practicas la mansedumbre

Que la mansedumbre sea tu carácter distintivo.

No puede llamarse cristiano, el que no procura adquirir la virtud de la mansedumbre.

Con dulzura y mansedumbre, se conserva la autoridad y se corrigen los males mejor que de ningún otro modo. No te dejes dominar por la ira.

¿Quieres adquirir la virtud de la paciencia? Haz estas dos reflexiones: primera, Dios me premiará; segunda, los males en esta vida son inevitables.

El mayor ejercicio de paciencia consiste en soportarnos a nosotros mismos.

Muchos hay, por desgracia, que parecen celosos, y no son sino iracundos: se alteran y descomponen al tratar de las cosas de Dios; pero no es por Dios, sino por pasión que los domina. No seas de éstos.

Por falta de prudencia, dejan de ser de virtud muchos actos que lo parecen.

Estima la justicia tanto como la vida

Estima la justicia tanto como la vida.

No te guíes por las simpatías, si has de resolver en justicia.

La práctica de la virtud es difícil: ante los grandes males somos tímidos y cobardes, no hacemos nada; para ser santos, hay que ser fuertes.

La falta de templanza hace al hombre brutal e inepto para todo lo bueno.

No pongas el corazón en las riquezas

Utiliza las riquezas para lo que Dios te las dio, y no pongas el corazón en ellas.

¡Cuántos, que vencieron muchos vicios, no supieron vencer la avaricia!

Por el amor a las riquezas, se cometen toda clase de crímenes.

El creer que sólo son avaros los usureros sin entrañas, es cosa muy general, pero es un error gravísimo; hay muchos avaros a quienes el mundo tiene por buenas personas.

Las bienaventuranzas, el mejor resumen del evangelio

Las bienaventuranzas son el mejor resumen del evangelio, el más firme sostén de nuestra fortaleza en la lucha por el cielo, y la más perfecta regla de vida. Son el alma de la fe, de la esperanza y de la caridad.

Piensa en que otros, más grandes que tú, claudicaron, y pide al Señor con insistencia, el don de la perseverancia final.

No hagas jamás lo que pueda remorderte el último día de tu vida.

¹ Pedro Poveda: *En provecho del alma* [¿1908?]. Linares, 1ª ed., 1909, pp. 20-103. Se han seleccionado algunas máximas de cada capítulo.

2. PROPUESTAS A LOS JÓVENES

COHERENCIA ENTRE FE Y VIDA¹

No hay fuerza comparable con la que da la fe para obrar.

El que tiene fe hace las cosas porque cree y deja de hacerlas porque cree también.

Inconsecuencia que humilla es la del cristiano cuya vida no concuerda con sus creencias.

Da unidad a tu vida obrando de conformidad con tu fe y creencias.

Por rudo que seas, no se te ocultará que para algo viniste al mundo y que algún fin se propuso el que te crio al hacerlo.

Son pocos los buenos, ¿qué importa? Escaso es también el oro y por serlo no pierde, antes gana, su valor.

No reniegues de tu fe

El que reniega de su fe es un apóstata; y un traidor, si teniéndola, manifiesta lo contrario.

Cobardía se llama esa falta de fuerzas para confesar tus creencias.

Esos mismos que te adulan para hacerte claudicar, te despreciarán después de haber prevaricado.

Quieres ser más libre, y te conviertes en mayor esclavo.

No se te pide vida de ermitaño, como sueles decir; pero sí vida de seriedad y provecho.

Voluntad firme

No te engañes pensando ser falta de fuerzas y de energías lo que es solamente flojedad.

¡Cuántas veces un aprieto nos saca del engaño en que vivimos y nos hace ver cuánto podemos!

Si tuvieras el acierto de saber explotar tus propias energías, habrías encontrado un tesoro.

El secreto para multiplicar nuestro caudal de fuerzas es tener una voluntad firme.

Menos proyectos y más obras

¡Qué desconsolador es el cuadro que presenta una reunión de jóvenes al uso del día, o a la moderna, si así se nos permite llamarle!

¿Son éstos, podríamos preguntarnos, los que mañana han de guiar nuestros destinos?
¡Qué preparación!

Si ahora que eres todo fuerza y energías, es tu ocupación el ocio ¿qué harás cuando ni

tengas una ni otras?

No pases la vida proyectando. Da menos pábulo a los proyectos y más a las obras.

Ninguna inconstancia es más temible que la que se presenta con caracteres de actividad.

Tener mucho afán por valer y figurar y no tenerlo para trabajar, es inocentada propia de tus años.

Quejarse no basta

Quizá tú seas uno de tantos que lamentan la falta de hombres de valer y de carácter; pero no sé si te limitas a quejarte, o a poner en cuanto de ti depende, remedio.

Hay algo que el hombre no puede conseguir, como el ser genio, pero hay muchísimo que puede adquirir.

Menos cuadros de la situación triste y más aplicación y virtud, es lo que se necesita.

Has de tener ideas claras.

Voluntad y principios forman el carácter.

La firmeza de voluntad es oro con que puede adquirirse todo lo bueno.

Para adquirirla imponte aunque sea los mayores sacrificios. Sin prescribirte plan de conducta, no podrás tener firmeza.

No seas de los que obran merced al acaso.

Estúdiate a ti mismo

En los años que tienes habrás pasado muchas horas estudiando y pensando en ciencias y artes, pero ¿cuántas horas consagraste a pensar en ti mismo?

Obra con mucha lógica quien no pasa a conocer lo ajeno sin haber estudiado antes lo propio.

Créete a ti mismo más que a los otros y mídete por lo que sabes de ti.

Piensa despacio y sin apasionamiento y quizás descubras dentro de ti la culpa que atribuyes a los compañeros.

No entiendes lo que significa la cruz

Bien se conoce que no entendemos lo que significa la cruz cuando mirándola tanto, llevándola consigo y abrazándonos con ella, todavía creemos y hasta deseamos vivir según nuestra voluntad.

Hasta que tú consigas gloriarte solamente en la cruz como enseña el Apóstol, no habrás encontrado medicina para calmar esa intranquilidad que siempre te acompaña.

Para el cristiano no hay sufrimiento que le sea ajeno, pues Cristo sufrió todos los dolores.

Amigo, generoso y cauto

Si juzgas como amigos a todos los que tratas, sufrirás mil decepciones y serás víctima

de muchas traiciones.

Acostúmbrate a ser reservado, pero no taimado; prudente, pero no suspicaz; sincero, pero sin ligereza.

Egoísmo indigno (...) es el de aquellos que por beneficiarse a sí propios, perjudican a la patria.

Consentir y hasta transigir con el mal, es hacerse tan responsable como los que lo ejecutan.

El soberbio ni se contenta a sí propio ni a los demás.

Para con Dios corazón de hijo, para con el prójimo corazón de madre, y para contigo espíritu y corazón de juez.

Tu mejor momento

¿De qué te servirá esa inteligencia y ese corazón si no lo empleas en tu propio bien?

Distinguir y apartar lo bueno de lo malo y vencer lo uno y perseguir lo otro. Para lo primero se necesita atención y vigilancia; para lo segundo fortaleza y diligencia.

Pocos hay que en la juventud no tengan pensamientos grandes y nobles; éstos se ausentan por la corrupción, y el joven aún no está corrompido.

Si ahora dejas las cosas serias, ¿en qué te ocuparás?

Si para aprender virtud y ciencia necesitas fuerzas y energías, ¿cuál será la época mejor para ese estudio?

Ser hombre pensador²

El joven del evangelio arrodillándose ante Jesús, pregúntale: «Maestro bueno, ¿qué haré yo para conseguir la vida eterna?».

Respuesta: «Ya sabes los mandamientos... lo miró con cariño y le dijo» (Mc 10,19-21). «Muchacho, a ti te lo digo: levántate» (Lc 7,14).

El solo hecho de aproximarse a Jesús para preguntarle algo demuestra ser hombre pensador, mueve a amor.

Mira Jesús al joven y ve todo lo que en él hay y le ama.

Si tú te presentas con la misma preparación atraerás a Jesús.

¹ Pedro Poveda: *Para los jóvenes* [¿1909?], AHIT.

² Las siguientes máximas inéditas fueron escritas en papeles sueltos por el autor. Claramente completan las anteriores. [¿1909?], AHIT.

3. LAS CONDICIONES DE CRISTO

QUE TODOS SE DEN POR ENTERADOS¹

Y convocando al pueblo con sus discípulos, les dijo: Si alguno quiere seguirme, niéguese a sí mismo; y tome su cruz y sígame (Mc 8, 34). Entienden muchos que las frases de nuestro adorable Salvador, tema de estas consideraciones, fueron dichas a los discípulos solamente, y que convienen tan sólo a los que profesan la vida religiosa. No hay tal excepción; Jesús expresamente declara que la invitación se extiende a todos.

Convéncete de que a todos llama y quiere que todos se den por enterados, pues cuando en algunas ocasiones quiso el divino Maestro confiar o dar instrucciones especiales a sus discípulos y apóstoles, los llamó por separado.

Aligerar la carga

Niéguese a sí mismo. Para un viaje largo y cuesta arriba hay que aligerar la carga; para correr tenemos que llevar poco peso. Lo primero que se nos manda es despojarnos de estorbos. Compendió el divino Maestro en pocas palabras todo lo necesario; al que se le pide que se niegue a sí mismo se le pide lo más. Luego todo lo otro se le da por pedido.

Fácilmente, dice un Santo Padre, deja el hombre todas las cosas que le rodean, pero es muy difícil dejarse a sí propio {S. Gregorio, *Homil. 32 in Evang.*}.

Este primer paso, el de negarse a sí mismo, es tan esencial para seguir a Cristo, que sin Él no podremos caminar.

En verdad, así lo es para algunos; pero ¡cuántos son los equivocados y cuántos más los que se engañan a sí propios! Si de ello quieres convencerte, pregunta a tu conciencia, estudia cualquier detalle de tu vida y verás al yo siempre haciendo estragos.

Llevar la cruz a rastras

Y tome su cruz. Se entiende por cruz, toda contrariedad, amargura, sufrimiento, trabajo, etc.

Tomar la cruz, indica abrazarse voluntariamente a ella.

Todos los acontecimientos humanos, o suceden porque Dios los quiere o porque los permite. De una o de otra manera siempre es voluntad de Dios que así sucedan.

La cruz, o la tenemos voluntariamente de manos del Señor, o la llevamos a rastras contra nuestra voluntad. (...).

Jesús, muriendo en la cruz, porque así convenía que sucediera, para que fuéramos reconciliados con el Padre por su muerte, nos da ejemplo para que aprendamos a tomar y llevar la cruz en la que hemos de morir para resucitar con Él en la gloria.

¿PARA QUE QUIERES LA LUZ?²

Quien anda en tinieblas es porque quiere

El que me sigue no anda en tinieblas (Jn 8, 12). De la falta de luz y abundancia de tinieblas interiores, ¡cuánto se quejan! ¿Y tienen razón? Ninguna.

Hay un medio infalible para no ir en tinieblas: seguir a Cristo. Luego quien está en tinieblas es porque quiere.

¿Será acaso que buscamos otra luz y no la verdadera?

¿Para qué quieres la luz? ¿Es para verte, para satisfacer tu amor propio, o para ver el camino que va al cielo? Si es para lo último, sigue a Jesús.

BUSCAR A DIOS POR SER QUIEN ES³

Y tomando Pedro la palabra dijo a Jesús: Señor, bueno es que nos estemos aquí (Mt 17,4). Quiere Pedro permanecer ahí donde todo son consuelos y regalos. Eso no puede ser. El premio después, ahora los sufrimientos.

El buen camino

Como él, muchas almas quieren estar con Jesús mientras las regala con dulzuras y consuelos sensibles. Estas están con los consuelos y por los consuelos, no con Dios ni por Dios.

Busca a Dios por ser quien es; no le pidas consuelos; recíbelos sin poner en ellos el corazón, agradécelos como cosa regalada. Lo demás no es ir por el camino.

EL REMEDIO A MANO⁴

Acudir a Cristo

Venid a Mí todos los que estáis trabajados y cargados y yo os aliviaré (Mt 11,28). ¿Quién no está lleno de trabajos y cargado de miserias? Todos nos quejamos de ello como de mal sin remedio. ¿Por qué? Porque no acudimos a Cristo.

Si vamos a Él, no sólo nos aliviará, sino que nos recreará. ¿Cómo padecemos tanto teniendo tan a la mano el remedio?

NO TENEMOS PORQUE NO PEDIMOS⁵

El poder de Jesús

Y llegando Jesús, les habló, diciendo: A Mí se me ha dado todo el poder en el cielo y en la tierra (Mt 28,18). Jesús que así habló, y cuya palabra es infalible, está en la hostia que vas a recibir. Bien se demuestra en el Sacramento adorable ese poder de que habla

Jesús.

Ahí nos da audiencia para que le pidamos cuanto necesitamos del cielo y de la tierra, y nos asegura que despachará favorablemente nuestras súplicas. Si no tenemos, si carecemos de algo, es porque no pedimos.

SIN TRABAJO NO HAY FRUTO⁶

El reino de los cielos padece violencia y es necesario hacerla para ganarlo (Mt 11, 12). Esta violencia puede hacerse con dulzura y suavidad, mas para ello es necesario conocer bien el camino del Señor.

Gran humildad y rectitud de intención son los materiales con que se fabrican los cimientos de este edificio.

Trabajar en todo tiempo

Para conseguir las virtudes, plantarlas y hacerlas fructificar, es necesario trabajo continuo, vigilancia exquisita y no pocos desvelos.

Y acaece con esto lo que sucede al que se dedica a la labor, que su trabajo ha de ser constante, en todo tiempo, cada día y cada año. Ni excusa la edad, ni la bondad del terreno, ni el cansancio; pues, sin el trabajo, no se obtiene el fruto.

IR A DIOS CON SENCILLEZ⁷

Sin que nadie lo impida

Jesús les dijo: Dejad a los niños venir a Mí (Mc 10,14). Por pequeño que seas en virtud no temas acudir a Cristo, pero ve con la sencillez propia del niño.

Aunque se te impida ir a Jesús, no hagas caso. Él te llama: salta por cima de esos escollos.

Para santificarnos nos llama. ¿Cómo dices tú que no recibes más a Jesús porque aún no estás formado en la virtud? Si necesitas cuanto hace falta al niño, acude a Jesús, que para eso te llama.

ESCUCHAS A TU AMOR PROPIO⁸

Escucha la palabra de Dios

A Él escuchad (Mt 17, 5). El Padre Eterno declara que Jesús es su Hijo, en quien tiene todas sus complacencias, y añade: *escuchadle*.

En la Eucaristía está a quien Dios quiere que oigamos. Escuchad sus palabras, sus inspiraciones, sus quejas, etc.

¿Lamentas tu ignorancia, teniendo quien te hable para iluminarte? ¿Por qué no

escuchas a Jesús y a quien en su nombre te habla?

En cambio escuchas a tu amor propio, a los mundanos y a cuantos halagan tu vanidad. ¿Quién te manda oírles? Y si se te manda oír a Cristo, ¿cómo le oyes?

¿SERÁ TERRENO TU TESORO?⁹

Donde está tu tesoro, allí estará tu corazón (Lc 12,34). Si Jesús fuera tu tesoro, en Él tendrías tu corazón. ¿Dónde mejor?

Te quedarás sin nada

Si tu corazón está en la tierra, terreno será tu tesoro. ¿Con tan poca cosa te conformas tú, que fuiste creado para el cielo?

Con el tesoro primero, Jesús, tienes todo lo bueno, bello, perfecto. Con el segundo, terreno, no puedes obtener sino vanidades, miserias. Tú, que tan alto piensas y tan hondo sientes, ¿qué harás?

ESTE DÍA ES EL TUYO¹⁰

El don de Dios

¡Ah, si tú conocieses siquiera este tu día! Si tú, al menos en este día sublime, conocieses el don de Dios... (Lc 19,42) (...) Reflexiona bien, alma devota, que este día es el tuyo, pasado el cual no habrá otro; es tu día, el en que se decide tu suerte o tu desgracia para una eternidad; es el día en que recibes quizá el último y más tierno llamamiento.

Lo que puede atraerte la paz (...). La paz de que te habló Jesucristo es la paz que anunciaron los ángeles el día que Él vino al mundo para rescatarlo; la que dio a sus apóstoles y discípulos en varias ocasiones durante su vida mortal; la que va unida con ósculo eterno a la justicia; la que prepara el alma para recibir todo don, para oír y entender la voz de Dios, que no habla sino a los corazones pacíficos; en suma, la que lleva consigo toda felicidad, el mismo Cristo, donde están todos los bienes.

Pero tus ojos no ven

Mas ahora está encubierto a tus ojos. Ahora no ves, no conoces, no amas; tienes seco el corazón, nublada la inteligencia, atrofiada la sensibilidad; (...) y por eso tus ojos no ven las cosas celestiales; tu inteligencia no las conoce; tu voluntad no las ama.

Porque vendrán días contra ti. Hasta hoy todo te salió bien, al parecer; todo te sonrió, apenas tuviste desgracias que lamentar; (...) pero no dudes, vendrán días contra ti, (...) días *en que tus enemigos te cercarán de trincheras*; esos mismos que ahora te seducen y te halagan, se atrincherarán para hacerte guerra; y para que no los conozcas, y para

ocultarse mejor, te harán la guerra desde la trinchera y pondrán ésta cerca de ti para que no te libres de sus dardos; *te pondrán cerco*, te asediarán, te circunvalarán, te rodearán de modo tal, que no puedas huir por parte alguna.

Y si ahora quieres saber por qué tanta desolación y desgracia, sigue leyendo a san Lucas, el cual da la razón diciendo: *por cuanto no conociste el tiempo de la visitación*; porque ahora que te llama el Señor no respondes a su llamamiento (...)

NO SOÑAR DESPIERTO¹¹

Conocer lo que somos

Y vivo, ya no yo, mas vive Cristo en mí (Gal 2,20). Aquí tienes la batalla constante, la cruda guerra que en nosotros establece la parte superior que se dirige al cielo y la inferior que nos agrava y arrastra hacia la mezquina tierra. El hombre viejo y el nuevo. El hijo del pecado y el hijo de la redención. Dios y nosotros. La gracia y la naturaleza. Querer vivir sin sentir esta lucha titánica, querer transitar por la tierra sin devorar estas amarguras es soñar despierto, no es conocer lo que somos.

Bien quisieras haber muerto y destruido el amor propio y apagado los ardores de tu naturaleza torcida. También lo deseaba el Apóstol y decía: *Quiero disolverme e ir con Cristo* (Flp 1,23).

Pero ni es ni será hasta tanto que Dios nos haya purificado en el fuego de la tribulación y en el crisol del martirio.

Ojalá que siempre tengamos esas pruebas de aceptación que Dios nos da y que, para asegurarnos de que tales eran, dijo en la Escritura santa: *Porque fuiste acepto a mis ojos, fue necesario que te probase en la tentación* (Tob 12,13).

EL TIEMPO PASA UNA SOLA VEZ¹²

Lejos todo lo viejo

Mientras tenemos tiempo hagamos el bien (Gal 6,10). El tiempo pasa. El tiempo que has perdido, perdido queda sin remedio alguno (...) Debiste ser santo entonces y debes serlo ahora y seguir siéndolo hasta la muerte. Para esa pérdida del tiempo no hay compensación estricta; no hay más que una, fundada, no en la justicia, sino en el amor, en el amor infinito de Dios, en su misericordia, en la paternal ternura con que está siempre, siempre, dispuesto a recibirte y perdonarte.

Lejos todo lo viejo, sea todo nuevo: corazones, voces y obras. (...) Sean en ti nuevas, desde ahora, todas las manifestaciones del vivir: los pensamientos, las palabras y las acciones. Que todo ello ceda a la mayor gloria de Dios y contribuya al bien de tu alma.

SIN EXCEPTUAR COSA ALGUNA¹³

Todo a gloria de Dios

Ahora comáis, ahora bebáis, ahora hagáis otra cualquier cosa, todo lo habéis de hacer a gloria de Dios (1Cor 10,31). (...) Pero no solo ha de pronunciarse la frase, sino que ha de sentirse lo que por ella se significa. Desde el primer instante, desde el amanecer, has de formar ese propósito y lo has de renovar el mayor número posible de veces durante el día, y si, progresando en este ejercicio, llegas a purificar la intención en cada momento, habrás logrado vivir en la presencia de Dios; vivir en íntima oración, la santidad en la tierra (...) ¿Se extiende este ejercicio a todo? Respondo con san Pablo que sí sin exceptuar cosa alguna.

NO RECIBIR EN VANO LA GRACIA¹⁴

Costó mucho obtenerla

Y así nosotros, como cooperadores del Señor, os exhortamos a no recibir en vano la gracia de Dios (2Cor 6, 1,2). ¿A qué nos exhorta? A no recibir en vano la gracia de Dios. ¿Qué es lo que quiere? Que la recibamos con provecho. ¡Costó tanto a Jesucristo obtenerla para nosotros! ¡Es tan absolutamente necesaria para obtener el cielo! ¿Cómo, pues, recibirla en vano? y no obstante en vano y tan en vano, hemos recibido muchas gracias y dones celestiales que ni aun contar podemos el número de nuestras ingratitudes.

Promesa formal de Dios

Sigue diciendo el Apóstol: *Al tiempo oportuno te oí* (2Cor 6,2). Luego contamos con la promesa formal del Señor que ha de oírnos en tiempo oportuno. ¡Cuántas veces nos quejamos del Señor, lamentándonos de que no nos escucha! Y no es esto, es que no acudimos, es que no oramos, es que faltan a nuestra súplica condiciones, y, no hay duda, pues Dios siempre cumple su palabra y ésta es clarísima prometiendo que nos oirá.

SI QUIERES TENER SALUD¹⁵

Reparar fuerzas

Se secó mi corazón porque me olvidé de comer mi pan (Sal 10,15). Para la vida del alma, como para la del cuerpo, necesitamos alimentos, si bien tan distintos entre sí como lo son las vidas de la una y del otro.

Para el cuerpo, alimento corporal; para el alma, espiritual; para el primero, pan; para la segunda, la eucaristía.

Si quieres tener salud, fuerzas, robustez y vida exuberante, has de comer cotidianamente ese pan, que nutre el cuerpo, repara las fuerzas, las aumenta y conserva la vida.

GARANTIZADOS CONTRA TODA USURPACIÓN¹⁶

Ponme como sello sobre tu corazón (Cant 8,6). Para que según él, se modele todo; que la imagen de Jesucristo se manifieste en nosotros, como decía el apóstol san Pablo; (...) para significar el dominio que tiene sobre nosotros y la dependencia que de Él tenemos; para que nos distingamos de los que no son sus siervos; para que estemos garantizados contra toda usurpación.

Fuerte como la muerte

Ponme como sello sobre tu brazo (Cant 8,6). Quiere que, llevándolo siempre sobre el brazo, sea recuerdo perenne de amor, posesión y fidelidad (...) Que en la casa, en la calle, en las ocupaciones, en todas tus obras, reflejes la imagen suya; que no te sumes al número de esos ingratos y cobardes que ocultan su piedad para halagar a unos, no descontentar a otros, y vivir con todos.

Porque el amor es fuerte como la muerte (Cant 8,6). Es tan grande, es tan inmenso, tiene tal fuerza, que ni la misma muerte puede destruirlo; es tan firme e inquebrantable, que ni los más crueles dolores ni los tormentos más acerbos, ni la ignominia y el martirio de la cruz pudieron disminuirlo.

¿TEMES DEJAR TU ASIENTO DE LA TIERRA?¹⁷

Levántate, amiga mía, hermosa mía, y ven (Cant 11,13-14). *Levántate*. Para ir a Dios, para morar con Jesús, es preciso levantarse sobre las cosas del mundo, levantarse sobre las miserias humanas y sobre todos los respetos y consideraciones terrenas.

Cuando el hijo pródigo de que nos habla el Evangelio, quiso rehabilitarse, comenzó por decir: *Me levantaré e iré en busca de mi padre* (Lc 15,18). Y cuando se levantó y fue, entonces comenzó su etapa de gloria (...) *No vaciles*. ¿Por ventura temes dejar tu asiento de la tierra?

No seamos parleros

Suene tu voz en mis oídos. Quiere que no seamos parleros delante de los hombres, ni locuaces para la maldad, ni habladores de cosas inútiles. Desea en una palabra, que nuestra conversación sea con Él y en su presencia.

EL LIBERTADOR PROMETIDO¹⁸

Vedle que Él mismo está tras nuestra pared, mirando por las ventanas, acechando por las celosías (Cant 2,9). Los profetas de la ley antigua, para alentar y consolar a la humanidad que suspiraba por el Mesías prometido, recordaban con frecuencia las profecías en que se anunciaba la venida del Libertador, expresándose de esta manera:

Vendrá (Is 35,4).

La realización de todas las figuras

Después, cumplidos los tiempos, anuncia el Precursor el momento feliz en que se realizaban las promesas y tenían su cumplimiento las profecías: *ecce veniet eum* (Is 35,4), *Vendrá. Ecce venit, vedle que viene*; aquí, en presente.

Más tarde, y en repetidas ocasiones, Jesús de Nazaret dice de sí mismo que Él es el libertador prometido, la realización de todas las figuras. Últimamente, Jesucristo queda para siempre en la tierra, en el augusto sacramento de los altares.

¿EN QUÉ EMPLEASTE TANTOS DÍAS COMO TIENE EL AÑO?¹⁹

Dame cuenta. En aquel día tremendo en el que el divino Juez haya de juzgarte, oirás estas palabras: «*Dame cuenta*».

Dame cuenta

Del tiempo. ¿En qué empleaste tantas horas como tiene el día y tantos días como tiene el año? Es verdad que algunas o muchas las ocupaste en mi servicio; pero, ¿y cuántas más no desaprovechaste ociosa e inútilmente?

De la salud. Probé de todos modos por ver cómo mejor me buscabas, y ni en la salud me serviste como debías, ni en la enfermedad mereciste cuanto pudiste merecer.

De los bienes. ¿En qué empleaste los bienes que te concedí para que los administrases? El buen uso de ellos te habría abierto las puertas del cielo; pero, ¿cómo usaste de las riquezas? ¿Socorriste a los pobres a favor de los cuales te las concedí?

De las potencias y sentidos. Las unas y los otros te los concedí para que me dieras gloria y te salvaras. ¿Los empleaste al tenor de mis deseos?

EL PESO MAYOR²⁰

Será siempre nuestro lema

Pondus meum, amor meus (S. Agustín, *Conf.* XIII, 9,10) (...) será siempre nuestro lema. Y cuanto más subido sea el amor, mayor será el peso, si Dios no lo remedia. Porque este amor, de la mejor calidad, aspira siempre a las mejores cosas. Es, en expresión de los libros santos, fuerte como la muerte (...)

Sí, ese amor para llevar ese peso, y amor, cada día más, para sentir mayor peso.

¿Miedo? En manera alguna. Diré con san Pablo: «Todo lo puedo en Él que me conforta». Y si la carne flaca diera aviso e hiciera acto de presencia, recuerdo que Él, que no conocía el pecado, se hizo víctima del pecado y nos dio la vida con su sangre.

Adelante y el que tenga inteligencia que entienda y entendiendo que obre y en obrando

que espere.

¹ Pedro Poveda: *Consideración sobre el seguimiento de Cristo*, (texto anterior a 1910). *Meditaciones y Consideraciones I*, Madrid, 1944, pp. 107-115. A propósito de los textos que incluimos en estas páginas, comenta Poveda en sus notas autobiográficas: «Escribí... varias consideraciones cuyo paradero ignoro». En efecto, la mayoría de ellas fueron rescatadas sin fecha, excepto las que se integraron en *La voz del Amado* (1908), pero consta positivamente que fueron compuestas antes de 1910. Las más, versan sobre el Evangelio; otras, sobre las Epístolas de san Pablo y sobre el Antiguo Testamento. Predomina en ellas el espíritu de exigencia de Poveda en el seguimiento de Cristo, tal y como subrayábamos en la introducción.

² *Consideración*, [texto anterior a 1910]. *Meditaciones y Consideraciones I*, Madrid, 1944, pp. 122-123.

³ *Ibidem*, pp. 124-125.

⁴ *Ibidem*, p. 126.

⁵ *A mí se me ha dado todo el poder en el cielo y en la tierra* [texto anterior a 1910]. *Ob. cit.*, pp. 183-184.

⁶ *De la conquista del reino de los cielos* [texto anterior a 1910]. *Ob. cit.* pp. 127-129.

⁷ *Dejad a los niños venir a Mí* [texto anterior a 1910]. *Ob. cit.*, p. 185.

⁸ *Escuchadle* [texto anterior a 1910]. *Ob. cit.*, pp. 186-187.

⁹ *Donde está tu tesoro, allí estará tu corazón* [texto anterior a 1910]. *Ob. cit.*, pp. 130-131.

¹⁰ *Llamamiento o la conversión* [¿1908?]. *La voz del Amado*. Vergara, 1908. 1ª ed. pp. 9-14.

¹¹ *Y vivo, ya no yo, más vive Cristo en mí* ([texto anterior a 1910]). *Meditaciones y Consideraciones I*. Madrid, 1944, pp. 152-153.

¹² *Consideración. A principio de año* [¿1908?]. *La voz del Amado*. Vergara, 1908. 1ª ed., pp. 19-22.

¹³ *Sobre la pureza de intención* [texto anterior a 1910]. *Meditaciones y Consideraciones II*. Madrid, 1944, pp. 104-106.

¹⁴ *Consideraciones sobre el santo tiempo de Cuaresma* [texto anterior a 1910]. *Meditaciones y Consideraciones I*. Madrid, 1944, pp. 71-74.

¹⁵ *Se secó mi corazón* [texto anterior a 1910]. *Ob. cit.*, pp. 181.

¹⁶ *Consideración para después de comulgar* [¿1908?]. *La voz del Amado*. Vergara, 1908, 1ª ed., pp. 5-13.

¹⁷ *Preparación para comulgar* [¿1908?]. *Ob. cit.*, pp. 5-13.

¹⁸ *Vedle, que Él mismo está tras nuestra pared...* [texto anterior a 1910]. *Meditaciones y Consideraciones I*, Madrid, 1944 pp. 177-180.

¹⁹ *Consideración sobre el juicio para fin de año* [texto anterior a 1910]. *Meditaciones y Consideraciones I*, Madrid, 1944, pp. 95-98.

²⁰ *Apropiadísima es la frase* [texto anterior a 1910], AHIT.

II. RENOVAR EL MUNDO 1911–1914

«De la necesidad de renovar el mundo, nada podré añadir a lo que vosotras sabéis... No dejáis de conocer la revolución sufrida en todos los órdenes, en todas las esferas sociales...» (Pedro Poveda, 1914).

Con este capítulo (1911-1914) comienza propiamente el seguimiento de la aventura de Pedro Poveda y de su movimiento de reforma educativa. Por un lado, la de ese «pobre cura» que se admira de la fe que ponen en él quienes le siguen:

«Confieso ingenuamente que pensando en usted, en su decisión, en el amor con que mira a la Obra, en la fe que tiene en este pobre cura, (...) descanso grandemente»¹.

Por otro, la de sus colaboradores –amigos fuertes de Dios–, que arriscadamente se lanzarán a poner en práctica un proyecto nuevo y difícil, el de las Academias de Poveda, sin saber mucho adónde iban:

«Hemos comenzado solamente por la fundación de las Academias a fin de demostrar, con la elocuencia de los hechos, lo factible que es nuestro proyecto, habiendo buena voluntad»².

Queda, de momento, aparcado el gran plan de renovación pedagógica a escala nacional diseñado por Poveda, pero ¿saldrá bien este programa mínimo, la fundación de los nuevos centros? Mínimo, porque el antiguo plan queda restringido a la apertura de centros educativos en lugares concretos –Gijón, Oviedo, Linares, Madrid, de momento–. Máximo, porque son grandes las aspiraciones de Poveda:

«Entendemos aquí por Academia el establecimiento en que se instruye a los que han de consagrarse a la carrera del magisterio, y deseáramos que tuviesen la amenidad y alegría características de las de Atenas. En estos centros, tal como los imaginamos, es donde los profesores noveles, los que aspiran a serlo, y los encanecidos en el saber y en las lides de la enseñanza, podrán estudiar, practicar, escribir y conferenciar; en ellos podrán robustecerse los vínculos del fraternal amor, echar los cimientos para crear instituciones en favor del profesorado y establecer una verdadera solidaridad. De aquí nacerán competencia, prestigio,

recursos y todo lo que necesita el magisterio»³.

Cuando vean «que las cosas se tuercen –recomienda Poveda a sus colaboradores– acudan a la Santa»⁴.

Con lo cual, a pesar de la poderosa mano de Teresa de Ávila, no es que de inmediato los problemas que acuciaban se resolviesen, a juzgar por la correspondencia del período: «Yo profeso como principio económico –escribe Poveda– la mejor retribución de los que prestan servicios, para obtener los mejores servicios posibles... Ya verá usted cómo la penuria de ahora dura poco»⁵. Y ya en otro terreno más importante para él, el de la tarea educativa que se inicia, ante el apuro, el desaliento y los malos ratos que proporciona, escribe: «La abnegación es una filosofía que resuelve todos los problemas»⁶.

Poveda desea para sus Academias una teoría y un método pedagógicos renovados, pero, a partir de su ideal de hombre cristiano, exige que el educador viva y haga vivir ese ideal: «Renovar el mundo» por la educación y la cultura es una misión que exige «como fundamento la fe y por compañera la abnegación».

Obviamente la selección de textos de este capítulo, está hecha en función de la afirmación de valores cristianos propuesta por Pedro Poveda a los educadores y educadoras de las Academias.

El contexto político del momento, que ponía en entredicho esos valores, demandaba el esfuerzo responsable: «Aunque mi opinión nada valga... y aunque mi llamamiento no encuentre eco en parte alguna, yo diré lo que pienso y llamaré a la conciencia de los católicos»⁷.

No es éste el lugar para referirnos ampliamente a aquella situación conflictiva de las primeras décadas del siglo –el momento de la campaña para la supresión del catecismo en las escuelas y de otras medidas de laicismo militante–⁸, pero apuntemos aquí que a medida que el proceso de secularización de las instituciones y de la vida avanzaba, más pensaba Poveda en el testimonio personal de fe que sus colaboradores podían y debían dar en los distintos campos en los que se desarrollaban sus actividades, pero principalmente en los ámbitos de la enseñanza. La urgencia –el «ahora como nunca»– de Poveda era máxima: «Entiendo que en los momentos actuales hay una obra necesaria, urgente, de extraordinaria trascendencia, y a ella debemos acudir»⁹.

Urgía formar «hombres de virtud y de ciencia»¹⁰. Cristianos y «profesionales modelo»¹¹, ésa era la empresa por excelencia de los «tiempos actuales», según Poveda.

Los documentos que integran este capítulo muestran, hasta qué punto puso mano nuestro autor al empeño de sustanciación cristiana de los profesionales a quienes movilizó para su plan de reforma.

En primer lugar, aparece ya desde este momento, el modelo de los cristianos/as de la primitiva Iglesia –«éste es el consejo que daba el Apóstol a los nuevos cristianos de la primitiva iglesia»–. Y surge también el acento, el sello que Poveda desea imprimir al modo de hacer de sus colaboradores. Entre los primeros textos que incluimos –varios

sobre espíritu y fisonomía de la Obra—, el aforismo latino firmiter in re, suaviter in modo sale ya a escena. «... esa firmeza de acero y no de hierro, y esa suavidad apacible me encantan —escribe Poveda—. Mi mayor gozo sería ver [lo] realizado en mi vida»¹² Y por supuesto —continúa— «en el espíritu de nuestras Academias, en su fisonomía; en el carácter peculiar que deben tener, en lo que ha de ser, en una palabra, el alma de nuestras fundaciones»¹³.

Otra constante manifiesta es la fe de Poveda en el papel que podía desempeñar la mujer en la sociedad y en el mundo de la cultura. «En medio de los atisbos feministas que entre nosotros se abrían paso lentamente —escribe A. Galino— Poveda cree en la mujer. Cuenta con ella. Le reconoce y pide un protagonismo en la construcción de la sociedad»¹⁴.

Los textos que se incluyen en el volumen, constituyen un testimonio inapelable de lo dicho, como puede comprobar el lector.

Sobre los Consejos que se editan en este capítulo, hay un comentario de M.^a D. de Asís que subrayo. Los Consejos fue el libro de máximas de Poveda más editado. El destinatario era específico, el profesorado de las Academias. El contenido ofrecía, en frase de Poveda, «la síntesis de la obra y lo que debe ser su espíritu...». La significación de los Consejos reside, por tanto, en lo singular de su contenido, por ofrecer ya en 1912 los aspectos que definían a la Institución: «Bajo aquella apariencia de sólo hombre, está Dios; bajo un exterior común, debe estar en vosotros el espíritu de Dios».

«El hecho de que titule el opúsculo Consejos —continúa M.^a D. de Asís— condiciona el lenguaje, que ofrece casi de continuo la apelación respecto al público a quien se dirige: “Hacedlo todo con esa difícil naturalidad fruto del vencimiento de sí mismo”»¹⁵.

No hemos incluido en este capítulo los Avisos espirituales de Santa Teresa de Jesús. La presentación que hace Encarnación González en la edición facsímil de los mismos, me excusa de todo otro comentario. Dice esta autora: «El folleto fue impreso por primera vez en el encuadernable que el Boletín de la Academia de Santa Teresa de Jesús de Linares publicaba semanalmente. Tiene la singular importancia de ser el primer trabajo dedicado por Pedro Poveda a la naciente obra teresiana...»¹⁶. Subraya E. González esta importancia, recordando cómo Pedro Poveda encarecía más tarde su lectura: «Como pensé entonces —escribe en enero de 1929— y con más firmeza aún, sigo pensando ahora y juzgando de imprescindible necesidad el estudio y la práctica de tan santa y sabia doctrina...»¹⁷. Dado que los textos no son propiamente de Poveda, remitimos al lector a la edición facsímil de estos importantes Avisos.

A este momento corresponde también la conferencia de Poveda sobre el estudio de la pedagogía en los seminarios (1914) en el que subrayaba la necesidad de la preparación pedagógica de los seminaristas y la importancia de la relación sacerdote-maestro. El mismo fin tenía su proyecto de una revista que acercase la parroquia a la escuela.

*Los textos de estos trabajos, que tienen un contenido prioritariamente pedagógico al igual que los folletos y ensayos de la etapa anterior, no han sido, obviamente, objeto de selección en este volumen*¹⁸.

¹ *Correspondencia*, Jaén, 11 noviembre 1914, AHIT.

² *Simulacro pedagógico*, Sevilla, 1912, p. 31.

³ *Ibidem*, p. 11.

⁴ *Correspondencia*, 11 noviembre 1914, AHIT.

⁵ *Ibidem*, mayo 1914.

⁶ *Ibidem*.

⁷ *Aunque mi opinión nada valga* [¿1912?], AHIT.

⁸ Véase nuestra publicación, *Pedro Poveda, educador de educadores*. Madrid, Narcea, 1993.

⁹ *Proyecto y presupuesto para la fundación de un internado*. Parte primera. Considerandos, p. 99, octubre 1910.

¹⁰ *Ibidem*.

¹¹ *Correspondencia*, 14 octubre 1913.

¹² *Correspondencia*, 12 julio 1912.

¹³ *Ibidem*.

¹⁴ A. Galino en el prólogo a la obra de Flavia Paz Velázquez: *Cuadernos biográficos*. Pedro Poveda. Madrid, Narcea, 1986. vol.1: Raíces linarenses, p. 1.

¹⁵ M.^a Dolores de Asís: *Aproximación al ser y escribir en Pedro Poveda*. *Ob. cit.*, pp. 101-102.

¹⁶ Pedro Poveda: *Avisos espirituales de Santa Teresa de Jesús*, edición facsímil. Publicaciones Archivo IT. Madrid, 1981, p. 7.

¹⁷ *Ibidem*, p. 8.

¹⁸ Sobre la génesis y desarrollo de los proyectos pedagógicos de Pedro Poveda, véase la obra de Flavia Paz Velázquez: *Cuadernos biográficos*. Pedro Poveda. Madrid, Narcea, 1987. vol.4: *Proyectos pedagógicos*. Véase asimismo, Ángeles Galino: *Itinerario pedagógico*. Madrid, CSIC, 2^a ed., 1965.

1. LA SOCIEDAD NECESITA FORTALEZA Y AMOR

NUESTRO ESPÍRITU NO ES DE TEMOR¹

¿Qué espíritu hemos de tener?

¿Qué espíritu ha de tener nuestra Obra, para que su fisonomía sea la que debe ser?
¿Cómo habremos de adquirir este espíritu y aquella fisonomía?

El espíritu de nuestra fundación no es de temor, sino de *fortaleza y amor*, como decía san Pablo. En el amor está comprendido cuanto para con Dios y para con el prójimo han de practicar nuestras Academias, o mejor sus miembros. La *fortaleza* será la defensa y hará que seamos sufridos, valientes, santamente intrépidos para vencernos a nosotros mismos, para vencer al mundo y para destronar el imperio del mal. Debemos creer que para nosotros fueron dichas aquellas palabras: *No nos ha dado Dios el espíritu de temor, sino el de fortaleza y amor* (2Tim 1,7).

La sociedad presente necesita fortaleza y amor

Firmeza inquebrantable necesitamos por la Obra, por el mundo y por nosotros mismos; *firmiter in re*: firmes, con santa firmeza, en todo lo que debemos creer y practicar, sin que ni halagos, ni amenazas, ni persecuciones venzan nuestra fortaleza; pero suaves, *suaviter in modo*, muy suaves, blandos, dulces, amables en el modo para que por este procedimiento ejerzamos saludable influencia en el mundo. La sociedad presente necesita estos dos revulsivos; nosotros, contagiados algún tanto de sus defectos, necesitamos también de ellos. Caridad, amor para prodigarse por Dios; fortaleza, para mantenernos firmes en medio de tanto peligro, asechanza y adulación. Este es nuestro espíritu; ¿cuál será por tanto, nuestra fisonomía? Veámoslo.

Transigentes e intransigentes

Si somos fuertes, nos venceremos y quitaremos toda ocasión de disgusto al prójimo, porque es muy rara la ocasión en que nosotros no tenemos la culpa de muchos de nuestros males. Somos blandos para nosotros y duros para los demás; transigentes con nosotros, intransigentes con el prójimo. De la falta del propio vencimiento nacen muchos males. Suponed una sociedad donde cada uno de sus miembros esté revestido de este espíritu de fortaleza, y tendréis la paz; si además, están llenos de amor a Dios y al prójimo, tendrán una paz amable y en ambos casos ejercerán atracción. Luego la fisonomía de nuestra Obra debe ser atrayente, con la atracción de una dulce y suave fortaleza, en medio de un reinado de paz, fruto del amor, del sacrificio y del trabajo.

Poned a Dios en el corazón

¿Cómo adquirir aquel espíritu y esta fisonomía? Mejor, ¿cómo adquirir el espíritu que se traduce en tal fisonomía? Poniendo a Dios en el corazón: Este es el secreto. Si Dios está en las profesoras y en las alumnas, unas y otras tendrán caridad y fortaleza. ¿Y qué hacer para poner a Dios? Lo primero desocupar el sitio, si está ocupado; después ir por Él para traerlo; y colocado en el corazón, conducirse de manera tal que no marche jamás de nosotros.

COMENZAR HACIENDO²

Comenzad bien

Hay necesidad de comenzar bien. Primero, y antes de todo y sobre todo, por Dios; y después por la Obra.

¿Por quién hacéis todo? Por Dios. Pues lo que por Dios se hace hay que hacerlo lo mejor posible. ¿De quién esperáis el premio? De Dios. Pues para obtenerlo hay que triunfar, y para triunfar es necesario trabajar bien desde el principio.

Y con lo dicho no quiero expresar que al principio solamente debéis poner todo vuestro empeño en que la Academia sea modelo de perfección en todos los órdenes: al principio y después y siempre. Os recordaré para terminar, aquellas palabras de san Jerónimo: «No consiste en vivir en Jerusalén, sino en vivir bien en Jerusalén».

Comenzad haciendo

Vuestra Academia debe comenzar *haciendo*. En la época en que vivimos todo se arregla con muchas palabras y pocas obras, y por esto se arregla todo tan mal, o mejor dicho, no se arregla nada bien. ¡Cuánto más nos valdría hablar menos y obrar más! Para charlar mucho, solamente hace falta ser atrevidos; mas para obrar, se necesitan muchas cosas. (...) a nada compromete el proponer, proyectar, idear grandes cosas; pero es muy costoso llevar a buen término cualquier proyecto por pequeño e insignificante que sea. Pues bien; vosotras, las que pertenecéis a la Academia de Santa Teresa, debéis profesar una filosofía contraria. Vuestro lema debe ser: Amor, trabajo, sacrificio, perseverancia, obras, silencio, humildad y retraimiento del mundo charlatán y vano...

Pensad mucho

Haciendo es como se progresa y como se dispensa el bien, pero no perorando a todas horas. Pensad mucho; hablad lo necesario; trabajad cuanto se pueda, y pensad, hablad y trabajad por Dios y para su gloria. Si vosotras os conducís de esta manera, veréis qué discípulas sacáis (...)

Estudad la importancia de la misión

Vocación. Falta para todo lo noble y grande; porque ni hay fe en nada, ni valor ni perseverancia. El egoísmo abunda mucho, y cuanto mayor es éste, más se deja sentir la falta de sacrificio, que es el oro con que se compra el bien de todos, de la familia, de la sociedad y de la patria.

Vuestra misión, si ha de ser fecunda en buenos resultados, ha de tener como fundamento la fe y por compañera la abnegación. En mi sentir falta la fe, porque no se medita seriamente sobre los asuntos, sino que todo se mira por encima y con somero estudio. Vosotras habéis de conocer bien el alcance que tiene vuestro ministerio y seguramente que si os penetráis bien de su importancia, llegaréis a tener la fe necesaria para cimentar la oración. De la fe, nace el amor; con éste se adquiere la fortaleza, y por él se sufre con perseverancia. De aquí, que mi primer encargo sea, que estudiéis con detenimiento la importancia de vuestra misión.

Dadme una vocación

Lo que brilló, brilla y brillará siempre en estas empresas es la vocación. Dadme una vocación y yo os devolveré una escuela, un método y una pedagogía.

Pero sin esa vocación serán estériles todos los esfuerzos y para nada servirán todos los otros factores. Vocación, vocación y vocación, no hace falta más. Pedid al Señor que os ilumine, sed muy prudentes, no os precipitéis, madurad bien vuestros mandatos, consultad lo que os ofrezca duda o dificultad; y sobre todo, obrad siempre con gran pureza de intención (...)

El ejercicio de la bondad

El ejemplo vuestro será la asignatura que mejor aprenderán las alumnas. Si sois como debéis ser, vuestras discípulas serán como vosotras deseáis que sean.

Parece que si alguna persona necesita ser buena, es la maestra. ¿En qué os habréis de ocupar toda vuestra vida? ¿No será toda ella un no interrumpido ejercicio de bondad?

Su vida ¿no es la entrega constante de su salud, de su trabajo, de su reposo, de su entendimiento y de su corazón? Verdad es que esta donación que hacéis de vosotras mismas es un préstamo con usura; pero ¿habrá necesidad de dar para obtener ese lucro? Esto es innegable.

Aunque cueste la vida

Vino Jesucristo al mundo para darle la vida, y el mundo le dio la muerte. He ahí la bondad suma. Pues vosotras iréis a comunicar esa vida, y debéis comprender que no ha de ser vuestra recompensa diferente, si vuestro sacrificio está inspirado en el mismo amor que el del Maestro.

La bondad y vuestra profesión son cosas muy parecidas. A la bondad no se la toma en cuenta como al genio, a la belleza y al poder; a vosotras no se os mira como a seres privilegiados, sino que, cual la bondad, pasáis desapercibidas. ¿Qué os importa el juicio

de los hombres?

EL MEJOR PROGRAMA³

La bondad conquista el mundo

Vosotras aprended la manera de conquistar el mundo por la educación y la cultura. No se puede verdaderamente ser bueno, si no se es dulce, si no se es humilde, si no se es dueño de sí y de las pasiones, si no se es prudente, si no se está bien equilibrado moralmente, si no se está bastante alto en el amor de Dios, si no se es desinteresado. La bondad es una mezcla de todas las perfecciones morales, para hablar el lenguaje del Cantar, en el que entran como ingredientes «todos los ungüentos del perfumista».

Es raro encontrar en la vida una persona de bondad notoria y constante, sin tener que elogiar en ella, además, todas las virtudes posibles, y con ayuda de la benevolencia que inspira, no hay perfección moral que no se le conozca, incluso una excepcional elevación de inteligencia.

La virtud de los grandes

¿Podríamos llamarla con razón virtud de las almas grandes?

Es muy poco. San Gregorio Nacianceno se atreve a decir que: «La bondad no es otra cosa que la divinidad misma».

Después de oír al Santo, no os podrá causar extrañeza que los escitas dijieran a Alejandro: «Eres Dios, luego debes ser bueno».

¿Deseáis ser buenos? ¿Creéis ahora que siéndolo podréis conquistar el mundo?

ESTIMA DE LA MISION EDUCATIVA⁴

El primer libro de vuestra Academia será el de los santos Evangelios.

Deberéis enseñar a vuestras alumnas a ser buenas feligresas, amantes de la vida parroquial, que tan resentida se halla.

Trabajad con empeño para que vuestras discípulas adquieran decidida vocación al ministerio para el que se preparan; enseñadles a tener en gran estima su profesión; mostradles los ejemplos apropiados para ello; hacedles ver la importancia que tiene la vocación para la misión que han de ejercer en la sociedad y habladles, una y muchas veces, del mérito de sus trabajos (...)

Desterrad de vuestra Academia las críticas, hablillas y murmuraciones, la petulancia y sabihondez, la cursilería y el mal gusto, la intolerancia y el despotismo, la vanidad y la frivolidad.

Enseñad a vuestras alumnas a que sean humildes, sencillas, modestas, amables, tolerantes, juiciosas, fuertes, respetuosas, amigas de los pobres, aficionadas al trabajo, justas y prudentes.

Enseñadles todas las virtudes y a ser virtuosas sin gazmoñería. Muchos no se aficionan a la virtud, que es de suyo digna de ser amada, porque la hacen repulsiva aquellos que la practican.

COMO LOS CRISTIANOS DE LA PRIMITIVA IGLESIA⁵

Ahora comienzo

Et dixi: nunc coepi (Sal 76,11) (...) Este era también el consejo que daba el Apóstol a los nuevos cristianos de la primitiva Iglesia, que habían pasado del sacrilego culto de los simulacros al verdadero culto de Jesucristo.

No mires jamás el bien que hiciste en la vida pasada ni el mal que evitaste con el auxilio del Señor; pon la mira en el cielo, en lo mucho que te falta para conseguirlo. Familiarízate con la frase ¡adelante! interpretando bien lo que por ella se significa.

La mira puesta en Dios

Vamos caminando, somos viajeros, y para conseguir llegar pronto al término de nuestro viaje, debemos mirar siempre adónde vamos y lo que nos falta, sin distraer nuestra atención en los paisajes que por el camino se ofrecen a nuestra vista (...) La mira puesta en el cielo, y de lo del suelo, servirse en tanto en cuanto es útil para llegar al centro donde está nuestro descanso, al lugar donde mora el Altísimo.

Cada momento de tu vida, en cada instante, renueva tu espíritu con el *nunc coepi*, que llenó de santos el paraíso y que hizo breves aun los más dilatados años de existencia.

LAS PRIMERAS CRISTIANAS⁶

La mujer en la naciente Iglesia

Desde el principio del cristianismo la mujer se significó por su fe extraordinaria. Al Salvador lo acompañan durante su vida suministrando el alimento y sirviéndole; en el momento de la muerte están allí al lado de la Cruz con María mientras los apóstoles y discípulos se esconden. Ellas corren presurosas al sepulcro; ellas anuncian la Resurrección, fundamento de nuestra fe, y ellas desde entonces y para siempre, ya con su sangre, ya con su sacrificio, ora entregando sus casas para hacer de ellas iglesias o de mil maneras tan prodigiosas como el amor que a Jesús profesaban, son el sostenimiento de la naciente Iglesia.

El elogio de los Santos Padres

El desprendimiento de las primeras cristianas y el número de mártires que de este sexo cuenta la Iglesia, así como la piedad y devoción, la fe y abnegación de aquellas santas mujeres de quienes hablan san Pedro y san Pablo y de quienes se hace elogio

cumplidísimo en las Epístolas y Hechos apostólicos, en el Martirologio y Breviario, son cosas harto familiares para los que estudiaron siquiera ligeramente la historia de la Iglesia. San Pedro en su primera epístola se extiende en consideraciones sobre la dignidad y deberes de la mujer cristiana. San Pablo habla en todas sus cartas de la mujer y muestra ¡entiéndase bien! casi tanto cuidado por ellas, como por los obispos. San Policarpo en una de sus cartas afirma que de la conducta de la mujer depende en gran parte la edificación de los fieles.

La mujer y la reforma del hombre

Tertuliano dedica siete libros a la mujer. San Clemente de Alejandría se ocupa de ella minuciosamente en el tercer libro de su famoso *Pedagogo*. San Ambrosio inaugura su ministerio pastoral dirigiéndose a las mujeres. Parece que se había dicho a sí mismo, dice un expositor: Si yo consigo reformar a las mujeres, en el mismo hecho habré reformado a los hombres. Y fue tan feliz su apostolado, así comenzado, que san Basilio el Grande, desde el Oriente, lo felicita por los frutos obtenidos. San Agustín dedica siete tratados de sus luminosas obras para hablar de la mujer; san Juan Crisóstomo y san Gregorio el Grande escriben elocuentísimas homilias y panegíricos de las santas. San Jerónimo, sobre todo, en los tratados a la pequeña Paula y en la carta a Leta sobre la educación de su hija, demuestra un celo extraordinario por la educación de la mujer.

El concurso de la mujer en la actualidad

Y si de aquellas remotas épocas del cristianismo venimos a los últimos tiempos, encontraremos pasando en claro siglos y personas, a san Francisco y santa Clara, san Juan de la Cruz y santa Teresa, san Francisco de Sales y santa Juana Fremiot. San Vicente de Paul, que hasta para la reforma del clero se vale del valioso concurso de la mujer.

Y para terminar os invito a que evoquéis el recuerdo de todas las fundaciones modernas y de todas las obras contemporáneas de celo y caridad y leeréis los nombres de las mujeres ilustres que en nuestros días, como en los tiempos de Jesucristo, como en la época de los apóstoles y como en todos los siglos, fueron, son y serán los frutos más sazonados de la Cruz.

LO QUE A UNA MUJER DEBIÓ AL MUNDO⁷

La influencia de la mujer en la época actual

A una mujer debió el mundo el Hombre Dios; por las mujeres se propaga y perpetúa el cristianismo en el mundo. Yo me atrevería a seguir diciendo, y si ésta fue siempre una verdad innegable de la que da cumplido testimonio la historia, (...) hoy, en la época actual, la influencia más decisiva en favor del cristianismo, es la de la mujer; el apostolado más fecundo y la fuerza más potente de la Iglesia de Cristo en la tierra, está

en manos de la mujer católica. Cuando la corrupción espantosa del mundo llegó a su apoteosis, apareció María y nos dio a Jesús, Salvador de aquel mundo corrompido; ahora la mujer cristiana imitadora de las virtudes de la Virgen de Nazaret y unida a ella por la oración y las virtudes, trae al mundo la buena nueva del ejemplo, y con su infatigable apostolado sostiene la doctrina y la virtud del Evangelio en medio de una sociedad paganizada. Y es (que), como dice Bossuet, habiendo Dios querido darnos una vez a Jesucristo por medio de la Santísima Virgen, este orden no se cambia jamás, pues Dios nunca se arrepiente de sus dones.

EL CRUCIFIJO Y EL EDUCADOR⁸

Si observáis algo bueno en las jóvenes que se educan en los internados teresianos, sabed que se debe al Crucifijo.

En lo humano, la moderna pedagogía razona bien este éxito educativo.

Ellas estudian con amor la vida de Jesús; contemplan su divina fisonomía, meditan su pasión portentosa; todo lo cual produce un estado afectivo capaz de inspirar y sostener la actividad necesaria para formar un carácter.

Lo intelectual, lo ético y lo estético

En su Cristo juntan ellas lo intelectual con lo ético y lo estético. Las ideas más sublimes, evocadas ante la divina imagen, adquieren toda la virtud necesaria para triunfar del obstáculo que los apetitos desordenados oponen al fin de la educación. (...)

Y si la biografía, que es lo más humano de la historia, adquiere incomparable fuerza de sugestión cuando relata la vida de un héroe, y si la plasticidad que damos a esa historia, presentándola en una imagen, constituye un doble medio educativo por la intuición en que se ofrece, la mirada al Crucifijo es relevante medio pedagógico para el fin que persiguen [los miembros de la Obra].

¹ *Correspondencia*. 16 julio 1912. Publicado posteriormente en «Boletín de la Academia de Santa Teresa de Jesús» (en adelante BAT) con el título: *Fisonomía de nuestra Obra*.

² *Hay necesidad de comenzar bien* [¿Covadonga, 1911?]. *Consejos del P. Poveda a las profesoras y alumnas de la primera Academia teresiana*. Este folleto se publicó por primera vez sin fecha ni pie de imprenta [¿Linares, 1912?], dedicado a la Academia de Oviedo. Se han seleccionado los consejos relativos al aspecto religioso-moral.

³ *En cifra aquí tenéis*. [¿Covadonga, 1911?]. *Consejos del P. Poveda a las profesoras y alumnas de la primera Academia teresiana*, s.f. y s.e. [¿Linares, 1912?].

⁴ *Aspecto religioso moral de la Academia* [¿Covadonga, 1911?]. *Ob. cit.*

⁵ *Consideración. Et dixi: nunc coepi* (¿Covadonga, 1911?). *Ob. cit.*

⁶ *Bienaventurado el vientre que te llevó...* [¿Covadonga, 1911?]. *Ob. cit.*

⁷ *A una mujer debió el mundo*. BAT, 13 septiembre 1914.

⁸ *El Crucifijo* [marzo, 1915] en «El Pueblo Católico», Jaén, 1 abril 1915.

2. CONSEJOS PARA EL EJERCICIO DE LA MISIÓN

DIOS EN EL CORAZÓN¹

Vuestro primer recuerdo

Vuestro primer cuidado será poner a Dios en los corazones de vuestras alumnas.

El desenvolvimiento, la expansión, el desarrollo de todo el ser de vuestras educandas, será ordenado, armónico y completo si Dios vive en sus corazones (...).

¿Se os pide un imposible? No. ¿Qué haréis? Lo primero, poseedlo vosotras; lo segundo, mostradlo en todas vuestras acciones; lo tercero, enseñadles el secreto de vuestra felicidad.

El amor de Dios inspiró la idea, él os mantiene perseverantes, él os hace fuertes y él os llevará al triunfo. Sin él, nada bueno habríais hecho; sin él no habrá frutos saludables.

La señal de los primeros cristianos

Por el amor mutuo que se profesaban los primeros cristianos, eran reconocidos por los paganos. ¡Cuánto se progresa con el amor! Y cuando falta, todo es difícil, todo frío, todo seco. El Señor os libre de la falta de amor.

Alejad de la Academia los remilgos, las reticencias, la falsía, y todo el cortejo de pecadillos que la hipocresía lleva consigo. Sea sí, fino vuestro trato, correctísimo vuestro porte, delicados vuestros modales; pero todo ello sin afectación, con sencillez, con naturalidad y respetuosa confianza. (...)

La alegría como testimonio

La alegría de que hablamos es la nacida de la paz interior, es fruto de la santidad, testimonio de la buena conciencia, reflejo de la tranquilidad del alma. Para estar así alegres, no hace falta otra cosa que la gracia de Dios, téngase tal o cual edad; pero claro está que la alegría es diferente en sus manifestaciones a los veinte años que a los ochenta.

La alegría hace breve el tiempo y llevaderos los estudios y la disciplina, y fácil la vida, y amables las personas y simpática y atractiva la virtud, y en suma, convierte en cielo la tierra.

Termino recomendándoos el consejo del apóstol Santiago «¿Está triste alguno de vosotros? Que ore». Este es el remedio.

La mira muy alta

Sin [ideal] la Academia será una de tantas casas donde ni se educa, ni apenas se instruye (...) De algunos centros de esta clase que conozco, podría asegurar que cerrados era como mejor estaban. Vuestra labor ha de ser muy otra, y si queréis que la Academia dé gloria a Dios, sea provechosa al prójimo y haga servicio a las letras y a la patria, debéis comenzar por poner la mira muy alta y que vuestro ideal sea obtener la mayor perfección posible en todos los órdenes.

No calificuéis de disparate tal o cual aspiración por muy noble que sea o irrealizable que os parezca.

EL LÍMITE DE NUESTRA TOLERANCIA²

La vida muelle a que propende la sociedad actual hace que mire con miedo todo lo que es austeridad y rigor.

Espíritu atrayente

Rodearse de una intempestiva intransigencia, valdría tanto como alejar de nosotros a ese mundo que deseamos convertir a Dios.

Una obra que está llamada a influir en el mundo para atraerlo a Jesucristo, la primera cualidad que ha de tener es la de hacerse amable.

Como vuestra misión ha de ser de atracción, vuestro espíritu ha de ser atrayente. Para conseguirlo necesitáis sacrificaros mucho y amar mucho. Si no os sacrificáis, no podréis aparecer amables, y si no amáis, no prodigaréis beneficios.

Como Cristo, en todo semejante a los hombres

Jesús aparece en todo semejante a los hombres, menos en el pecado; vosotros, exteriormente, seréis como todos los de vuestra clase y condición; pero os distinguiréis en la santidad de vida.

Bajo aquella apariencia de sólo hombre, está Dios; bajo un exterior común, debe estar en vosotros el espíritu de Dios.

La ecuanimidad será una de las virtudes distintivas de vuestro instituto. Conservad esta ecuanimidad en medio de las alteraciones de la salud y del medio externo en que vivís.

Revestíos de Jesucristo, para que seáis tan suyos en lo interior como en lo exterior.

Para hacerse todo para todos, ganándolos así para Cristo, habéis de dejar de ser vuestros.

La difícil naturalidad

Hacedlo todo con esa difícil naturalidad, fruto del vencimiento de sí mismo.

Si no empleaseis el tiempo más que en cosas útiles, ¡cuánto progresaría vuestra obra!

Vivid mucho con Jesucristo en la oración, en la mortificación y en los sacramentos, y

será vuestra fisonomía moral semejante a la suya.

Diréis que no sois perfectos; pero ¿acaso no aspiráis a la perfección?

¿Cuál es vuestra fe?

Si conociendo lo que debéis hacer no lo practicáis ¿cuál es vuestra fe?

Si os ocupáis con más gusto de vuestras miserias que de la causa de Dios, ¿con qué derecho le pediréis que vuelva por su causa?

Vuestro reconocimiento para con Dios debe ser muy grande, pues que sin mérito alguno de vuestra parte os eligió para esta obra.

Nadie necesita tanto de las luces celestiales que concede el Señor de las ciencias, como aquellos que se ocupan en el estudio de las mismas.

No está la perfección en las prácticas de piedad; pero ellas la inspiran, fomentan y protegen.

Ocuparse en extender el reinado de Dios en el mundo y no estar en íntima relación con Él, es imposible.

Quien lleva a Dios dentro de sí, piensa, siente, quiere, habla, obra y deja de obrar según sus inspiraciones.

Recurso a la oración

Para saber lo que Dios quiere de nosotros hay que orar; para ser como Él quiere que seamos, hemos de orar; y para triunfar de nuestros enemigos, necesitamos igualmente de la oración.

Para amar a Dios hay que conocerle; para conocerle, estudiarle; para estudiarle, pensar en Él, y para pensar en Él necesitamos alejarnos de todo lo que nos distrae.

Si estáis llenos de Dios, hablaréis de Dios y mostraréis a Dios en todo.

Si vuestra conversación es frívola y mundana, es evidente que Dios no llena vuestro corazón.

¿De quién podéis hablar más y mejor que de Dios? Es tema inagotable para quien lo posee.

El límite de la tolerancia

De paz y de guerra habéis de necesitar para santificaros. Paz con Dios, con vosotros mismos y con el prójimo; guerra con los enemigos del alma.

Tan intransigentes habéis de ser con vosotros mismos, como condescendientes con los demás. El límite de esta tolerancia ha de ser el pecado.

Dejad que sea cada uno como Dios lo permita; pero vosotros sed para con todos como debéis.

Renovad con frecuencia la presencia de Dios para acordaros de que lo hacéis todo por Él.

Si vuestro amor propio triunfa, ¿dónde está el amor de Dios?

Os amáis mucho si os ocupáis aún de vosotros, y os amáis mal si es vana vuestra ocupación.

Si aún os duelen los sacrificios que hacéis por Dios, bien mezquino es el amor que le tenéis.

Cuanto más ignorado sea vuestro sacrificio, más quilates tendrá vuestro mérito.

Amor a Dios y a los hombres

Si vuestro amor a Dios es verdadero, os gozaréis en las perfecciones del prójimo.

Para amar a todos mucho y bien, hay que amarlos en Dios, por Dios y para Dios.

Si amáis por motivos humanos, vuestro amor será tan variable como los motivos en que se funda.

Quien anda mucho por el barro, necesita limpiarse muy a menudo.

El peor enemigo

Las alabanzas mundanas os robarán las virtudes si les prestáis oídos.

No es el peor enemigo para nosotros el que nos persigue, sino el que nos adula.

Toda la gloria que se os tributa corresponde a Dios; si la aceptáis como vuestra, despojáis de ella al Señor.

Jamás tengáis en tan poca estima la virtud, que os parezca bien pagada con las alabanzas de los hombres.

Dios os pedirá cuenta de lo que hicisteis y de cómo lo hicisteis; pero no de si habéis obtenido alabanzas.

No mereceréis la recompensa de Dios, sino por aquello que hicieseis por su amor.

¹ Pedro Poveda: *Consejos del P. Poveda o las profesoras y alumnas de la primera Academia teresiana* [¿Covadonga, 1911?], s.f. y s.e. [¿Linares, 1912?]. Seleccionamos en estos *Consejos* aquellos que muestran la preocupación de Poveda por asentar en valores cristianos la acción educativa de sus centros.

² Pedro Poveda: *Consejos a las profesoras de los Academias de Santa Teresa de Jesús*. Covadonga, 29 junio 1912. Existe edición facsímil. Publicaciones del Archivo de la Institución Teresiana, Madrid, 1986. Este facsímil corresponde a la edición de 1921 que incluía *Consejos* de Pedro Poveda, escritos más tarde. Obsérvese que el título de estos *Consejos* está dirigido a las Academias, en plural. Los anteriores fueron escritos para la primera Academia de Oviedo.

III. CRISTIANOS ENTRE LOS CRISTIANOS 1915–1919

«Nosotros que aspiramos a vivir una vida espiritual intensa hemos de ser exteriormente sencillos, humildes; hemos de pasar desapercibidos, hemos de confundirnos con el común de las gentes, pero interiormente seremos singularísimos... con la singularidad del Espíritu de Cristo» (Pedro Poveda, 1917).

Los documentos de este capítulo apenas necesitan presentación. Hablan por sí mismos. Es éste el período en que el movimiento reformador de Poveda formaliza, o si se quiere, institucionaliza su presencia en la Iglesia y en la sociedad como asociación de cristianos seculares que trabajan en la cultura y en la educación.

Poveda tantea, busca, y al fin halla, la fórmula que da amparo eclesial a su Obra, sin dejar de ser lo que era desde el principio. En 1917 por un decreto del obispo de Jaén queda constituida como Pía Unión de Fieles (16 julio 1917) y en este mismo año aprobada como Asociación Civil. Lógicamente los documentos de estos años, en relación a aquella fecha, representan un antes y un después.

En 1915 Poveda acaba de cumplir 41 años. «Sé, por experiencia que ni valgo nada ni puedo nada. Así como también la experiencia me enseñó que con el favor de Dios hice prodigios y realicé cosas admirables»¹.

Enseguida lo va a comprobar de nuevo, porque el antes y el después de estos años, son duros y difíciles, aunque vea hecha su Obra y contemple con satisfacción cómo han respondido sus primeras colaboradoras:

«Recibid, pues (...) la entrega que os hago de la obra teresiana, de hoy en adelante vosotras seréis la Obra»².

Históricamente, el período se caracteriza por la agudización de posturas ideológicas y por el enfrentamiento social. Las repercusiones de la Primera Guerra Mundial se dejan sentir en España, al igual que en otros países. Europa se ha ido convirtiendo en una gigantesca acumulación de tensiones que ponen en entredicho las grandes esperanzas con que comenzó el siglo.

La conciencia europea se plantea el problema mismo de la estructura de sus formas de vida y de su cultura. Un sentido nuevo del mundo y de la existencia cuartejan los fundamentos del humanismo y de la civilización occidental. En España la crisis

sociológica y espiritual es también evidente. La modernización del país –ya lo hemos apuntado en otro lugar– se desarrolla de modo desequilibrado. En cuanto a la idea laica faltaba mucho tiempo todavía para que adquiriese su verdadera dimensión, de autonomía del orden temporal, en relación a la Iglesia y no frente a ella. Tal era el calentamiento de las mentalidades y de los espíritus.

El período es de intenso sufrimiento para Poveda. Se ataca a su persona cruelmente, como recuerda él mismo en sus Notas autobiográficas:

«He sido el tema de las tertulias; se me ha puesto en solfa; he tenido enemigos de todas clases; he recogido muchas ingratitudes; nadie conoce ni estima como se merece la Obra, ni el sacrificio que supone. Dios envió sus consuelos, y así pude ir transitando en medio de las mayores injusticias y desamparos. Gastos enormes, y tan enormes como los gastos los disgustos, fueron el pan nuestro de cada día (...) No tengo conciencia de haber hecho daño positivamente a nadie; consagro toda mi vida al prójimo; hago cuanto bien puedo, y más aún»³.

También se ataca a la Obra. Las academias povedanos que llevan el aliento fresco de una enseñanza renovada a las instituciones educativas y la presencia de profesionales cristianos competentes en la docencia oficial, se miran con desconfianza. En algunas ocasiones diríase que se quiere borrar del mapa la Obra de Poveda.

El esfuerzo humano y espiritual daña su salud: *«me encuentro en las peores épocas de mi vida»⁴*. Tanto que se maravilla de cómo sale a flote:

«Parece utópica nuestra empresa, pues aparte las dificultades intrínsecas de la misma, que son muchas, hemos de luchar con tantos y tan poderosos enemigos, que solamente Dios, cuya es la Obra, realiza el milagro de nuestra existencia. Que un hombre pobre, sin cualidades extraordinarias, hasta sin mucha salud, con unas cuantas jóvenes, que si es verdad que cada una de ellas vale por muchas, al fin no dispone ni de su persona, pueda llevar adelante una Obra como la de que nos venimos ocupando (...), es un milagro de Dios, que así da testimonio de su omnipotencia y sella sus obras para que las vean y protejan los que no son voluntariamente ciegos»⁵.

El sufrimiento, la lucha diaria, tienen su reflejo en los documentos seleccionados. Por un lado, el análisis o mejor el autoanálisis, para encontrar la razón de la oposición a la Obra. Volviendo los ojos a Cristo se pregunta: *«¿Por qué se juntan en concilio los fariseos? (...) Este fue el principio de la pasión de Cristo. De aquel concilio surge el decreto de muerte contra Él (...) No habrían de ser de mejor condición los discípulos que el maestro»*. Su recurso justificativo es el contraste, la garantía de las obras: *«Las obras, sí, ellas son las que dan testimonio de nosotros, y las que dicen con elocuencia incomparable lo que somos»*.

Por otro lado, la adversidad le afirma en los apoyos con que únicamente debe contar su Institución; en la necesidad de fundamentarla sin ambigüedades en sólo Dios y en velar para que no la desvirtúen ni propios ni extraños.

Las líneas temáticas de los documentos son nítidas en este sentido. Giran en torno a dos ejes: el primero, la identidad de la Obra. El segundo, la de los miembros.

Bien puede decirse que el texto del apartado Para que seamos lo que debemos constituye en este período la pauta sobre la que Poveda escribe sus preocupaciones mayores: asegurar el equilibrio de la Institución; separar lo sustancial de lo accidental; acendrar su espíritu. Es en este contexto donde se enmarca su aplomado documento sobre La Obra es Jesucristo: «Él es el inspirador, el sostén, la vida, el modelo, la teoría, la práctica, el sistema, el método, el procedimiento, la regla, las constituciones, todo en suma».

Los documentos integrados en el apartado segundo, Hasta que Cristo se forme en vosotros, constituyen el segundo núcleo de su pensamiento. Ha llegado asimismo la hora de fundamentar el ser y el hacer de esos cristianos/as comprometidos con los que sueña.

El conocido texto sobre el humanismo verdad se sitúa en esta preocupación por asentar las cosas en su sitio:

«La Encarnación bien entendida, la persona de Cristo, su naturaleza y su vida dan, para quien lo entiende, la norma segura para llegar a ser santo con la santidad más verdadera, siendo al propio tiempo humano, con el humanismo verdad».

Vuelve Poveda a Teresa de Jesús. A su carácter eminentemente humano y al mismo tiempo henchido de Dios⁶. La vida de los miembros de la Obra debería distinguirse por ese mismo carácter humano y al mismo tiempo divino, informado por la vida de Dios. El trabajo, la naturalidad, la tolerancia, la generosidad, la justicia, las virtudes sólidas en una palabra –tercer apartado del capítulo–, son para Poveda el resultado de esa vida llena de Dios y al mismo tiempo eminentemente humana.

Como también lo es el volcarse sobre los demás, el «mejor es dar que recibir...». «Bien quisiera yo que estas palabras de Cristo fueran [nuestro] lema. Mejor es dar; mejor es sacrificarse por el prójimo, entregar por amor cuanto se tiene (...) Entregaos y estad seguros del retorno; la medida de lo que habéis de recibir ha de ser la entrega vuestra».

Momento éste, por otra parte, el de los años 1915 a 1919, de actividades múltiples y de amplia onda. Fundacionales unas, como las nuevas Academias de León, Teruel o Barcelona; de carácter organizativo otras, como la estructura interna de la Institución y de las Asociaciones varias que la integraban.

¹ *Notas autobiográficas*, 1915, AHIT.

² *Correspondencia*, 11 abril 1915, AHIT.

³ *Notas autobiográficas*, 1915, AHIT.

⁴ *Ibidem*.

⁵ *Correspondencia*, 13 diciembre 1919, AHIT.

⁶ *Correspondencia*, 9 abril 1915, AHIT.

1. PARA QUE SEAMOS LO QUE DEBEMOS

NECESITAMOS UN PERFECTO EQUILIBRIO¹

Para que la Obra sea lo que debe ser y responda al pensamiento de quien la fundó, necesita un perfecto equilibrio.

Tengo para mí una comparación que responde a lo que quiero enseñaros.

Sin él no llenaremos nuestro cometido

Las dos fuerzas –centrípeta y centrífuga–, actuando sobre todos los cuerpos, mantienen el equilibrio, y esas fuerzas para mi caso son: la oración –centrípeta– y la unión y caridad fraterna –centrífuga–. Si falta la primera, os disiparéis, saldréis del radio, os escaparéis, no llenaréis vuestro cometido. Si falta la segunda, no saldréis al mundo; no lo ilustraréis, no llenaréis vuestra misión.

OBRA DESCONOCIDA Y TRABAJOSA²

Tampoco el mundo supo juzgar a Cristo

Vosotros cooperáis a la manera que os permiten vuestras circunstancias al desarrollo de una Obra oscura, desconocida y trabajosa; pero ¡si vierais cuánto me satisface pensar que somos tales que el mundo no es capaz de juzgarnos! Porque en verdad que tampoco el mundo juzgó acertadamente al Hijo de Dios, a quien llamó el hijo del carpintero.

Y es que Jesucristo nuestro Salvador, pasó haciendo bien, pero un bien tan nuevo y tan excelente, que no podía ser apreciado por los que veían todo según la carne y la sangre.

Para éstos, somos nosotros unos negociantes, cuando no del dinero, de la popularidad, de mil cosas. Mas a los ojos de Aquel para quien nada hay oculto, somos lo que somos, los enamorados de su doctrina, de sus ejemplos y de sus virtudes; los que queremos seguir el camino por Él trazado; los que teniendo en la estima que merecen ser tenidos los dichos, palabras y juicios humanos pasamos haciendo el bien que con la divina gracia podemos, sin llevar la enojosa carga de la vanidad que tantas caídas produce.

OBRA DE DIOS³

Necesitamos ser fuertes

El tesoro que tiene la Institución Teresiana, es la oración. La Obra necesita un gran tesoro, porque cada día tiene mayor y más número de necesidades. Hay que aportar

recursos; los obligados son los miembros y, por tanto, los miembros han de ser almas de oración.

La Obra tiene su fisonomía específica y su espíritu. El espíritu de santa Teresa, maestra de oración.

La Obra necesita ser fuerte y la fortaleza, la autoridad, el prestigio, el valer, la influencia, todo, depende de la unión y caridad fraterna.

Si los miembros viven íntimamente unidos a Dios por medio de la oración e íntimamente unidos entre sí por la caridad fraterna, la Obra alcanzará de Dios cuanto quiera y ejercerá influencia en el mundo cuanta necesita.

En faltando la oración y en no estando unidos sus miembros, la Obra será algo humano, pero no la Obra de Dios.

LA OBRA ES JESUCRISTO⁴

La teoría, la práctica, el sistema

La Obra es Jesucristo. Él es el inspirador, el sostén, la vida, el modelo, la teoría, la práctica, el sistema, el método, el procedimiento, la regla, las constituciones, todo, en suma. Siendo Jesucristo nuestro modelo y nuestro amor, los miembros de nuestra familia tendrán idéntica conformación espiritual y vivirán unidos en Cristo y por Cristo, en el cual todos debemos amarnos. (...)

Habéis de poner singular empeño en conocer bien la vida de Jesucristo, estudiando con amor los santos Evangelios (...), ahí es donde encontraréis el prototipo al que habéis de imitar. De Cristo podemos copiar todos, sea cual fuere nuestro temperamento, edad, condición, sexo y carrera, y al imitarlo no destruimos nuestro modo especial de ser, dado por Dios, sino que lo elevamos y santificamos.

Por lo que toca al amor, ¿qué os diré? Si amáis de verdad a Cristo, sabréis amar bien a todos. En síntesis, éste es mi consejo. Si encontráis dificultades en el ejercicio del amor, es sencillamente porque ni amáis bien a Jesús, ni a las criaturas en Jesús y por Jesús.

EL ESPÍRITU DE TERESA DE JESÚS⁵

El espíritu que defendemos

Quien tiene sano el corazón, sereno el juicio y libre de presiones la voluntad, forzosamente hace profesión del teresianismo que nosotros defendemos. Y aunque en él vean algo desagradable por imperfecto, no lo juzguen mal; culpen a los instrumentos a quienes está confiado ejecutar el plan, ya que nuestra rudeza y miseria desvirtúan lo más santo. ¡Pero la Obra! La Obra no tiene pero, porque aspirando a ser la encarnación del espíritu de la mujer más grande del mundo (...) no puede tener tacha. Y si el sufragio de siglos pudiera añadir mérito a lo que de suyo es inmejorable, bien patente queda nuestra afirmación. ¿Aspiramos a lo muy difícil por ser muy elevado? Es cierto. Pero no

perseguiamos lo imposible, sino un ideal que tuvo realidad y vida en una mujer (...)

NUESTRA OBRA ES UN ORGANISMO VIVO ALENTADO POR UN ESPÍRITU⁶

Nuestra Obra es un organismo vivo, alentado por un espíritu; nosotros estamos informados de ese espíritu, y él se muestra en todos los actos que realizamos. Cada sociedad tiene su espíritu especial, y los que a ella pertenecen o tienen el mismo espíritu o lo adquieren, y, si así no acontece, ni son miembros verdaderos de aquella sociedad ni la representan.

Todo lo que nosotros hacemos, aparentemente lo hacen los demás, y si esa labor que ejecutan no tiene importancia, no es trascendente, carece de virtud, es fría, árida, infructuosa, es porque no está inspirada y realizada por el espíritu, le falta espíritu.

El espíritu no se mide por lo externo

El valor del espíritu no se mide por la magnificencia exterior, ni por el aparato externo. Toda la gloria de la hija del Rey procede de dentro (Sal 45,14). El espíritu más sublime, infinitamente grande y perfecto, aparece en el hombre Dios oculto, y Jesucristo, que aparentemente es un hombre como los demás, lleva dentro el Espíritu divino. Por eso, aquellas palabras de aquel Hombre, aquella presencia, aquellas obras, exteriormente vulgares, son fecundas en prodigios y exuberantes en milagros de todo género. Y es cosa admirable la proporción que existe entre el valor intrínseco del espíritu y la aparente sencillez y hasta vulgaridad. A más aparato externo, menos valor intrínseco, y a mayor sencillez y aparente insignificancia, más mérito interior.

No pretendemos singularizarnos

Nosotros, pues, que aspiramos a vivir una vida espiritual intensa, hemos de ser exteriormente sencillos, humildes; hemos de pasar desapercibidos; hemos de confundirnos con el común de las gentes; no llevaremos distintivo alguno; no pretenderemos singularizarnos en nada; pero interiormente seremos singularísimos con la singularidad de la virtud; elevadísimos, con la elevación de la santidad; singularísimos, con la singularidad del Espíritu de Cristo.

PARECE UTÓPICA NUESTRA EMPRESA⁷

El milagro de nuestra existencia

Parece utópica nuestra empresa, pues aparte las dificultades intrínsecas de la misma, que son muchas, hemos de luchar con tantos y tan poderosos enemigos, que solamente Dios, cuya es la Obra, realiza el milagro de nuestra existencia. Que un hombre pobre, sin cualidades extraordinarias, hasta sin mucha salud, con unas cuantas jóvenes, que si es

verdad que cada una de ellas vale por muchas al fin no dispone ni de su persona, pueda llevar adelante una Obra como la de que nos venimos ocupando, tenga siete casas en menos de siete años, la sostenga sin dinero costando muchos miles de pesetas; sin influencias, siendo harto precisas para la lucha, y casi sin personal, elemento absolutamente necesario, es un milagro de Dios, que así da testimonio de su omnipotencia y sella sus obras para que las vean y protejan los que no son voluntariamente ciegos.

EL PATROCINIO DE LA MADRE DE DIOS⁸

«Así como no hay orden que no se haya fundado bajo el patrocinio de la Virgen, tampoco hay ninguna en que la inobservancia no haya comenzado por el resfriamiento de esta devoción y cuya reforma no haya principiado por una conversión a su fervor antiguo» (A. Nicolás) (...)

Deseo que también tengáis presente el hecho que refiere [santa Teresa] en el capítulo primero de su *Vida*, cuando a la muerte de su madre, postrada ante una imagen de nuestra Señora, le suplicó con muchas lágrimas que fuese su madre (...)

Tengo para mí que ha de ser nuestra hora la en que nos consagremos a la Madre de Dios; hora de rectificación, hora de arrepentimiento, de vida nueva, de mayor fervor y de aciertos.

¹ *Para que la Obra* [1916], AHIT.

² *Correspondencia* [¿1916?], AHIT.

³ *El tesoro que tiene* [¿1917?], AHIT.

⁴ *Correspondencia*, enero, 1917. BAT, *La Obra es Jesucristo*, núm. 34, 2.^a época, 15 febrero 1918.

⁵ *Correspondencia*, abril, 1917, AHIT.

⁶ *Espíritu de nuestra obra* [¿1917?]. *Meditaciones y Consideraciones II*, Madrid, 1949, p. 27

⁷ *Correspondencia*, 13 diciembre 1919, AHIT.

⁸ *Ibidem*, 8 enero 1920.

2. HASTA QUE CRISTO SE FORME EN VOSOTROS

EL VERDADERO HUMANISMO¹

En un artículo, suscrito por un padre agustino, leo las siguientes frases: *Con sólo atender al carácter eminentemente humano de aquella vida, por otra parte, toda de Dios, henchida totalmente de Dios y consagrada por entero al servicio de Dios, es, sin género de duda, santa Teresa de Jesús una de las almas más generosas y simpáticas que han descendido a este mundo.*

Carácter eminentemente humano. Las obras de [santa Teresa] lo dicen; de la lectura de sus libros se desprende. Yo deseo que nuestra Obra sea así. ¿No os parece un acierto que nuestra Institución lleve el nombre de teresiana?

Vida toda de Dios

Aquella vida toda de Dios. Así ha de ser la vida de [los miembros de la Obra], toda de Dios. Pero siendo de Dios toda, debe distinguirse por su carácter eminentemente humano, el cual, informado por una vida toda de Dios, se perfecciona, pero no se desnaturaliza. Que así fue [santa Teresa], ¿quién lo duda? Y que porque lo fue conquistó tan universal simpatía, ¿cómo no reconocerlo? Si aquella vida era toda de Dios, ¿podría no ser generosa?

Yo quiero vidas humanas

Yo quiero, sí, vidas humanas (...) pero como entiendo que esas vidas no podrán ser cual las deseamos si no son vidas de Dios, pretendo comenzar por henchir de Dios a los que han de vivir una verdadera vida humana; por consagrar a Dios los miembros de la familia en que ha de imperar ese verdadero humanismo. ¿Habrá entonces derroche de generosidad? Innegable. ¿Tendremos simpatías? Indefectiblemente. ¿Pretender destruir lo humano? Jamás; es una quimera. ¿Intentar la perfección de lo humano por medios diferentes? Vano empeño. ¿Prescindir de Dios para perfeccionar su obra? Necia ilusión. ¿No os parece sencillísimo el procedimiento, racional el proceso e infalible el resultado del sistema? Dios se inclina hacia el hombre; el hombre propende hacia Dios; la humanidad fue tomada por el Hijo de Dios –Dios como el Padre– para no dejarla jamás, y esa humanidad adorable, en la persona divina fue elevada a su mayor perfección. Lo humano perfeccionado y divinizado, porque fue henchido de Dios.

La Encarnación bien entendida

La Encarnación bien entendida, la persona de Cristo, su naturaleza y su vida dan, para

quien lo entiende, la norma segura para llegar a ser santo, con la santidad más verdadera, siendo al propio tiempo humano, con el humanismo verdad. Así seremos generosos y nuestra Obra será simpática. ¿Modelo? Santa Teresa de Jesús. Que nosotros conozcamos bien a esta santa, entendamos su doctrina y obremos de acuerdo con sus enseñanzas y ejemplos.

NO ES DE MEJOR CONDICIÓN EL DISCÍPULO QUE EL MAESTRO²

¿Por qué se maquina contra Cristo?

Jesús había resucitado a Lázaro, es decir, acababa de realizar uno de los más grandes milagros. Muchos de los judíos que habían presenciado el hecho, creyeron en Él: *Mas algunos de ellos fueron a los fariseos y les dijeron lo que había hecho Jesús. Y los príncipes de los sacerdotes y los fariseos juntaron concilio y decían: ¿Qué hacemos, porque este hombre hace muchos milagros? Si lo dejamos así, creerán todos en Él* (Jn 11,46-48).

¿Por qué se juntan en concilio los fariseos? Para tomar una determinación inicua. ¿Por qué maquinan contra Cristo? Porque hace milagros, porque habla la verdad, porque anatematiza los errores, porque reprocha las costumbres de aquellos fariseos. ¿Por qué quieren exterminarlo? Porque si no lo hacen, todos creerán en Él. Mas como creer en Él es ir contra ellos; como creer en Él es reprobar sus costumbres, quieren, si posible fuera, exterminarlo. Y como además intentan perpetrar el crimen so pretexto de celo, alegan como causa el bien del prójimo.

Recorrer el mismo camino

Este fue el principio de la Pasión de Cristo. De aquel concilio de malas pasiones y unión de todas las artes de la envidia, surge el decreto de muerte contra el que es la vida.

No habrían de ser de mejor condición los discípulos que el Maestro.

Los que siguieron a Cristo imitaron a Pedro y a Juan y practicaron las enseñanzas del Maestro, recorrieron el mismo camino y llegaron también al Calvario.

No faltan milagros en la Iglesia; no escasean los prodigios de madre tan fecunda en santidad; pero ¿qué importa? Hoy como ayer y como en los días del Salvador y de sus apóstoles, los hombres de corazón dócil y humilde creen y aman la doctrina de la esposa de Cristo; pero los ciegos de soberbia y emponzoñados de envidia siguen juntándose en concilio para exterminarla si fuera posible.

HASTA QUE CRISTO SE FORME EN VOSOTROS³

El ideal que perseguimos

He aquí mi preocupación constante, y ahí van dirigidos todos mis consejos: a que Cristo se forme en vosotros, a que representéis a Cristo, a que seáis, en suma,

verdaderos cristianos, pues la imitación de Cristo es, según san Basilio, la definición del cristianismo. Que la vida de Jesús se manifieste en vosotros, porque todos los que han sido bautizados en Cristo deben estar revestidos de Cristo. Esta es la formación que deseamos para vosotros, éste es el teresianismo verdadero, ésta la realización del ideal que perseguimos; y hasta que no pongáis todo vuestro empeño en estudiar, conocer, amar e imitar a Cristo, no habréis comenzado vuestra formación; y mientras no progreséis en este ejercicio, no adelantaréis en el camino de vuestra formación, la cual será mayor y más perfecta cuanto más y mejor imitéis al divino modelo.

La humanidad se descubre ante Jesús

¿No se os ocurre pensar alguna vez en el concepto que de Cristo tiene la humanidad? ¿No paráis vuestra atención en lo que es Cristo aun para los que heréticamente lo consideran como sólo hombre? (...)

La humanidad habla de Cristo con veneración, porque lo considera como Dios, o porque lo admira como hombre extraordinario. Pero donoso contraste: esa misma humanidad que así se descubre ante Jesús, ridiculiza y desprecia a los cristianos, que son, o deben ser, los imitadores de Jesús. ¿Tendrá esto algún misterio? ¿Podremos recoger de tan execrable lección alguna enseñanza provechosa? Veámoslo. Si los que prescinden, al juzgar la doctrina y ejemplos de Jesús, de su carácter divino, pero en lo humano ensalzan sus sabias enseñanzas y sus admirables ejemplos, vieran en cada cristiano la encarnación de esa sabiduría y la reproducción de aquella vida ejemplar, ensalzarían a los que con tanta perfección representan e imitan al hombre extraordinario.

¿Por qué desprecian a los cristianos?

Es indudable que los que odian a Cristo, los que satánicamente lo persiguen, perseguirán y odiarán a quienes lo siguen e imitan; pero ¿no acontecerá también que nuestras deficiencias, las inexactitudes con que imitamos aquellos divinos ejemplos, la falta de fidelidad al reproducir el original, la mixtificación que hacemos de sus enseñanzas, las tergiversaciones que introducimos en la doctrina, sean las causas de tales desprecios?

Comprendo que es bien delicado el punto que hoy someto a vuestra consideración, mas no dejo de conocer que su estudio es provechoso en sumo grado. Porque tenemos la propensión de nuestro amor propio, que, deseando justificarnos a toda costa, ve solamente injusticia en la censura de nuestro cristianismo, cuando habrá quizá muchas ocasiones en las cuales nosotros seamos los culpables, y las diatribas de la humanidad, la vindicación de la justicia.

Nuestro falso cristianismo

Haced conmigo un recorrido por nuestra propia historia; volvamos con la reflexión a los hechos, palabras y omisiones de que somos responsables, recordemos los juicios que

merecieron y veamos si, pasado el tiempo, mejor conocidos los hechos, libres de la pasión que entonces nos dominaba y a la luz de la mayor piedad que hoy profesamos, convenimos en que la humana crítica y el fallo de las gentes que teníamos entonces por persecución injusta, se presenta ahora a nuestros ojos como pena merecida por nuestro falso cristianismo, como saludable reprensión contra nuestras culpas y hasta como sanción necesaria para restablecer el reinado de la paz y de la justicia. (...) No lo dudéis, la doctrina de Cristo, profesada con fe viva y practicada con abnegación heroica, luce, brilla y se impone con fuerza irresistible (...)

¿Sanción necesaria?

Lo que no es posible, lo que no sucederá nunca, es que no estando con Jesús, no profesando su doctrina, no imitando sus virtudes, queriendo vivir divididos, queriendo aparecer como cristianos siendo paganos en lo interior, merezcamos lo que merecieron los santos que, en resumen, son los verdaderos cristianos (...) Respondedme a estas preguntas: cuando fuisteis tan humildes como Cristo, tan caritativos, tan dulces, tan amables, tan prudentes, tan amantes de Dios, tan fervorosos en la oración, tan confiados en la infinita misericordia, ¿fue cuando más se os persiguió, cuando más se os censuró, cuando mayores males vinieron sobre vosotros?

Cristianos verdaderos

Recordadlo bien y haced memoria de si cuando más sufristeis, cuando peor se os trató, cuando menos tranquilos vivíais, era en la época en que no ejecutabais con pureza de intención vuestra obra, cuando la vanidad era vuestro aliento, cuando queríais agradar al mundo.

Si Cristo vive en vosotros, si lo imitáis en la paciencia, en la humildad, en la mansedumbre y en todas las virtudes; si sois, en una palabra, imitadores fieles de Cristo, cristianos verdaderos, aunque padezcáis por Cristo, será breve vuestro martirio.

SOIS LINAJE ESCOGIDO⁴

El apóstol san Pedro, en el capítulo segundo de su primera Epístola, amonesta a los cristianos a que den frutos correspondientes a su dignidad, y a sufrir con paciencia a imitación de Cristo.

¿A quiénes hablaba san Pedro? Él mismo lo dice: *A vosotros, que sois el linaje escogido, gente santa, pueblo de adquisición.*

A los que, en algún tiempo, erais no pueblo, más ahora sois pueblo de Dios (...)

Y si bien es cierto que vosotros, como dice el santo apóstol, erais *no pueblo* en algún tiempo, es decir, si antes de ahora, aun siendo buenos, rectos y justos, no formabais un pueblo, una asociación, no teníais comunidad de intereses, de ideales y de aspiraciones, ahora sois pueblo de Dios, porque Dios os juntó, Dios os llamó; en su nombre y para su

gloria os reunió; su doctrina defendéis, y son santos y comunes vuestros anhelos. Por ser así os llama san Pedro *linaje escogido, gente santa, pueblo de adquisición*.

¿Recibir mucho y no dar nada?

Querer recibir mucho y no dar nada; querer vivir a nuestro gusto, en una placidez imperturbable, gozando de los dones del Señor y no sintiendo las miserias, es sueño irrealizable. *Ni el discípulo ha de ser de mejor condición que el Maestro* (Mt 10,24), ni podemos gozar con Cristo sin padecer con Él, ni para nosotros se ha de trazar un camino que no sea el que recorrieron la Santísima Virgen y los santos.

Ese cristianismo adulterado de los que pretenden librarse de persecuciones, calumnias y martirios, deseando al propio tiempo vivir muy unidos con Cristo, no puede profesarse. Sois *linaje escogido*, pues habéis de vivir la vida de esos escogidos, y la de éstos es idéntica a la de Cristo, primero de los predestinados; si sois *gente santa*, habéis de saber que no hay otra santidad que la de Cristo (...); si sois *su pueblo*, habéis de defender sus derechos, confesar su fe, extender su reinado y uniros a los que militan bajo su bandera.

Dejar todo engaño

El Apóstol habla así porque se dirige a los que *dejaron, abandonaron, despreciaron toda malicia, todo engaño*; esto es, a los que no quieren ser de un modo y aparecer de otro, tomar lo que les conviene y dejar lo que les molesta, engañar al mundo con una malicia que juzgan prudencia, celo, reserva conveniente y precaución oportuna; a los que dejaron todo fingimiento y con valentía, digna de la bondad de la causa que defienden, confiesan públicamente a Cristo, a toda hora, en todo lugar. (...)

Sabed que la voluntad de Dios es ésta: *que haciendo bien, hagáis enmudecer la ignorancia de los hombres imprudentes*. Haciendo bien a vuestros discípulos, haciendo bien en vuestras clases, haciendo bien en vuestras explicaciones, en vuestros escritos, en los claustros, en las asambleas, en los cargos que se os confíen. No es suficiente llamarse católico y hablar de piedad y figurar entre los buenos; para cumplir la voluntad de Dios, que ha de ser la regla de nuestra vida, hay que unir a la fe las obras, hay que ejercitarse en hacer bien a todos, en hacer bien lo que hacemos, lo cual es hacernos bien a nosotros mismos. (...)

Cuando traten de recriminaros por egoístas, apasionados e ignorantes, y tropiecen a cada paso con vuestro desprendimiento, justicia e ilustración, con vuestra abnegación, caridad e iniciativas, ¿cómo no han de enmudecer? (...)

El uso de nuestros derechos

Pero añade san Pedro: *como libres, más como siervos de Dios*. Como libres, con una santa libertad para obrar el bien, no temiendo a la censura, ni al qué dirán de los mundanos; no escondiéndose ni ocultándose como si se fraguara el mal; no haciendo traición a vuestra fe por temor a desagradar a los hombres; no teniendo respeto humano.

Sin provocaciones ni imprudencias, sin alardes ni exageraciones, pero con valentía y santa intrepidez, confesando a Cristo en todo lugar. (...) Que no seamos tan apocados, temerosos y pusilánimes que nos asusten y acobarden las audacias de los enemigos; que no confundamos la imprudencia y provocación con el uso y ejercicio de nuestros más sagrados derechos. (...)

Después de haber dicho san Pedro que la libertad no sea velo para cubrir la malicia, añade: *Honrad a todos; amad la hermandad; temed a Dios; dad honra al rey*. Programa completísimo de vuestra actuación.

Unidos como los primeros cristianos

Amad la hermandad. Estad unidos para el bien, para vuestro aprovechamiento, para auxiliaros en todos los órdenes. En este amor mutuo encontraréis seguridades, luces, facilidad, consuelo. El ejemplo de los primeros cristianos que tenían, según expresión de los Hechos apostólicos, *un solo corazón y una sola alma* (Hech 4,32), debe ser la norma a que ajustéis vuestra conducta.

Honrad a todos. A los amigos y a los enemigos, refutad los errores, no transijáis con el mal, pero hablad con caridad, expresaos como cristianos, pidiendo por los enemigos y haciendo cuanto de vosotros dependa para que conozcan y amen a Dios. Caridad en el corazón, en el pensamiento, en la lengua.

Dad honra al rey. Obedeced las leyes, defendedlas y hacedlas cumplir a vuestros subordinados. Sea para vosotros el amor a la patria, al rey y a las leyes, algo inseparable de vuestra actuación (...) Y si de vuestras obras surgen persecuciones, oíd al santo Apóstol y quedaréis satisfechos: *Si alguno, por respeto a Dios, sufre molestias, padeciendo injustamente, sepa que es gracia de Dios*. Ahí estará vuestra satisfacción: en saber que es gracia del Señor lo que el hombre reputa por un mal.

¹ Pedro Poveda: *Carácter eminentemente humano*, 9 abril 1915. BAT, núm. 2, 15 octubre 1916. p. 21.

² [El] *por qué de las persecuciones de Cristo*. Publicado en «El Pueblo Católico», número extraordinario, Jaén, abril, 1917.

³ *Hasta que Cristo se forme en vosotros*, 17 febrero 1919. *Consideraciones*, Jaén, 1920. p. 3. Existe edición facsímil. Publicaciones del Archivo de la Institución Teresiana, Madrid, 1982.

⁴ *A los que han gustado* (Linaje escogido), 14 febrero 1920. *Consideraciones*, Jaén, 1920. p. 18.

3. VIRTUDES SÓLIDAS

EL BIEN Y LA VERDAD COMO METAS¹

¿Cómo deberá ser la *voluntad* [de los miembros de la Obra]?

Reina y señora de todo el ser, fácil para el bien, invencible para el mal; dura como la de un héroe; apasionada sin peligro, decidida sin terquedad; pronta sin imprudencia, prudente sin suspicacia; libre sin disipación, esclava sin humillación, templada y ardorosa, santísima y humildísima.

Pensar y actuar con peso y medida

Vamos a la *inteligencia*. No querría yo ver en vuestros raciocinios nublado alguno, siendo la verdad tan natural a la inteligencia, como el bien a la voluntad.

Que fueseis el prototipo discurrendo y amando, y que el campo de acción de la inteligencia sea tan puro como santo el de la voluntad. Tímida sin ser pusilánime; firme sin ser exclusiva; justa sin desamor; bondadosa sin injusticia. Que los juicios lleven tanta verdad como sencillez; rectos y claros, desprovistos de pasiones y de tendencias sistemáticas; llenos de humildad. Adornada esa inteligencia con una fe ciega, pero racional y metódica.

Memoria felicísima la que retiene, conserva, mantiene y sustenta los recuerdos buenos y olvida con prontitud lo inútil o menos santo. En ella viven las bondades, la verdad y la caridad como en su centro; allí no cabe especie alguna contraria al amor y a la justicia. Reproduce constantemente aquello que de algún modo favorece, disimula, disminuye, atenúa la falta del prójimo, y repele de sí cuanto es patrimonio del amor propio o de cualquiera pasión desordenada. Es auxiliar digna de la inteligencia y suministra los materiales proporcionados a la voluntad.

CUMPLIR EL DEBER SIN OSTENTACIÓN²

En ese algo esencial del espíritu teresiano entra el amor al trabajo; la constante y asidua laboriosidad; el aprovechar el tiempo; el orden en todo y la ejecución práctica de estas virtudes, sin hacer alarde de ello, sin mencionarlo siquiera.

Sin acepción de personas

Pero este vivir provechoso y este rendimiento constante ha de ser ordenado, libre de precipitaciones, de aturdimiento y de afanes. Para aprovechar bien el tiempo hay que emplearlo en lo que Dios quiere que lo empleemos (...)

En las virtudes típicas [del miembro de la Obra] entran como fundamentales la mortificación interna, la abnegación, el sacrificio, la entrega de sí, el darse sin reserva y el hacerlo sin afectación, con suma naturalidad y cual si el ejecutarlo ni fuera trabajoso, ni tuviera mérito alguno (...)

En este trato de gentes, en esta exquisita corrección de modales, palabras, gestos y ademanes, ha de proceder con todos sin diferencias ni distingos, pues salvando los formulismos sociales y las etiquetas necesarias, lo substancial debe ser idéntico para mayores, iguales y menores.

¿LA CULTURA ANTÍTESIS DE LA NATURALIDAD?³

No puedo sustraerme al deseo de copiar algunos renglones de un libro que manejo en estos días. Dice su autor, entre otras muchas cosas harto dignas de ser notadas, que en santa Teresa *sobresale, como carácter inconfundible y triunfador que informa por igual toda su vida, (...) la naturalidad en sumo grado; la llaneza más franca y absoluta en sus ideas lo mismo que en sus palabras y en sus afectos.*

¿Qué nos impide ser sencillos?

Bien sé que esta llaneza franca y absoluta tiene sus quiebras si no va regulada por la prudencia más exquisita. Pero ¿ha de ser, por fuerza, la cultura antítesis de la naturalidad? Pero ¿acaso la prudencia no es condición precisa para la virtud? ¿Serán más bien la escasez de cultura y la falta de virtud los obstáculos que nos impiden ser francos, ingenuos y sencillos? Así parece que debe acontecer, pues [santa Teresa] fue muy santa, fue doctora y, siendo mujer y monja por añadidura, poseyó la naturalidad en sumo grado y la llaneza más franca y absoluta en sus ideas, lo mismo que en sus palabras y en sus afectos.

DUROS Y BLANDOS⁴

Fuertes y amables

¿Os sorprende la contradicción? Pues atended y quedaréis convencidos de que no existe. Blandos, dulces, compasivos, cariñosos, transigentes, benignos, amables, etc., para todos; pero fuertes, duros, rigurosos, inquebrantables para con vosotros mismos.

¿Cómo lograr ambas cosas? Os diré un medio eficacísimo: el fuego divino del amor de Dios.

¿No es cierto que el fuego ablanda y endurece? Sometidas a su acción algunas cosas, quedan tan blandas que se derriten, y hay otras que, a medida que es mayor la acción del fuego sobre ellas, más se endurecen. Uno mismo es el agente que produce efectos tan contrarios. Pues bien, el fuego de la divina caridad produce efectos análogos.

El agente que produce estos efectos

Cuando el alma vive bajo la acción del fuego divino, cuando en la oración, en la lectura de libros santos, en los ejercicios de piedad y sobre todo en la sagrada comunión, obra en nosotros el fuego de la divina caridad, nosotros quedamos llenos de esta caridad, la cual, si aumenta, hace que nos derritamos en compasión, dulzura, benignidad, afecto, etc. No lo dudéis: a medida que el amor de Dios prende en nosotros, vamos ganando en suavidad y blandura.

Pero, además, ese fuego divino, operando en nosotros, nos mueve a penitencia, a sufrimientos, a fortaleza y a rigor, y en tal proporción sucede esto, que somos tan benignos para con el prójimo cuanto somos duros con nosotros mismos.

Sufrir nosotros y prodigar beneficios al prójimo; padecer yo para que goce el hermano; cargar sobre mí las amarguras para encaminar los goces a los demás, tales son los efectos del fuego divino. Duros para sí, blandos para los otros. Este es el cristianismo verdad, y éste es, por tanto, el espíritu que yo deseo ver.

Desconfío de los egoístas

Yo desconfío mucho de aquellas almas que, viviendo constantemente al calor de ese fuego divino, son egoístas, propenden a su bien, se olvidan del bien ajeno, prefieren su satisfacción, apetecen gozar, se enojan cuando sufren y, en una palabra, son blandas para sí y duras para el prójimo.

Jesús, nuestro divino Maestro, ni nació, ni vivió, ni murió así; toda su vida, desde Belén al Calvario, fue un perpetuo sacrificio.

Es cierto que tal modo de ser no llama la atención; que nuestra blandura se tomará en mil ocasiones por debilidad, temor, deseo de agradar y hasta por medio para ser queridos y admirados; que nuestro rigor para nosotros mismos podrá ser interpretado en sentido desfavorable también; que el prodigarse bondadosamente y el sufrir en silencio son cosas que pasan ignoradas para las gentes; pero ¡cuán verdadera es la virtud que así obra y se oculta!

MEJOR ES DAR QUE RECIBIR⁵

Bien quisiera yo que estas palabras de Cristo fueran [nuestro] lema (...)

Mejor es dar; mejor es sacrificarse por el prójimo, entregar por amor cuanto se tiene, socorrerlo, consolarlo, enseñarle, darle, en suma, reposo, salud, gracia; *darle todo, hacerse todo para todos, a fin de ganarlos para Cristo* (1Cor, 9,22). Derroche de generosidad, olvido de sí propio, empeño en enriquecerlo, alegría cuando se consigue y paz del corazón cuando se consuma el sacrificio en aras de ese amor.

Entregaos, y estad seguros del retorno; la medida de lo que habéis de recibir, no para vosotros, sino para Dios, ha de ser la entrega vuestra.

DEJAR QUE SEA CADA CUAL SEGÚN ES⁶

Es un defecto que trae consigo muchos disgustos, el prurito que tienen algunos, los cuales se obstinan en querer que todos sean a medida de su deseo. Dejad que sea cada cual según es, pues ya Dios nuestro Señor sabe santificar a cada uno llevándolo por el camino que Él le traza. (...)

Procura tu santificación con ese tu modo de ser, pero dejando que el prójimo se santifique con su peculiar manera de vivir. ¿Tú crees que eres como debes? Bien está que así lo creas, siempre que seas cual lo crees; pero ¿por qué has de pensar que el prójimo, por no ser como tú, no es cual debe ser?

¿Querer que todos sean como nosotros?

Hay santos tristes y santos alegres; los hay que llegaron al mayor grado de santidad sin hacer otra cosa que cumplir bien sus deberes, y quienes consumieron sus vidas en vigiliias, penitencias y tormentos para santificarse. Los males que acarrea esta necia presunción de querer que todos sean como nosotros queremos, sin jamás querer nosotros dejar de ser como somos, difícilmente puede calcularse.

Vulgaridad impropia de quien algo sabe de espíritu es la de no tolerar al prójimo las faltas más nimias, pretendiendo que a nosotros se nos dispensen las mayores.

Pretender que el prójimo nos soporte cuanto queremos y que a nosotros no se nos moleste, o si se nos molesta sea a la hora, el día y en el tiempo que nos conviene, es ceguera muy común.

PERSONALIDAD PROPIA Y ESPIRÍTU COMÚN⁷

Diversidad de caracteres

Aunque se reconozca que la diversidad de caracteres, cultura, etc., imprimen modalidades especiales que son inevitables, no queriendo, ni mucho menos, anular la personalidad propia, sino antes bien procurando perfeccionar la de cada uno, debe existir un algo sustancial, idéntico, para la formación de todos, y ese algo hay que definirlo bien, para que todos lo sepan, lo enseñen y lo ejecuten. Si no salvamos esto sustancial, la Obra no llegará nunca a tener una fisonomía propia y definida.

Espíritu común

Se ha de tender a que la piedad sea sólida, arraigada, profunda, sumamente discreta, oportuna, tranquila, firme, sosegada, seria, puesta a prueba, alegre, severa, libre de ridiculeces, gazmoñerías, rarezas, escrúpulos, etc. Concepto cabal de las cosas y de las personas, de su representación y simbolismo. Tratar santamente de lo que es santo (...). Aversión a todo lo que no sea ordenado, recto, puro, justo, sensato, digno. Un vivir serio y que jamás engendre aburrimientos, desconsuelos, alteraciones, desalientos; una

ecuanimidad espontánea, fruto del orden en que está todo nuestro ser.

Sin que nada nos escandalice ni tengamos tan equivocado concepto del mundo que choquemos constantemente con él y resultemos espíritus asustadizos, enojosos y enojados con todos.

Cristo dentro, cristíferos en el alma; que si Él vive en nosotros, nuestros modales, nuestra fisonomía, nuestras palabras y obras revelarán a Cristo. Vivir mucho con Él, para resultar pareciéndole; que si le parecemos, tendremos idénticos gustos.

HABÉIS DE SER COMO EL HIJO DE JOSÉ⁸

Desprendidos de todo, poseedores de todo

A la Obra ha de llegarse por Dios y para Dios, que así vino Cristo al mundo, que si descendió fue para glorificar al Padre y salvamos (...) Exteriormente habéis de ser como el Hijo de José, pero interiormente también habéis de imitarle.

En esto consiste la fidelidad al espíritu de la Obra. Y no os preocupéis de si sois más o menos útiles, si vuestra labor es o no de provecho. Sea continua vuestra oración, exacto el cumplimiento de vuestros deberes, mortificados hasta el heroísmo, humildes en verdad y en silencio, desprendidos de todo para ser poseedores de todo. Que si por estos caminos vais, aunque nadie lo sepa ni se entere de ello, ni pondere vuestra virtud, aunque de vosotros se diga cual se decía de Cristo que era el hijo del carpintero, es decir, que sois como todos los de vuestra clase y condición, no os importe, si vuestra presencia, vuestras palabras y vuestras obras producen los efectos que las de Cristo.

MEJOR EL SILENCIO QUE LA ESTREPITOSA HUMILDAD⁹

Ignorancia y falta de humildad

La ignorancia unas veces; otras, la presunción más o menos disfrazada, y algunas el celo mal entendido, son causas que pueden haceros faltar a la humildad en las palabras. Porque hay quienes creen ser más humildes cuanto más alarde hacen de serlo; otros buscan la alabanza por la humildad, y hasta algunos hay que pretenden edificar al prójimo hablando de sí y de sus cosas. Pronunciémonos contra todas esas falsas expresiones de humildad.

Lo primero que se me ocurre pensar cuando observo la manera de expresarse que usan algunos, es que el corazón no está libre de vanidad, pues de la abundancia de él habla la boca. Es preferible un silencio prudente a esa estrepitosa humildad que no tiene de tal más que la expresión; como es signo más seguro de humildad verdadera, el olvido de sí mismo que el uso de frases de propio desprecio no sentido.

Alábeta el ajeno y no tu boca

Yo quisiera que os empeñaseis más en olvidaros de vosotros que en hacer la apología

de vuestras flaquezas y miserias. Cuando pedís a los que presencian vuestras acciones que os digan vuestros defectos, habéis de hacerlo con un profundo espíritu de humildad, no sea que, como dice san Gregorio, busquéis más la alabanza que la reprensión. No os engañéis a vosotros mismos buscando ser honrados y estimados por medio de la humildad.

Y por si entendierais que hacéis bien al prójimo y le edificáis refiriendo vuestras cosas, quiero recordaros las palabras de Salomón: *alábetes el ajeno y no tu boca; el extraño y no tus labios* (Pr 27,2). ¡Cuánto mejor sería demostrar con los hechos que sois verdaderamente humildes, y cuánto más edificaréis al prójimo de esta manera!

LO QUE SE RECOGE ESTÁ EN LO QUE SE DA¹⁰

Y así, haced vosotros con los demás hombres todo lo que deseáis que hagan ellos con vosotros; porque ésta es la suma de la ley y los profetas (Mt 7,12). Ni puedo darte regla más segura, ni más general, ni más breve. ¿Queréis recibir beneficios? Hacedlos vosotros. ¿Queréis ser alabados? Alabad a otros. ¿Queréis ser amados? Amad. ¿Queréis que os den la ventaja y lo mejor y más honroso? Ceded vosotros primero de eso y procurad darlo a otros.

Si no das, no exijas

Ten por seguro que la medida de lo que recojas está en lo que des, y si paras la atención en lo que de ordinario acontece, observarás que en la mayoría de los casos exigimos al prójimo lo que nosotros no damos. Nos dolemos porque los demás no nos estiman, ni nos respetan, ni nos obedecen, ni nos atienden, ni se sacrifican por nosotros, ni nos dispensan nuestros defectos, ni echan a la mejor parte nuestras faltas, ni toman en consideración nuestra flaqueza, etc., pero no pensamos que todo esto es fruto de nuestro comportamiento con el prójimo.

Las obras dan testimonio de nosotros

Nos engañamos a nosotros mismos cuando decimos que queremos, que respetamos, que obedecemos a los demás, y luego nuestras obras dicen lo contrario.

Las obras, sí, ellas son las que dan testimonio de nosotros y las que dicen con elocuencia incomparable lo que somos. Prefiere siempre las grandes obras en el silencio, a las pequeñas con discursos pomposos. Ojalá que seas tú del número de los que hacen mucho sin apenas decir nada y no de los otros que ponderan, enaltecen y celebran lo poco que hacen. En esto, como en todo, hemos de imitar a Jesucristo, cuya vida oculta debe ser nuestra meditación constante.

NO ENVIDIÉIS A LOS GRANDES Y PODEROSOS¹¹

Dice el Apóstol: *Y así, hermanos, ved vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne; no muchos poderosos, no muchos nobles* (1Cor 1,26). Como si os dijera: pensad en lo que es vuestra Obra, en su grandeza, en sus progresos, en el bien que dispensa a la humanidad, y al propio tiempo echad una mirada sobre vuestra familia teresiana y ved que son poquísimos –¡y tan pocos!– los de gran talento, los poderosos y los nobles. Comparad el fin con los medios, y deduciréis vuestra vocación y tendréis que reconocer que Dios es quien lo hace todo, que vosotros sois débiles instrumentos. Cuando reflexionáis lo que Dios hace por vuestro medio, ¿no es mayor vuestra gratitud?

La verdadera sabiduría

Y en esto sí que mostráis verdadera sabiduría, porque si Dios escogió las cosas locas, las flacas y despreciables y aquellas que no son, para confundir a los sabios, y a los fuertes y a las cosas que son; y vosotros os reconocéis flacos, viles, despreciables, pero escogidos por Dios, por el hecho de ser tales y para mayor gloria de su santo nombre, ¿querriais salir de vuestra miseria y pobreza? Con razón estáis tan satisfechos de vuestra pequeñez. Con razón no envidiáis ni a los sabios, ni a los fuertes, ni a los poderosos. Ahora penetraos bien de por qué hizo Dios esta elección, para que cumpláis fielmente su voluntad. También nos lo dice san Pablo: *Para que ningún hombre se jacte delante de Él... Para que, como está escrito, el que se gloria, gloriése en el Señor* (1 Cor 1, 29.31). Ya lo sabéis, ni jactaros, ni gloriaros, ni aun de vuestra insignificancia, porque toda la gloria ha de ser para Dios.

AUSENCIA DE PERSONALISMO¹²

Conservar, fomentar y hacer que arraigue en [los miembros de la Asociación] el espíritu de humildad, es de suma trascendencia para la obra de apostolado que realizamos y por tanto, hay que desterrar a todo trance aquello que sea síntoma inequívoco de soberbia. Lo es la costumbre de quienes se expresan de tal manera que más parecen autores y ejecutores de una empresa humana, que instrumentos de una obra de celo; que en sus conversaciones, mandatos, reprensiones, y en suma, en todo lo que hacen (...) usan tales frases, tal tono y hasta a veces tales modales, que desnaturalizan la Obra que representan, y desedifican a los que tienen cabal concepto de los cargos y del papel que en ellos representa el que los desempeña (...) ya que todo lo que sea personalismo y amor al yo es un intento de usurpación de la gloria que a sólo Dios corresponde.

SABER UNA MISMA COSA¹³

El Dios, pues, de la paciencia y del consuelo os conceda saber una misma cosa recíprocamente, según Jesucristo (Rom 15,5).

Así como san Pablo deseaba lo que expresado queda, así suspiro yo porque llegue el día en que [todos los miembros de la Obra] sepan una misma cosa recíprocamente y

según Cristo. Pidamos al Señor que así nos lo conceda, ya que éste es el camino que el mismo Espíritu Santo nos marca por la voz de san Pablo.

Saber recíproco

¿Alcanzáis a conocer lo que perjudica a una obra de Dios el no saber todos sus miembros una misma cosa, o el saberla sin la reciprocidad que aconseja el Apóstol, o saberla no según Cristo, sino según la carne y la sangre? Esa unidad en el saber recíproco que tan necesaria es, denota otra unidad en el sentir y en el querer; (...) habréis de imponeros en el espíritu de la Obra, adquiriendo el conocimiento de ella en las mismas fuentes.

Habéis de profesar especial predilección por la lectura del santo Evangelio para aprender la doctrina de Cristo. Así sabréis todos ser humildes como Jesús, como Jesús dóciles; sabréis alabar a Dios según lo enseña Cristo, y vuestras palabras y vuestras obras estarán informadas por el mismo espíritu. No pretenderéis a una sino la honra de Dios ya que ésta fue la principal lección que enseñó el que os sirve de Maestro, cuya doctrina aprendisteis en los libros santos.

Tolerancia mutua

Por lo cual, toleraos mutuamente, como Cristo os toleró en honor de Dios (Rom 15,7). Si cuando nos cuesta mucho sacrificio tolerar al prójimo nos detuviéramos a considerar cuánto y cómo nos toleró Jesús para gloria de su eterno Padre, ¡qué poco nos costaría sufrirnos mutuamente! ¿Por qué se nos hace tan difícil esa tolerancia? Seguramente no es porque seamos muy perfectos, porque nadie lo es más que Cristo y Él nos toleró en honor del Padre, de manera incomparable.

¿No será, quizá, que la falta de celo por el honor de Dios y la [falta] de perfección propia nos llevan a ser intolerantes con el prójimo, al propio tiempo que somos tolerantes con nosotros mismos? Por este medio hemos de conocer si sabemos lo que debemos, si alabamos al Señor como Él desea, y procuramos su gloria y la salvación del prójimo al par que la nuestra. Sabed las mismas cosas, alabad al Señor de idéntico modo, toleraos mutuamente y hacedlo todo para gloria de Dios nuestro Señor.

¹ *Memoria, inteligencia, voluntad*, 1915. BAT, núm. 85, 16 mayo 1915.

² *Otros caracteres* [¿1916?]. *Meditaciones y Consideraciones II*, Madrid, 1949, p. 72.

³ *Cansadas estaréis de oírme*. BAT, 2ª época, núm. 5, 1 diciembre 1916, pp. 77 y 78.

⁴ *Firme en mi propósito* [¿1917?]. BAT, 2ª época, núm. 22, 15 agosto 1917, p. 348.

⁵ *Mejor es dar que recibir*, 1917. *Meditaciones y Consideraciones II*, Madrid, 1949, p. 164.

⁶ *¿Queréis saber...?* [¿1917?]. BAT, 2ª época, núm. 31, 1 enero 1918. p. 492.

⁷ *En este terreno* [¿1918?] *Meditaciones y Consideraciones II*, Madrid, 1949, p. 186.

⁸ *Correspondencia*, 24 diciembre 1918, AHIT.

⁹ *Ibidem*, 1 septiembre 1919, AHIT.

¹⁰ *Correspondencia*, 19 septiembre 1919.

¹¹ Pedro Poveda: *Correspondencia*, 12 de agosto 1979. *Meditaciones y Consideraciones II*, Madrid, 1949, pp. 176-179.

¹² *Correspondencia*, 2 septiembre 1919, AHIT.

¹³ *Comentario a la epístola de san Pablo a los Romanos [¿1919?]. Meditaciones y Consideraciones II*, Madrid, 1949, pp. 30-33.

IV. ESTA ES NUESTRA FUERZA 1920-1923

«Nadie por más autoridad que tenga, por más ciencia que posea, por más virtud de que esté adornado, nadie puede, ni podrá jamás poner otro cimiento, otro fundamento, que el puesto desde el principio, que es Jesucristo. Esta es nuestra Obra, ésta la doctrina que hemos profesado». (Pedro Poveda, 1922).

Cristianos entre los cristianos, los miembros de la obra povedana si en algo se distinguen de los demás es por su empeño en dos cosas: la oración y la evangelización. Esto es lo que dicen por activa y por pasiva los documentos de Pedro Poveda que se contienen en este capítulo, Esta es nuestra fuerza. Por el espíritu de oración y por la responsabilidad evangelizadora. Por nada más y por nada menos.

Los cristianos oran y evangelizan, por supuesto. Pero los miembros de la Institución deben hacerlo si cabe con mayor ahínco, con mayor dedicación¹.

Pasado el momento de la institucionalización de la Obra, todos los esfuerzos de Pedro Poveda se concentran en la tarea formativa de modo intensísimo.

Las consideraciones que se contienen en el folleto Jesús Maestro de oración, escritas entre febrero y marzo de 1920, constituyen un testimonio elocuente.

“Son –escribe Encarnación González que ha editado el folleto en facsímil– importantes textos de reflexión sobre el espíritu y características de los miembros de la Obra”².

Poveda saca en estas reflexiones las últimas consecuencias de los planteamientos hechos en el período anterior. Los temas eje de cada apartado, Esta es nuestra fuerza; La evangelización, nuestra razón de ser, y Cultura y evangelización se completan mutuamente.

Orar, evangelizar. Y para todo, prepararse. La preparación intelectual de quienes trabajan en el ámbito de las distintas áreas de conocimiento y de la profesión –sobre todo de la educativa–, es una obsesión de Poveda.

Es mucha la fuerza que pone en los textos de este período. «Yo os digo que la oración es la única fuerza de que dispone la Obra teresiana». Y os aseguro además que si alguien «codicia otra fuerza o pone su confianza en algo que no sea la oración», no es un auténtico miembro de la Obra, no la conoce, no tiene su espíritu.

Y que nadie se excuse, porque no ha lugar. El maestro de los maestros, Jesús, enseña a hacer oración como nadie. Hay que orar, hay que perseverar, hay que ser insistente. Para la vida de evangelización, para ser sal de la tierra, no hay más remedio; para poder confesar a Cristo –«creí por eso hablé» no hay más remedio; para andar por espíritu y no por intereses mezquinos, no hay más remedio, para guardar sin quiebra la alianza, no hay más remedio.

Y que nadie ponga a la Obra otro cimiento que el que ha sido puesto –advierte Poveda–. Porque la Obra es Jesucristo –lo ha dicho muchas veces–. “Bajo ningún pretexto debemos admitir elementos humanos en lo que en Cristo, por Cristo y para Cristo se fundó”.

Poveda lo tiene muy claro. El capítulo de la evangelización se basa en esto. La obra evangelizadora que pretendemos realizar es idéntica –también lo ha dicho muchas veces– «a la de los primeros cristianos». Pues los medios que hay que utilizar, son los que ellos utilizaron. Aunque los demás utilicen otros y «nos tengan por locos». ¿La riqueza?, ¿el talento?, ¿el favor? Nada de eso cuenta para Poveda. La Obra no sería ella si se pagase de tales cosas.

Evangelizar empezando por la propia evangelización; evangelizar con respeto. Evangelizar, dejándose la vida por el hermano. Ese es el método, la práctica y el sistema povedano por excelencia.

Los Consejos que escribe en 1920 van de modo complementario a persuadir a los miembros de la Obra, sobre todo en este caso a los más comprometidos, de que nada se improvisa. La preparación para el trabajo, para estar a la altura, para dar cuenta y razón de las cosas, para «llenar el cometido», para «cumplir la misión» es imprescindible. Otra convicción que acompañará a Poveda hasta la muerte. Leer estas páginas es quedarse asombrado, tal es la claridad con que ve la cuestión. El vigor recurrente con que la afronta. Le va en juego la identidad de la propia Obra. Lo dice ahora y lo volverá a decir en los momentos más críticos de su vida y de la vida de la Institución, como veremos en los capítulos siguientes. «Seguid la orientación intelectual del mundo» y hacer del estudio «una obligación sagrada», es «conocer la misión». Es responder «al espíritu de la Obra».

Esta labor formadora a tope se completa con otras no menos importantes, como los trabajos que en secuencia con lo anterior, le obligan a «construir» interna y externamente la Obra, y a complementarla con otros organismos eficientes, como la Asociación de Cooperadores Técnicos, cuya primera Asamblea se celebrará en San Sebastián en 1922.

¹ *En qué consiste esencialmente.* Septiembre 1922, AHIT.

² Pedro Poveda: *Jesús Maestro de oración*, edición facsímil. Publicaciones del Archivo de la Institución Teresiana, Madrid, 1984.

1. ESTA ES NUESTRA FUERZA

LA ORACIÓN DEBILIDAD DE DIOS¹

Nuestra única fuerza

Dice el gran padre san Agustín, que la oración es la fuerza del hombre y la debilidad de Dios; y yo os digo, reflejándoos mi pensamiento y mi sentir, que la oración es la única fuerza de que dispone la Obra teresiana, y que, por el hecho mismo de no disponer de otra fuerza, vencemos al Invencible, obteniendo de su infinita misericordia la serie no interrumpida de prodigios que constituyen nuestra vida. Y yo os aseguro, además –y deseo que esta aseveración mía sea conocida de todos y quede para siempre como expresión de la voluntad de vuestro padre– que si [alguien] codicia otra fuerza, o pone su confianza en algo que no sea la oración, ni conoce la Obra, ni tiene su espíritu (...)

No queremos disponer de otro medio

Y pido a Dios nuestro Señor con todas las veras de mi alma, que no conceda a esta Obra, que para gloria de su santo nombre se fundó, fuerza humana alguna, sino que aumente la que le concedió, haciendo que sus miembros sean cada día almas de más oración.

La magnitud de la empresa en la que estamos empeñados, la necesidad de virtud, talento, laboriosidad y perseverancia en las personas, y lo imprescindible de los medios materiales para llevar a cabo la Obra, ponen más espanto a medida que mejor se conoce el fin de ella.

Ahora, si pensáis en que para vencerlo todo no disponemos ni queremos disponer de otro medio que de la oración, formaréis juicio exacto de lo que significa ésta en la vida teresiana.

Si nuestra fuerza radicara en el talento, en la posición, en algo humano, habría quienes pudieran cooperar y quienes no; pero siendo en la oración, todos pueden por igual, y si por igual no oran, será porque no todos aman igualmente la Obra, o porque no todos tienen su espíritu.

Para conseguir todo bien

Y más que nada os ruego que os ejercitéis en la oración, que hagáis de este ejercicio algo necesario para vuestra vida, que pongáis tal empeño en su práctica, que no exista motivo, argumento ni razón suficiente para dejar un solo día vuestra oración; que a vuestros alumnos los llevéis a Dios por este camino dulce y suave; que en el estudio, en la enfermedad, en los trabajos, en las tentaciones, en las tribulaciones de todo género, en

todas vuestras empresas, en el desempeño de vuestros deberes; siempre que el mundo, el demonio y la carne os pongan en peligro; cuando para vosotros, para el prójimo y para la Obra necesitéis obtener alguna gracia; para perseverar en vuestra vocación, conocerla y seguirla; en fin, para conseguir todo bien, para libraros de todo mal, para triunfar de todo, apeléis a la oración con tal seguridad y constancia que, en orando, quedéis tan satisfechos como si hubierais puesto en práctica todos los medios capaces de ser conocidos y ejecutados por los más sabios y más poderosos. (...)

Para evangelizar

Claro está, si nosotros no buscamos sino efectos de un orden superior, si solamente pretendemos evangelizar, si nuestra Obra es de apostolado, si el fin es salvar almas haciéndoles conocer y amar a Dios, ¿cuáles han de ser las causas que tales efectos produzcan? La causa única es la gracia, y el medio para conseguirla es la oración. En suma: que ésta es nuestra fuerza.

DIOS NUNCA TIENE LAS PUERTAS CERRADAS²

Representémonos la escena que refiere san Lucas: *Y aconteció, que estando orando en cierto lugar, cuando acabó, le dijo uno de sus discípulos: Señor, enséñanos a orar, como también Juan enseñó a sus discípulos* (Lc 11, 1)...

Se vale Jesucristo, en su lección admirable, de una comparación tan sencilla, que a todos es dado conocer.

No es un hijo que pide a su padre, ni un necesitado que pide para sus hijos; es un amigo que pide a otro amigo y que le pide para un viajero a quien tampoco le une otro vínculo que la amistad.

Pide a la media noche, hora intempestiva y molesta, cuando la puerta está cerrada, la casa en silencio, el dueño y todos los suyos durmiendo o por lo menos acostados.

No pide remedio para una enfermedad, ni socorro para salvar la vida al que se encuentra en peligro de perderla, sino que pide tres panes.

Cuando nosotros oramos pedimos al Padre

Estas circunstancias, bien meditadas, nos dan a conocer la eficacia de la oración, aun efectuada en tales condiciones de lugar, tiempo, persona y motivo. Pero la consideración de lo que sigue, y el contraste, dan mayor fuerza a su eficacia. Porque cuando nosotros oramos, no es un amigo que pide a otro y para otro, sino el hijo que pide a su padre, pues a Dios, que es nuestro Padre, pedimos en la oración; no le pedimos a hora intempestiva, porque para Dios todas las horas son oportunas y siempre tiene sus delicias en escuchar las oraciones de sus criaturas (...) Dejamos de pedir a Dios que es nuestro Padre (...)

¿Qué explicación tiene nuestra conducta? ¿Cómo razonamos nosotros la falta de

oración?

La perseverancia alcanza lo que se propone

El amigo persevera llamando; al parecer no hace caso de la negativa de su amigo.

No ya por el deseo de complacerlo, sino por librarse de la molestia que le ocasiona la insistencia del que pide, se levanta y le da, no ya tres panes, sino todos los que ha menester. (...)

Si la perseverancia, aun tratándose de un simple amigo y por móvil tan egoísta como es no padecer una leve molestia, alcanza lo que se propone y más, ¿qué no obtendrá la oración asidua y perseverante hecha por un hijo a su padre y para conseguir, no unos panes, sino dones y gracias espirituales, consuelos, paciencia, fortaleza y todas las virtudes?

¿Qué nos detiene?

Una y muchas veces leemos éste y otros capítulos de los libros santos, pero de tal manera leemos, que nos acostumbramos a oír verdades de tanta trascendencia como las que ahora meditamos sin sacar de tan divinas enseñanzas el provecho debido.

¿Qué nos detiene para orar? ¿Por qué no insistimos en nuestras súplicas? ¿Qué pobre deja de pedir cuando tiene la seguridad de alcanzar lo que pide? ¿No importunamos y hasta causamos enojo a los amigos para obtener un bien material?

Y tratándose de gracias y mercedes que tan necesarias nos son, ¿cómo desfallecemos tan pronto?

Y teniendo la seguridad absoluta de ser oídos, ¿cómo dejamos de pedir? (...)

¿Necesitáis? Pedid

Y yo os digo a vosotros –a mis discípulos, a los que sois míos, a los que tanto amo–: Pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá (Lc 11,9).

Ya no es posible decirlo con más claridad, ni de manera más terminante.

¿Necesitáis? Pues para que se os dé no hace falta sino que pidáis. ¿Qué queréis hallar? Lo que pretendéis encontrar lo hallaréis buscándolo. (...)

Luego siempre que yo dejé de recibir lo que necesitaba fue porque dejé de pedir, y cuantas veces no hallé lo que deseaba fue porque no lo busqué, y siempre que encontré cerradas las puertas fue porque no llamé.

LAS INAUDITAS COMPARACIONES DE CRISTO³

Y si alguno de vosotros pidiese pan a su padre, ¿le daría él una piedra? O si un pez, ¿por ventura le dará una serpiente en lugar del pez? O si le pidiese un huevo. ¿por ventura le alargará un escorpión?

Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos. ¿Cuánto más vuestro Padre celestial dará espíritu bueno a los que se lo pidieren? (Lc 11,11-13) (...).

¿Por qué Cristo utiliza comparaciones tan inauditas? Sencillamente para dejarnos más persuadidos de lo que pretende enseñarnos. Dice un padre y no un hermano, ni un pariente, ni un amigo, para que veamos más claramente la imposibilidad; porque tratándose de un padre, es imposible lo que en otra persona, siendo cruel, quizá pudiera sospecharse.

Pidamos todo

Además, sabían los discípulos y sabemos nosotros que Dios, a quien pedimos cuando oramos, es nuestro Padre y siéndolo nos ama como tal y, por tanto, no puede hacer con nosotros lo que no sería capaz de hacer un padre por cruel que fuera. (...)

(...) Hemos pecado, hemos sido ingratos, pérfidos. traidores, hijos desnaturalizados, pero ¿acaso no es mayor la misericordia de este Padre que la perfidia de sus hijos? ¿No recordamos que siendo enemigos suyos vino a derramar su sangre adorable para salvarnos?

La concesión llegará a tiempo oportuno

Podrá suceder, y acontece de hecho, que nuestras peticiones no sean razonables, que solicitemos lo que no nos conviene, que ignorantes o apasionados, creamos pedir bien cuando pedimos mal; pero aun en estos casos, Dios nuestro Señor, que conoce lo que nos conviene y desea nuestro bien, mejorará nuestra petición, otorgándonos lo más provechoso para nuestra salvación eterna (...)

Oremos con asiduidad, expongamos nuestras miserias, abandonémonos en brazos de la Providencia y esperemos seguros el mejor remedio; mas no el que más nos agrade, ni el que en nuestra ignorancia o pasión estimemos como el más oportuno; y todo ello sin poner plazo a los favores del Señor y sin que nos invada el desaliento cuando se difiere la concesión. Que la concesión llegará a tiempo oportuno, según los planes del Señor, y llegará mejorada por su infinita bondad.

Llegará mejorada

Un Padre que ama como nadie, que puede como nadie, que es bueno como nadie, porque sólo Él es bueno, es poderoso, es amante, ¿qué hará con los que le piden? ¿Y qué dará Dios a los que oran?

Dará espíritu bueno. No dará solamente lo que pueden conceder los hombres; esto es poco, esto es nada en su presencia. Lo que Él dará es espíritu bueno, la infusión del Espíritu Santo, la gracia, sus dones, sus virtudes, algo que supera a toda humana dádiva y a toda ciencia humana, la santificación, la vida eterna, una felicidad sin fin. Eso y mucho más que nosotros no somos capaces de decir, ni de pensar, eso da el Padre

celestial a quienes le piden; pero hay que orar, hay que implorar la misericordia del Señor.

NECESITAMOS LUZ⁴

Imitad la vida de los primeros cristianos

En muchas ocasiones os dije, y ahora os repito, que [un perfecto miembro de la Obra] no es sino un cristiano perfecto. De aquí mi empeño en que conozcáis cuál era la vida de los primeros cristianos, para que la imitéis con la mayor perfección. Y como esa vida se refleja a maravilla en las páginas de los Hechos de los Apóstoles, vamos a meditar hoy una de las muchas enseñanzas expuestas en este libro sagrado.

El versículo 42 del capítulo segundo nos suministra materia abundante, porque en pocas palabras se nos dice allí todo cuanto hemos de saber y practicar para llevar una vida perfecta. Para esta vida, según Comelio Alápide, son necesarias tres cosas: luz, alimento y respiración. (...)

La doctrina apostólica es luz para el alma, y a más doctrina más luz. ¿Quién necesita mayor luz celestial que aquellos que por su carrera han de enseñar en las cátedras con su palabra y con su ejemplo? ¿Quién ha menester más luz que aquellos que han de vivir en medio del mundo, para disipar sus tinieblas e iluminar a los que en ellas están sentados?

No vivís en mejores tiempos

Porque si aquellos primeros cristianos necesitaban resplandecer en medio de una sociedad pagana e incrédula, vosotros no vivís en mejores tiempos ni dejáis de tener la misma obligación. Si ya entonces se falsificaba la doctrina y se adulteraban las enseñanzas de Cristo, ahora es más sagaz la falsificación y con más disimulo se adulteran las enseñanzas del Salvador. Si entonces, para librarse de los errores y sofismas, se hacía necesaria la lección constante, el estudio asiduo de la verdad, ahora necesitáis recibir esas lecciones y aprender las enseñanzas de la verdad misma para no incurrir en errores más sutiles y disfrazados. (...)

Además, vuestras equivocaciones, no ya por malicia –que no cabe suponer–, sino por ignorancia –que por negligencia puede haberla–, vuestras equivocaciones son muy trascendentales y pueden ocasionar muchas ruinas, pues habiendo vosotros de enseñar a los que han de ser maestros, la propagación del daño es de una extensión incalculable. Mientras que si vosotros estudiáis y aprendéis la doctrina de Cristo, perseverando en escuchar y recibir la de los Apóstoles, vuestra fe ilustrada, vuestra luz, iluminará muchas existencias (...)

La comunicación del pan

Perseveraban también en *la comunicación de la fracción del pan* (Hech 2,42). Por eso

tenían vida tan exuberante aquellos primeros cristianos (...)

Sin esta comunicación, ¿cómo habrían podido mantenerse firmes en las persecuciones, en los halagos, en las luchas con el demonio y la carne?

La historia de vuestras comuniones es la historia de vuestra vida; vuestros triunfos, vuestro fervor, vuestro celo, está condicionado a vuestra vida eucarística. Si entráis en cuenta con vosotros mismos, hallaréis en el sagrario el milagro perpetuo del progreso de la Obra y de la perfección de sus miembros.

Allí donde (los miembros de la Institución) tienen en la estimación que merece el tesoro de su sagrario, no hay dificultad insuperable, ni hay problema insoluble, ni falta paz, ni deja de haber unión fraterna, ni se conoce la tristeza que aniquila, ni se siente cansancio en el trabajo; todo está en orden, hay tiempo para todo, no hay quejas ni murmuraciones, ni indisciplina, ni fracasos.

Como ellos, perseverantes

Y perseveraban en *las oraciones*. (...) Cuando vemos a [un miembro de la Obra] actuando y observamos cómo se desenvuelve, cómo habla, cómo mira, cómo explica, cómo guía, cómo educa, cómo anda, cómo viste, cómo escribe, cómo lo hace todo, podemos decir: es alma de oración o no lo es.

Esa respiración del alma produce tales efectos, da tal vida, que no puede confundirse. Y cuando examinamos su conducta en casos difíciles, en momentos de angustia, en acontecimientos inesperados, también podemos, juzgando por las soluciones que da, por su valor, fortaleza, serenidad y acierto, decir si es o no alma de oración, porque las reservas y defensas que suministra la oración son inconfundibles. Pero hay que entender bien que tales efectos no los produce la oración de un día, de un momento de fervor, sino la perseverante, la que hacían los primeros cristianos cumpliendo las instrucciones del divino Maestro y las enseñanzas de los Apóstoles.

SAZONAR TODA LA VIDA ALLÍ DONDE SE VA⁵

Vosotros sois la sal de la tierra. Y si la sal se hace insípida ¿con qué se le volverá el sabor?; para nada sirve ya sino para ser arrojada y pisada de las gentes (Mt 5,13).
(...)

La sal sazona lo desabrido. Esta es misión [del miembro de la Institución:] sazonar lo desabrido allí donde va, en el sitio en donde vive, a las gentes con quienes trata. Hacer agradable la vida; fervorosa, amable la virtud, alegre la penitencia, consolador el sufrimiento. Debe trabajar de tal manera, expresarse de tal modo, obrar siempre con tan buen espíritu, tratar al prójimo con tanto agrado, prodigarle tales consuelos, llevar a su ánimo una persuasión que sazone toda su vida. (...)

La sal cauteriza

La sal cauteriza lo corrompido. Esta virtud amable es el mejor cauterio, el más suave, el que hace cicatrizar más pronto las heridas. Este fuego de la caridad, del amor de Dios, purifica cuanto toca.

La sal para cauterizar lo hace derritiéndose; que es, si podemos decirlo, destruirse a sí propia para bien del prójimo, y este sacrificio no puede quedar sin recompensa. Esa blandura en el ejercicio de nuestro celo apostólico no irritará a nuestro prójimo, no provocará su enojo, será un cauterio tan suave que no levantará protesta alguna en el paciente. Pero hay que tener presente que así como la sal no produce ese benéfico resultado sino destruyéndose [no se pueden] cauterizar las llagas y heridas de la humanidad sino por la abnegación, el sacrificio, el propio martirio, la propia inmolación. (...)

Preserva de la corrupción

La sal preserva de la corrupción. Donde se deposita la sal no puede haber corrupción. (...) El ejemplo nuestro debe tener, merced a la gracia de Dios que obra en nosotros, una fuerza tan potente, que a vuestro influjo nadie pueda sustraerse. Y debe ser tal vuestra sencillez y vuestra llaneza, que todos cuantos os rodeen se juzguen con fuerzas suficientes para imitaros. Debéis ser tan humildes y hacer de tal manera gala del favor de Dios, de quien procede todo bien, que allanéis el camino de la imitación a todos. Así, servirán vuestro ejemplo y vuestras palabras para librar de la corrupción a cuantos tratéis.

Dejar de ser sal es no cumplir la misión

[El miembro de la Obra] deja de ser sal de la tierra y por tanto de producir los efectos dichos, cuando pierde su virtud característica; es decir, cuando el elemento sobrenatural, el espíritu de fe, de celo, la obra de apostolado se desnaturaliza, mezclando el elemento humano, mixtificando lo que en su principio, medio y fin es la obra de la gracia. Toda su virtud, toda la fecundidad de su apostolado está en Cristo y cuando de Cristo se separa, poniendo su confianza en las criaturas, en los medios e industrias humanas, su obra ya no es de apostolado, es una labor natural más o menos estimable ante el mundo, según las dotes que posea el que la ejecuta, pero sin valor alguno en orden a la vida eterna y así como la sal que no sirve para salar, para nada sirve, [quien] no cumple su misión (...) para nada sirve en la Obra.

CONFESAR A CRISTO SIN GÉNERO ALGUNO DE DISTINGOS⁶

Creí; por esto hablé; mas yo he sido sumamente abatido (Sal 115,1). Hay muchas maneras de creer; pero una sola es la que justifica; de aquí que todos los que creen como debe creerse, manifiestan su fe de modo idéntico. Creer bien y enmudecer no es posible; lo dice el Real Profeta o sea el Espíritu Santo por boca de David: *Creí; por esto hablé.*

Es decir, mi creencia, mi fe no es vacilante, es firme, inquebrantable, y por eso hablo.

Los que pretenden armonizar el silencio reprobable con la fe sincera, pretenden un imposible. Los verdaderos creyentes hablan para confesar la verdad que profesan, cuando deben, como deben, ante quienes deben y para decir lo que deben.

Es preciso hablar

Cuando deben. Se debe hablar para confesar a Cristo, hacer profesión de fe, defender la doctrina de Cristo, cuando así lo exige el bien de la religión y el provecho del prójimo. Un verdadero creyente manifiesta su fe en sus escritos, en sus conversaciones, en sus discursos, en sus explicaciones de cátedra.

Como deben. Seriamente, sin provocaciones, pero sin cobardías; sin petulancias, pero sin pusilanimidad; con caridad, pero sin adulaciones; con respeto, pero sin timidez; sin ira, pero con dignidad; sin terquedad, pero con firmeza; con valor, pero sin ser temerarios.

Ante quienes deben. Ante los superiores y ante los súbditos; a los mayores, a los iguales y a los pequeños; y para decir lo que deben, sea o no, del agrado de los que oyen; halague o no, a los que escuchan; sea conforme, o no, a las creencias de los que presencian la manifestación de su fe.

Para salvarse es preciso hablar.

Sin género alguno de distingos

Hay quienes pretextando una prudencia mal entendida, *la prudencia de la carne*, que en expresión de san Pablo es *muerte*, contraria a la del espíritu que es *vida y paz*, según el mismo apóstol, omiten la confesión de sus creencias; y quienes escudándose en su ilustración y cultura en el saber de la carne, que es enemigo de Dios, como afirma el Espíritu Santo, callan cuando deben hablar. (...)

Hay también quienes se empeñan en llegar al fin, y contra todo lo establecido por la providencia del Señor, expresado en las santas Escrituras, predicado por la Iglesia y practicado por los santos, juzgan como medio para atraer a la fe de Cristo lo que no solamente es contrario a ella, sino que está por Cristo reprobado y condenado en miles de ocasiones. Término seguro de este falso celo es la pérdida de la fe en los mismos que pretenden propagarla de modo tan extraño.

Delante de todos los hombres

Por tanto, o hemos de confesar a Cristo delante de todos los hombres, en todas las ocasiones, sin género alguno de distingos, o hemos de quedar excluidos del reino de los Cielos.

A los que enmudecen cuando debieran hablar llama el Crisóstomo traidores por estas palabras: «No solamente se debe reputar por traidor a su religión el que la ha abandonado abiertamente, sosteniendo la mentira, sino aquel que no la confiesa públicamente,

sosteniendo la verdad».

¡Y hay tantas maneras de negar a Cristo! ¡Y hay tantos que lo niegan por cobardía, por respeto humano, por miedo! ¡Y hay tantos que pretenden hacer confesiones opuestas sin recordar las terminantes palabras del Salvador! *El que no está conmigo está contra mí.*

No hay medio de librarse de las consecuencias

Más yo he sido sumamente abatido.

Humillaciones, abatimientos, contrariedades, persecuciones, sufrimientos, martirio, todo ello, viene como consecuencia legítima. Así aconteció al maestro, y «no ha de ser su discípulo más que su maestro, ni el siervo más que su Señor».

Sin que haya medio de librarse de tales consecuencias, cuando existen tales confesiones, aunque se adopten actitudes más opuestas. «Porque vino Juan, que ni comía ni bebía, y dicen: *Demonio tiene.* Vino el Hijo del hombre, que come y bebe, y dicen: *He aquí un hombre glotón y bebedor de vino*» (Mt 11,18).

La verdad, el bien, la virtud, chocan siempre con sus contrarios. (...)

Siempre queda la paz del corazón

Sí, el Maestro dice a sus discípulos: *La paz os dejo, mi paz os doy; pero añade: no os la doy como la da el mundo.* La paz es orden, armonía, gracia; es compatible con los dolores, amarguras y persecuciones; existe aun cuando todo se conjure contra sus discípulos; es la paz del alma, del corazón, de la conciencia, del cumplimiento del deber, de la razón que estima y aprecia en su justo valor las cosas, de la fortaleza que se mantiene intrépida en la lucha, que no es vencida por halagos, ni por amenazas. De aquí que Cristo añadiera a sus últimas palabras referidas: *No se turbe vuestro corazón ni se acobarde* (Jn 14,27).

No seamos contemporizadores

Abominemos siempre de la tibieza y no seamos nunca del número de aquellos a quienes dijo el profeta Elías: *¿Hasta cuándo cojearéis por ambos lados? Si el Señor es Dios, seguidlo; y si Baal, seguidlo* (3R 18,21). En verdad no hay estado más deplorable que el de aquellos contemporizadores, causantes de la ruina y perdición de cuantos les siguen. El Espíritu Santo les dice con frase elocuentísima: *Conozco tus obras; que ni eres frío ni caliente; ¡ojalá fueras frío o caliente!; mas porque eres tibio, te comenzaré a vomitar de mi boca* (Ap 3,15-16). Náuseas, asco, vómito produce a Dios la perfidia, cobardía, pereza y respeto humano de quienes así se conducen. ¡Cómo contrasta esta conducta con la de aquellos fervorosos cristianos de las catacumbas! Así eran sus triunfos; así son hoy, transcurridos los siglos, bendecidos y alabados como héroes de la humanidad. Porque los consumió el celo de la gloria de Dios, la defensa de su causa, la propagación de su doctrina, la salvación de la humanidad (...) Por esto padecieron los escarnios, las persecuciones y el martirio.

Creí, por esto hablé: programa de vida

Para no errar del camino de la verdad y para que la luz de la justicia brille para nosotros y para que el sol de la inteligencia nos alumbré, imitemos al Real Profeta haciendo programa de nuestra vida, su frase: *Creí, por esto hablé*, y esperemos que en nosotros se cumpla aquella otra, *mas yo he sido sumamente abatido* (Sal 115,1), que tales confesiones y tales abatimientos nos proporcionarán la dicha incomparable de ser contados entre los hijos de Dios.

UNIDAD EN EL ESPÍRITU QUE INFORMA LA OBRA⁷

Andad como conviene a la vocación con que habéis sido llamados. El mismo ruego que hacia el apóstol san Pablo a los efesios, hice yo en muchas ocasiones (...)

El ruego es éste: *que andéis como conviene a la vocación con que habéis sido llamados* (Ef 4,1). Mas ¿cómo habéis de andar? El Apóstol lo dice en algunos de los versículos del mismo capítulo 4: *Conviene a vuestra vocación el llamamiento con que Dios nuestro Señor os ha favorecido; andad solícitos en guardar la unidad del espíritu en vínculo de paz* (Ef 4,3).

Diligentes para conservar el espíritu

Esto es, diligentes para conservar a toda costa la unidad del espíritu, y para conservarla por amor que es el vínculo de paz, no por medios violentos, ni por propia conveniencia, ni por otra cualquiera consideración humana (...)

Sin espíritu ¿qué sería la Obra? No siendo «uno solo», sino diversos, ¿cuántas serían las fisonomías? Si ese espíritu y no otro, y de igual modo no existe en todos, si no os informa un mismo espíritu, ¿qué resultará de esa diversidad? Cada uno hará una obra buena; pero serán tantas obras cuantos sean [los miembros de la Institución], y no una sola Obra.

Pues si queréis conducirlos como conviene a vuestra vocación, habéis de ser solícitos en guardar el espíritu que informa la Obra para la que fuisteis llamados.

Unidos en la misma esperanza

Insiste el Apóstol condicionando la unidad de cuerpo y de espíritu a la unidad de esperanza en estas palabras: *Un cuerpo y un espíritu como fuisteis llamados en una esperanza de vuestra vocación* (Ef 4,4). La esperanza de vuestra vocación es una y la misma en todos (...) Pues si la esperanza es una y el cuerpo y el espíritu han de ser como la esperanza, debéis constituir un solo cuerpo, cuya cabeza es Cristo.

En la misma doctrina

Todavía el Apóstol quiere afianzar más la unidad; y para ello sigue expresándose de

esta manera: *Un Señor, una fe, un bautismo*. Es decir: a un Señor, una fe y un bautismo, corresponde unidad de esperanza, de alma y de cuerpo. ¿Servís a un solo Señor? Pues sus preceptos, sus leyes, sus mandatos, son los mismos para todos. ¿Profesáis una misma fe? Pues tenéis idéntica doctrina, debéis aprender las mismas verdades. ¿Recibisteis un mismo bautismo? Pues los medios de santificación, vuestros sacramentos son idénticos.

Temed mucho y poned empeño en conservar la unidad del espíritu en vínculo de paz, si no queréis contraer una responsabilidad tremenda.

NUESTRA ORDENANZA, EL EVANGELIO⁸

Vivimos con gente

Porque aunque andamos en carne no militamos según la carne (2Cor 10,3-5) (...)

Aunque vivimos con las gentes, paseamos, concurrimos a centros de enseñanza, conferencias, bibliotecas, excursiones, etc.; aunque en lo exterior nada extraordinario ejecutamos, sino que nos confundimos con los que andan y viven en carne, no militamos según la carne; porque ni profesamos las doctrinas del mundo (...); ni queremos otro Rey que Jesucristo; ni figuramos en otras filas más que en las de su ejército, ni estamos sujetos a otras ordenanzas que a su Evangelio; ni ponemos el corazón en las riquezas, ni la confianza en el poder, ni la seguridad en las armas.

No condicionados por el poder y la fuerza

Porque las armas de nuestra milicia no son carnales. Si lo fueran serían impotentes, estarían condicionadas al poder y a la fuerza humana, serían mudables, dependerían de muchas causas naturales, y como éstas serían limitadas. *Sino poderosísimas en Dios*: porque toda nuestra fortaleza, nuestro poder, se funda en Dios, en quien está nuestra confianza (...) Nuestros triunfos ni se miden por el valor personal de cada uno, ni por sus fuerzas, ni por su posición, ni por su ciencia, pues Dios da las armas y pone la victoria en manos de quien place a su divina Omnipotencia.

Fundados en Cristo

Y destruimos *toda altura que se levanta contra la ciencia de Dios (2 Cor 10, 3-5)*. Porque toda ciencia por sorprendente que resulte, por brillante que sea, por profunda que parezca, es ignorancia y no ciencia ante Dios, que es la sabiduría increada. Porque todo edificio, por alto que se vea, como no esté fundado en Cristo, su misma elevación aligera su destrucción.

Porque es más sabio y sabe deshacer mejor los argumentos del enemigo, desbaratar sus planes y resolver todo género de dudas, el que cimenta su ciencia en Cristo, ve con la luz celestial de la fe y habla según las inspiraciones del Verbo, sabiduría infinita.

Vuestra misión, vuestro magisterio, ha de ser como el de Cristo: vosotros. habéis de

elevanto cuanto toquéis, consolar a los que visitáis, enseñar a los que os rodean, ilustrar a los que educáis, santificar a los que se os confían, sanar a los que os piden consejo y edificar a todos.

NUESTRA RAZON DE SER, EL ESPÍRITU⁹

Si vivimos por Espíritu, andemos también por Espíritu (Gal 5,25).

Nuestra vida (...) no tiene otra razón de ser que el espíritu. El espíritu nos reunió, el espíritu nos une, el espíritu nos impulsa, el espíritu nos conforta, el espíritu nos promete el premio.

Si algo somos, al espíritu lo debemos

Quitarnos de nuestra Obra el espíritu y ¿qué queda? Si algo somos, al espíritu lo debemos.

Humanamente nada significamos, nada podemos, nada valemos. Otras sociedades son poderosas y fuertes por su capital, por el valer de sus miembros, por la protección de los grandes; pero la nuestra que carece de todo, ¿qué le quedará si le falta el espíritu? Además, ni hubo otra razón para fundarla que la puramente espiritual, ni tendría explicación la vida de sufrimientos, trabajo y privaciones, si no fuera por el espíritu.

¿Vivimos por espíritu?

Vivir por espíritu y no andar también por espíritu es inexplicable. Si Dios está en el corazón de [los miembros de la Institución], si en él, en su inteligencia, reina Cristo, ese espíritu se exteriorizará en todos nuestros actos, y pensaremos, hablaremos y obraremos, es decir, andaremos a impulsos del espíritu. (...)

Las personas de espíritu

No andamos por espíritu, cuando nos movemos por algún motivo humano, cuando en nuestros actos falta ese *quid* especial, que se observa en las personas de espíritu; cuando nos mueve el viento de la vanidad; cuando andamos descompuestos, desordenados y variables; cuando ponemos un cuidado exagerado en nuestras cosas, que no procede tanto del empeño de cumplir nuestro deber, cuanto de la confianza en las fuerzas humanas, en el talento, en el bien hacer, en las simpatías, en los dones de naturaleza. No andamos por espíritu, cuando las contrariedades nos aplanan, los fracasos nos confunden, los desengaños nos irritan, cuando las alabanzas nos estimulan, el aplauso nos presta energías. Entremos en cuenta con nosotros mismos (...)

PARA NO OLVIDAR NUESTRA MISIÓN¹⁰

Acuérdate, Señor, de tu alianza, y pon en mi boca palabras, y fortifica en mi corazón el designio para que tu casa permanezca en tu santificación (Jdt 9,18). Mientras en el corazón de [los miembros de la Obra] se fortifique el designio, la misión, la vocación, y Dios ponga en nuestras bocas palabras que correspondan a este designio, nuestra obra permanecerá en la santificación. Cuando falte todo esto, no habrá obra santa aunque haya obra humana. Más, como esta alianza, Él la comenzó, y Él ha de seguirla, hemos de hacer ferviente oración y mover su misericordia, recordándole su promesa (...)

Perseverar en la alianza

Dios fue quien nos llamó y quien nos sostiene; que la alianza entre Dios y nosotros, si se rompe es por nuestra causa, y que tanto para no desfallecer en nuestra empresa, ni olvidar nuestra misión, como para solicitar la misericordia del Señor, hay necesidad de repetir con frecuencia, lo mismo en la adversidad que en la prosperidad, estas palabras: acuérdate, Señor, de tu alianza, para que todos permanezcamos en tu espíritu y permanezca en tu casa la santidad.

Para triunfar en la batalla

La batalla en que estamos empeñados es algo peligrosa, y si hemos de salir ilesos y cantando victoria, si hemos de regenerar el mundo sin que el mundo nos reduzca y corrompa, necesitamos pedir día y noche que fortifique el Señor en nuestros corazones el designio; que haga de cada uno de nosotros una fortaleza inexpugnable; que tan firme haga su designio en nosotros que lo sintamos constantemente; que dentro de nosotros, en el corazón, ponga los sentimientos que corresponden a nuestra vocación, para que sea cada día más sólida, más pura, más vigorosa.

LA FUERZA ESTÁ EN LA UNIÓN¹¹

Todo reino dividido será desolado (Lc 11,17). La fuerza está en la unión, y si la unión es efecto de la caridad, la fuerza es invencible. Los reinos, los pueblos, las sociedades, las comunidades más fuertes, son las más y mejor unidas.

Fuerza invencible

Dijo Jesucristo en su santo Evangelio, *todo reino*, para significar que no se refería a tal o cual género de sociedades, sino a todas; allí donde se reúnen varios ha de existir la unión si han de constituir algo, si han de conservarlo, si han de hacerlo progresar.

Nosotros, si aspiramos a que nuestra Obra sea estable, hemos de poner el mayor empeño en vivir muy unidos; si deseamos que se extienda y prospere, hemos de afianzar esta unión.

¿División oculta?

Reino dividido, reino desolado. La palabra de Cristo es infalible. No anuncia un mal posible, sino necesario, que sigue inmediatamente a la división. ¡Cuántas sociedades y reinos fueron desolados contando con elementos de fuerza, de riqueza, de talentos, de número, porque se introdujo en ellos la división, que es la ruina!

Esa división da la clave, lo que de otro modo sería misterioso, y cuando es oculta la división es más pronta la desolación, porque hay menos facilidad para atacarla.

Prosperidades que no se explican por la pobreza y falta de medios de todo género, tienen el secreto de su fuerza en la unión.

Y conocemos también las consecuencias legítimas, que son el empeño que hemos de poner en conservarla y la vigilancia para evitar que se introduzcan divisiones y partidos en nuestra Obra. Si esto omitiéramos, demostraríamos con hechos que no le profesamos amor, que no nos importa su bien. (...) Si examinamos el origen de las divisiones lo hallamos siempre en el amor propio; luego deponiendo éste, quitamos aquéllas.

Un solo corazón, como los primeros cristianos

Unos pocos, los primeros cristianos, constituyeron una sociedad poderosa, la propagaron por el mundo y se conserva a través de los siglos. ¿Cómo? Lo dicen los Hechos apostólicos: *Teniendo un solo corazón y una sola alma.*

NO PODEMOS DISCUTIR EL CALIFICATIVO¹²

¿Tan necios sois que habiendo comenzado por espíritu acabáis por carne? (Gal 3,3). (...) No podemos discutir el calificativo, porque es el Espíritu Santo quien lo pone; no podemos tampoco dudar de que se refiere a los expresados, porque ellos son los que comenzaron por espíritu y terminaron por carne.

Necedad sin explicación real

Comenzar por lo más difícil, vencerse en los primeros tiempos, formar resoluciones, arrancar vicios y hábitos, gustar las dulzuras de la virtud, y cuando ya se disfruta de esa vida superior, abandonarla para entregarse a la servidumbre de la carne, es necedad que puede ser calificada con otro nombre más fuerte aún. Dejar la paz, la alegría de conciencia, la satisfacción noble del bien obrar (...), para hacerse siervos de la miserable carne, parece algo que no tiene explicación real.

Para conservar el espíritu

Luego lo esencial es conservar el espíritu (...) ¿Cómo notaremos que se conserva ese espíritu de oración y ese amor a la humildad?

Hay señales inconfundibles: la paz, la ecuanimidad, el orden, y hasta la fisonomía exterior, delatan al alma de oración; y el desprendimiento, la abnegación, la obediencia, el hacer caso de las cosas pequeñas, la desconfianza de sí mismo, acusan humildad de

espíritu.

No nos fiemos de otras señales, porque suelen padecerse equivocaciones.

¿TIENE DERECHO LA OBRA A EXIGIR ESTO?¹³

Todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como por el Señor, y no por los hombres (Col 3,23). Vosotros debéis leer lo siguiente: todo cuanto hagamos debemos hacerlo de corazón.

Lo agradable y lo desagradable

Si es todo, no cumplimos cuando hacemos de corazón unas cosas y no otras, cuando ponemos todo empeño en lo que más nos agrada, y ejecutamos mal, con tibieza, sin fe ni entusiasmo lo que nos desagradaba, o nos es menos agradable.

Para que sea todo, han de entrar pensamientos, palabras y obras: hay que poner ese empeño cuando pensamos lo que estamos obligados a pensar para bien propio y de la Obra, cuando hablamos de lo que debemos hablar y en las acciones que ejecutamos. Cuando todo lo hicimos de corazón, ¿cómo lo hicimos?, y cuando no, ¿apreciamos nosotros la diferencia que hay entre hacer de corazón las cosas y hacerlas por cumplir, sin voluntad, ni entusiasmo? ¿Tiene la Obra derecho a exigir de nosotros esto?

No usurpar a Dios lo que es suyo

Como por el Señor: ¿Cómo se hacen las cosas cuando se ejecutan por Dios, exclusivamente por Él? (...)

Por Dios no cuestan los sacrificios, ni importan las molestias, ni duelen los desengaños; es que por Dios se obra sin precipitaciones, sin angustias, con paz, con seguridad; es que haciéndolo todo por el Señor, nos es lo mismo lo que nos encumbra que lo que nos humilla, lo que nos place que lo que nos desagradaba, lo fácil que lo difícil (...) Hemos usurpado a Dios lo que era suyo, cuando por Él no hemos realizado todos los actos de nuestra vida.

No aspiramos a otra cosa

Y no por los hombres. Por los hombres y para ser vistos de ellos y esperando su recompensa y para merecer su estimación, obran y se afanan los mundanos: (...) Hemos costado mucho a Jesucristo para que nos afanemos en contentar al mundo, que es su enemigo. De las veces que hemos hecho algo por los hombres, ¿qué experiencia tenemos? Y cuando así hemos obrado, ¿cuál fue la recompensa?, ¿logramos lo que pretendíamos?

Además, cómo contrasta la bondad de Dios colmándonos de bienes verdaderos cuando por Él lo hacemos todo, con la justicia, maldad y tiranía de los hombres a quienes nunca parecen suficientes nuestros afanes.

NADIE PUEDE PONER OTRO CIMIENTO¹⁴

Porque nadie puede poner otro cimiento que el que ha sido puesto, que es Jesucristo (1Cor 3,11). Sabemos, porque se nos dijo muchas veces, que la Obra es de¹⁵ Jesucristo, porque Él es el inspirador, el sostén, el principio, el fin, el medio, todo en suma.

Esta es nuestra Obra

Pero la consideración presente va encaminada a algo más, a dejar sentado, como expresó san Pablo a los corintios, que nadie, por más autoridad que tenga, por más ciencia que posea, por más virtud de que esté adornado, nadie puede, ni podrá jamás poner otro cimiento, otro fundamento, que el puesto desde el principio, que es Jesucristo. Esta es nuestra obra, ésta la doctrina que hemos profesado, y bajo ningún pretexto debemos admitir elementos humanos, en lo que en Cristo, por Cristo y para Cristo se fundó. Y la perfección de la Obra está en la identificación con Cristo, y su firmeza en descansar en Cristo, y su vida en participar de la de Cristo (...)

Nuestra confianza está en Cristo

Hemos entendido, que el único fundamento sobre el cual habíamos de levantar este magnífico edificio espiritual es Jesucristo, y porque así pensamos, ni nos desalienta la falta de medios materiales, ni el escaso número, ni la humildad de las pocas que para llevar a fin esta empresa nos reunimos.

Nuestra confianza está en Jesús, y nuestro lema es repetir con san Pablo: *Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?*

La obra que realizamos, idéntica a la de los primeros cristianos

La obra de apostolado que pretendemos realizar, ha de ser idéntica a la que imaginaron los primeros cristianos, y los medios, los que aquéllos pusieron en práctica, aunque seamos tenidos por locos y atraigamos sobre nosotros el odio del mundo. Por tanto, si en nuestra Obra se quiere alguna vez prescindir, en parte siquiera, del elemento sobrenatural y bajo uno u otro pretexto, afianzarla y asegurarla con medios humanos, poniendo la seguridad en el talento, en las riquezas, en el favor, en la prudencia de la carne, la Obra habrá perdido su sello especial y nosotros no seríamos los mismos si aceptásemos tales innovaciones.

Los medios, los mismos

Nuestra doctrina ha de ser siempre la enseñada por Cristo, transmitida por sus apóstoles, y difundida por la Iglesia, su depositaria en la tierra. En la propia santificación a que aspiramos, en la santificación del prójimo que pretendemos, partimos siempre de la gracia de Dios como de principio, y perseguimos verle y gozarle en el cielo como fin último, habiéndole servido y glorificado en la tierra. Los medios, parezcan o no discretos

y aceptables, han de ser los que nos legó Cristo; la oración, la penitencia, los sacramentos, la abnegación, el trabajo, la sumisión, el respeto a las leyes.

COMPENETRADOS A TODA PRUEBA¹⁶

Que sean todos una cosa, como Tú, Padre, en Mí, y yo en Ti; que también sean ellos una cosa en nosotros: para que el mundo crea que Tú me enviaste (Jn 17,21). Estas palabras del evangelio de san Juan son las que pronunció Cristo en la noche memorable y en el momento más solemne. Se dirige al Padre eterno, para suplicarle por sus discípulos y por todos nosotros en persona de ellos. Lo primero que pide *es que seamos todos una cosa*, es decir, que vivamos en la más perfecta unión, y el modelo de esta unión es la que existe entre el Padre y el Hijo (...) Cuando meditamos esta doctrina, y después la comparamos con nuestro vivir, si no estamos ciegos, ¿qué deducimos?

Este cristianismo, que es el único verdadero, nos parece nuevo según lo poco practicado que está por nosotros. Y no obstante, este cristianismo es nuestra regla, la que hemos elegido y profesado.

Añade san Juan *que también sean ellos una cosa en nosotros*. Porque lo completo no es ser una cosa fuera del Padre y del Hijo, una cosa ajena a ellos. Esa compenetración, esa unión tan perfecta ha de ser en Dios para que sea santísima, purísima, fecundísima; para que sea constante, perpetua, sin interrupción; para que eleve dignifique y salve.

Testimonio convincente

Para que el mundo crea que Tú me enviaste. Como si dijera: Conservándolos así, viviendo de esta manera, el mundo no podrá menos de reconocer que Yo soy enviado por el Padre. Es tan grande lo que pido, excede de tal modo a las fuerzas humanas que, [en] presencia de este hecho, cuando las gentes se den cuenta de lo que es esta unión, lo que significa, lo que puede, tendrá que reconocer la divinidad del Hijo. Si ponderásemos debidamente lo que esto significa, y tuviésemos siquiera una centella de amor de Dios y de celo por la salvación del prójimo, ¡qué empeño no pondríamos en conservar y acrecentar la caridad mutua, el fraternal amor! ¿Será posible que una vanidad, una nonada, el amor propio, la terquedad, cualquier otra pasioncilla nos haya separado, nos impida estar unidos?

COMO NOS AMÓ DIOS¹⁷

Carísimos, si Dios nos amó de esta manera, también debemos amarnos los unos a los otros (1 Jn 4, 11). (...)

¿Cómo nos amó Dios?

Si nadie tiene mayor caridad que el que da la vida por el amigo, ¿cuál será el amor de

Dios a los hombres que da la vida de su Hijo que es más que la propia vida, y la da por el enemigo? Meditemos, que hartos hay que meditar en las pocas palabras dichas.

Y el amor del Hijo no se satisface con la muerte, y queda en el sacramento del altar para vivir unido a los que ama, sin que le haga desistir de sus deseos el conocimiento que, como Dios que es, tiene de los ultrajes, desprecios, sacrilegios, que había de recibir de aquellos a quienes tanto amaba. Además, entre cada uno dentro de sí, para reconocer las pruebas que del amor que Dios le profesa, tiene recibidas. (...) podrá decir con la imperfección propia de la criatura humana, cómo nos amó Dios.

¿Cómo nos amamos nosotros?

También debemos amarnos los unos a los otros, si Dios nos amó de esta manera. Que nos amó, ¿quién puede dudarlo? De qué manera nos amó ¿quién lo puede expresar con lengua humana? Y nosotros ¿nos amamos los unos a los otros?, ¿cómo nos amamos?

A la primera de estas dos preguntas responda cada uno después de examinarse acerca de la mutua caridad, del amor mutuo. ¡Quizá no sea lo peor la respuesta negativa, porque será fácil que al responder a la segunda pregunta formulada, tengamos que confesar ante Dios, que penetra y escudriña los corazones, que nuestro amor no ha sido bueno! ¡Si hubiéramos amado como Dios nos ama! Pero en el amor mutuo que nos profesamos ¿qué hay?, egoísmo, satisfacción, miseria. ¿Dónde está el desprendimiento, la abnegación, el sacrificio, el heroísmo?

EL PRECIO DEL AMOR MUTUO¹⁸

Si nos amásemos los unos a los otros, Dios está en nosotros y su caridad es perfecta en nosotros.

La señal más segura de que Dios está en nosotros, es el amor que unos a otros nos profesemos.

¿Existe ese amor mutuo?

¿Existe ese amor mutuo? Pues Dios mora en nosotros. El estímulo que se nos da para que nos amemos, no puede ser más eficaz, porque nada hay comparable a la unión con Dios. Morar Dios en la criatura, ser ésta la morada de Dios, ¿hay nada más excelso ni en los cielos, ni en la tierra?

Señales de amor auténtico

Para que el amor mutuo sea señal de que Dios mora en nosotros ha de ir revestido de un carácter sobrenatural en su principio, en su existencia y en su fin. Otros amores, lo que delatan es precisamente lo contrario.

En otro lugar dice san Juan, refiriendo unas palabras de nuestro divino Salvador: *Un mandamiento nuevo os doy, que os améis unos a otros como yo os amé.* Así han de

amarse unos a otros, como Dios nos ama. Ese es el amor que nos alcanza lo expresado en la última parte del versillo que comentamos: *y su caridad –la de Dios– es perfecta en nosotros.*

NADA DE PALABRERÍA VANA¹⁹

Hijitos míos, no amemos de palabra, ni de lengua, sino de obra y de verdad (1Jn 3,18) (...)

Amamos de obra cuando hacemos por nuestro prójimo algo favorable, orando por él, aconsejándole, corrigiéndole, ayudándole, librándole de peligros, dándole buen ejemplo, sacrificándonos por su santificación, socorriéndole en todos los órdenes. Y tanto para amar, como para amar de verdad, que es amar rectamente, ordenadamente, provechosamente, no se necesita hablar mucho. Nada de palabrería vana, superflua, empalagosa y ridícula. (...)

Mucho de obras y de sacrificio

Mucho de obras, de sacrificio, de abnegación, de oraciones; mucha verdad en las apreciaciones, sin que la simpatía humana, ni otra cualquiera consideración terrena sea la impulsora de nuestro amor. Amor de Dios, por Dios y para Dios; por ser la criatura su imagen, porque Dios acepta como hecho a Él, todo lo bueno que con el prójimo hacemos.

¹ *Carta de la oración*, 10 febrero 1920. *Jesús Maestro de oración*. Córdoba, 1922, pp. 5-10. Existe una edición facsímil, Publicaciones del Archivo de la Institución Teresiana, Madrid, 1984. Se conservan estas consideraciones en el orden que Poveda les dio. No sólo tratan de oración, sino que a partir de ella, vuelven sobre la misión –la sal de la tierra; creí por eso hablé, etc.– y la mutua unión de los miembros de la Obra.

² *Meditaciones sobre la oración I*, 5 febrero 1920. *Jesús Maestro de oración*, *Ob. cit.*, pp. 11-18.

³ *Meditaciones sobre la oración II*, 6 febrero 1920. *Ob. cit.*, pp. 20-27.

⁴ *Y ellos perseveraban...* 20 febrero, 1920. *Ob. cit.*, pp. 35-41.

⁵ *Vosotros sois la sal...*, 25 febrero 1920. *Ob. cit.*, pp. 43-47.

⁶ *Creí, por esto hablé*, 1 marzo 1920. *Ob. cit.*, pp. 48-56.

⁷ *Andad como conviene...* *Ob. cit.*, pp. 57-60.

⁸ *Porque aunque andamos en carne...* 5 marzo 1920. *Ob. cit.*, pp. 61-65.

⁹ *Si vivimos por Espíritu...*, 6 marzo 1920. *Ob. cit.*, pp. 66-68.

¹⁰ *Acuérdate, Señor, de tu alianza...* 6 marzo 1920. *Ob. cit.*, pp. 69-71.

¹¹ *Todo reino dividido...* 6 marzo 1920. *Ob. cit.*, pp. 72-74.

¹² *Tan necios sois...*, marzo 1920. *Ob. cit.*, pp. 75-77.

¹³ *Todo lo que hagáis...*, marzo 1920. *Ob. cit.*, pp. 78-80.

¹⁴ *Porque nadie puede poner otro cimiento...*, marzo 1920. *Ob. cit.*, pp. 87-89.

¹⁵ En enero de 1917, el documento primitivo de Poveda sobre la Obra dice la *Obra es Jesucristo*, no de Jesucristo. Posiblemente la preposición *de* sea una errata de imprenta.

¹⁶ *Que sean todos una cosa...*, 8 marzo 1920, *Ob. cit.*, pp. 91-93.

¹⁷ *Carísimos, si Dios nos amó...*, 8 marzo 1920, *Ob. cit.*, pp. 94-96.

¹⁸ *Si nos amásemos...*, marzo 1920. *Jesús Maestro de oración*, Córdoba, 1922, 1.ª ed., pp. 100-102.

¹⁹ *Hijitos míos, no amemos de palabra...*, 11 marzo 1920. *Jesús Maestro de oración*, pp. 103-105.

2. LA EVANGELIZACIÓN, NUESTRA RAZON DE SER

EVANGELIZAR¹

Tengo miedo a que la vida de [los miembros de la Obra] no sea la vida de celo que Dios os pide y que es la razón de ser de la Institución, la cual no se fundó para proporcionar facilidades humanas a las jóvenes, ni para instruir las y hacerlas cultas, ni para brillar en el campo de las ciencias, sino para santificarse y santificar al prójimo; (...) para educar cristianamente a las que después en sus cátedras, en el ejercicio de sus respectivas profesiones, en sus casas, en la sociedad, han de ser modelos de virtud, formar legión de apóstoles de Cristo para extender el reinado de Jesús.

Y aunque nos sirvamos de la ciencia, la cultura, el estudio, etcétera, utilizamos todo como medios para conseguir el fin y para servir a Dios nuestro Señor, a quien, como dijo el salmista, todas las cosas sirven. Porque, en verdad, ni la ciencia, ni las letras, ni las artes, ni el mundo entero, merecen el más pequeño sacrificio de los muchos y muy admirables que os imponéis y en cambio, esas heroicidades que se ejecutan y otras mayores, las merece un alma y se ponen gustosamente en práctica por su salvación.

EVANGELIZAR EXIGE LA PROPIA EVANGELIZACIÓN²

Insistiendo en el mismo tema de la carta anterior. Nuestra vida (...) ¿es tan ejemplar que sirva a nuestras alumnas para llevarlas a Dios? Si lo fuera, estad tranquilas, cumplís vuestra misión. Porque, a medida que seáis más santas, más seguro será el fruto de vuestras oraciones en favor de las almas para quienes estáis especialmente encargadas de pedir; y porque el ejemplo edificante es medio incomparablemente más eficaz que la palabra (...)

Sed vosotras modelo de orden, de puntualidad, de caridad y todo lo demás. De otra manera, ¿cómo habréis de conseguir lo que pretendéis? Y no vale que pongáis empeño en aparecer ante ellas con una perfección que no poseéis; porque esto, sobre ser una comedia indigna, es un artificio que pronto se descubre; es, precisamente, lo más opuesto al celo.

La virtud que atrae es la verdadera

La virtud que atrae, que edifica, que arrastra, es la virtud verdadera, y el que no la posee, ni puede enseñarla, ni puede comunicarla. ¿Habrás de bendecir Dios, cuyo es el fruto del celo, tan hipócrita conducta?

De los frutos que produjeron vuestros ejemplos, aun en aquellas que aparentemente los

rechazaban, ¿qué queréis que os diga? Cuántas veces aconteció que un acto vuestro fue el despertador de un alma (...)

¿Quién no puede evangelizar?

Habrán quienes no sean capaces de disertar, ni de explicar, ni de escribir; pero ¿quién no puede edificar con su ejemplo? Y tened presente que las más visibles, las más aptas, las que ocupan puestos más elevados, las que están significadas como más inteligentes y cultas son las más obligadas a dar buen ejemplo, porque en ellas tiene más eficacia, así como su contrario puede ser causa de su mayor ruina y desedificación. Considerad, además, que sois instrumentos de Dios y para serlo de tal artífice, hay que ser de la mejor calidad (...)

Dice el Espíritu Santo: *Si estás con santos, serás santo* (Sal 18, 26). Por razón de vuestro apostolado, por el puesto que ocupáis, por ser quienes sois, tenéis a vuestro cargo la enseñanza, y ¡si vierais qué autoridad tiene la maestra cuando su vida concuerda con su doctrina!

No hagáis antipática la virtud

Por último, os recomiendo que no desmintáis con vuestra conducta la afirmación de Cristo nuestro Señor, y si *su yugo es suave y su carga ligera* (Mt 11, 30), no deis vosotras a entender lo contrario, haciendo enojosa y antipática la virtud. Si queréis, y debéis quererlo, llevar muchas almas a Dios, arrebatando al demonio, no las asustéis.

Reservad para vosotras lo áspero, lo duro, lo trabajoso; así lo hizo nuestro Señor; y repartid la dulzura, la bondad, la paciencia. Sed abnegadas. La medida de lo que habéis de recibir estará en lo que deis. Dadlo todo, pues a Dios se lo dais, y recibiréis mucho para Dios, puesto que para Él queréis lo que pedís.

EVANGELIZAR SIEMPRE³

Podrías preguntarme cómo y cuándo deberéis actuar, y aunque quedarían contestadas todas vuestras preguntas diciéndoos: cuando Dios quiere y como Él lo quiere, deseo ser más explícito y, aun a trueque de que resulte mi carta un tanto pesada, os haré algunas reflexiones sobre este aspecto del celo.

¿Cuándo debéis trabajar en la obra de la santificación? (...) Siempre, porque Dios así lo quiere. ¿Cuándo debéis cumplir con vuestro deber? Siempre. Pues, como vuestro deber es salvaros salvando almas, siempre debéis estar ocupadas en esta labor. ¿Cuándo debéis manifestaros ante Dios y ante el mundo [como miembros de la Obra?]. Siempre. Con toda la vida. De día y de noche, a toda hora habéis de ser celosas (...) Actuad en los instantes en que más os necesiten, sean o no los más cómodos para vosotras. Actuad – cueste lo que costare– cuando hay que evitar un pecado, por leve que sea. Actuad cuando con el mismo esfuerzo podéis aprovechar a muchos.

Y si queréis —como presumo— que precise aún más mi respuesta, os diré: actuad cuando encontréis mejor disposición. Estados psicológicos más apropiados para recibir vuestra actuación los sorprenderéis con frecuencia. Esos momentos críticos son muchas veces los momentos de Dios, y al que está suspirando por ellos, pidiéndolos y esperándolos, no se le escapan.

Con paz y respeto

¿Cómo habéis de actuar? Como Dios quiere. Ante todo con paz; si os falta, dudad de vuestro celo, como debéis dudar y temer si fuera con detrimento de vuestra perfección. Sin precipitación, sin desalientos, como quien sabe que la obra es de Dios y no humana, que de Él depende y no de vuestra industria. Con dulzura, mansedumbre, humildad y alegría. Haciéndoos todo para todos, poniéndoos a tono, midiendo bien las circunstancias, siendo prudentes, no llegando nunca a producir cansancio, no humillando a nadie, no escatimando alabanzas, siendo ordenadas y estándolo en palabras, modales y hasta en el rostro; no siendo ni en pro ni en contra; con respeto, sin parcialidades ni diferencias, ni aun aparentes; unas veces consolando, otras reprendiendo con mucha caridad, alguna en silencio y siempre como entendáis que Dios os lo pide.

¹ *Correspondencia*, 30 noviembre 1922.

² *Ibidem*.

³ *Ibidem*.

3. CULTURA Y EVANGELIZACIÓN

EL CUMPLIMIENTO DE VUESTRO DEBER EXIGE FE Y CIENCIA¹

Vosotros, pues, aplicando todo cuidado, juntad a vuestra fe, virtud, y a la ciencia, ciencia. Y a la ciencia, templanza, y a la templanza, paciencia, y a la paciencia, piedad (2P 1,5-6).

Lo primero la fe, sin la cual no hay salvación posible; después, o mejor dicho, con la fe, virtud; que si aquélla es viva, obra, y sus obras son virtudes

Hay que juntar también ciencia, porque el cumplimiento de tus deberes exige la ciencia, que no podrás enseñar si no la posees.

Ese vosotros con que da principio san Pedro a su versículo quinto, parece especialmente dicho a los que tienen la profesión de enseñar; y aquella frase, aplicando todo cuidado, denota la diligencia con que han de procurar la fe, la virtud y la ciencia (...)

La fe de los primeros cristianos

Habéis de adquirir el espíritu de fe que da serenidad a vuestros actos, seriedad a vuestra vida, ejemplaridad a vuestras costumbres, saludable temor a vuestro espíritu, tino y mesura a vuestras conversaciones, rectitud y justeza a vuestros pensamientos, aplicándoos a ello con todo cuidado y con la mayor diligencia posible. Precisamente en esto os habéis de distinguir; en que la mayoría de las gentes no ponen verdadero empeño en adquirir el espíritu de fe y vosotras, (...) habéis de profesar la misma fe, sí, que todas las que se dicen cristianas como vosotras, pero de manera bien distinta. Así es como la fe da fruto; así es como obra virtudes. Las mismas verdades que creían los apóstoles, los mártires y los primeros cristianos, creemos nosotros; el credo que ellos recitaban lo repetimos nosotros, y por desgracia, nuestra fe no ha merecido aún el premio que la de aquellos a quienes sanó Cristo y cuya fe alabó públicamente declarando que ella había sido la causa del prodigio.

Fe con obras

Juntando a vuestra fe, virtud. Así ha de ser si la fe es verdadera, porque el secreto de la santidad de los primeros cristianos no ha de encontrarse en la diferencia de los tiempos, ni en la diversidad de los climas, ni en la distinción de las persecuciones, ni en mejor naturaleza, sino en la fe viva que engendraba la caridad y daba sus naturales frutos que son las virtudes. Virtudes excelentes en medio de las costumbres paganas, y mantenidas con el heroísmo que sólo en la fe tiene explicación.

Ciencia sólida

Y a la virtud, ciencia. (...) Debería ser tal, que nadie supiera más que vosotras, ni tuviera el arte que vosotras para hacer amable el estudio, para inculcar el amor a la ciencia, cuyo autor es Dios, sabiduría infinita, a quien más nos asemejamos a medida que más verdades conocemos.

¿Qué mayor ejercicio de virtud que la perseverante y metódica labor que os está encomendada?

¿Cómo podréis dar más gloria a Dios y a vuestra Institución; cómo podréis santificar mejor a las jóvenes? (...) ¡Y para el porvenir! Si formáis, en fuerza de vuestra ciencia metódica y asequible, generaciones de maestras que, imitando vuestro ejemplo, profesen amor al estudio y a la enseñanza ¿será fructuoso vuestro apostolado?

Competencia profesional

¿Calculáis vosotras la influencia que tiene el argumento de que son las más activas, competentes y buenas profesoras, aquellas que son las más virtuosas y que tienen la fe más viva? ¿Sospecháis el daño que produce (...) el argumento de que son las más ignorantes, las que más faltan a sus clases, las que estudian menos, las que no sienten vocación por su carrera, aquellas que se llaman más devotas, pasan por tales y hasta se ofenden si no son así calificadas? Dura será mi afirmación, pero no vacilo en hacerla. Si no edificáis por vuestra ciencia, por vuestro estudio, por vuestro saber, habrá que dudar de vuestra virtud, y temer por vuestra fe y negar vuestro teresianismo.

Vida racional y sobria

Y a la ciencia, templanza. Sí, templanza; porque si falta esta virtud, luego se sensibiliza todo (...) Pureza de corazón, rectitud de intención, vida racional y sobria, que harto se trasluce y edifica y mérito extraordinario da a las jóvenes y de grandes males las libra.

Y a la templanza, paciencia. Huelga comentar esta frase porque la necesidad de la paciencia en el que ha de educar nadie la duda. Y si la educación ha de ser tan perfecta como deseamos, y si todo ha de hacerse por Dios y por su gloria, ¡qué tesoros de paciencia habremos menester! El educador debe ser dueño de sí, y según frase del Espíritu Santo, en la paciencia poseeremos nuestras almas. Y acontece de ordinario que es menor el caudal de paciencia cuanto mayores son nuestras imperfecciones, y si éstas son muchas, mal soportamos las del prójimo y menos si éste es inferior.

Esto, sin contar la cantidad de ella que necesitamos, no para soportar, corregir y educar al prójimo, sino para educarnos a nosotros mismos y soportar nuestros defectos

Piedad sólida y amable

Y a la paciencia, piedad. En expresión del Espíritu Santo *la piedad es útil para todo* (1Tm 4,8). ¿Cómo no ha de serlo para el ejercicio de vuestra profesión? Piedad sólida, tranquila, amable, severa, dulce, pacífica, oportuna, prudente, sin ridiculeces ni gazmoñerías, sin petulancias ni exigencias, sin brusquedades ni alborotos; a tiempo,

acorde siempre y según el acto, la persona y el lugar. En fin, la piedad, fruto del amor de Dios, que si de ahí nace no le faltará ni le sobrará nada.

EVANGELIZACIÓN Y PREPARACIÓN INTELECTUAL²

Preparación adecuada para la misión

[Los miembros de la Obra] para llenar su cometido, necesitan virtud y ciencia, y en faltando una u otra, quedan inhabilitados para cumplir su misión.

Vuestra ciencia brillará vuestra virtud.

Si llegaseis a conocer los frutos que, en orden a la santificación del prójimo, produce la ciencia, pondríaís tanto empeño en adquirirla cuanto fuera vuestro celo por su salvación.

La cultura es arma poderosa para adueñarse de los que ni distinguen ni aprecian la virtud, y, por lo tanto, el que no procura adquirirla, renuncia a un arma insustituible para atraer a cierta clase de personas.

El amor al estudio y el empeño por adquirir la ciencia, están en razón directa del amor a la Obra y del celo por su buen nombre.

Ante las alumnas y ante la sociedad adquieren vuestras virtudes un realce extraordinario, cuando se reconoce en vosotras cierto grado de cultura.

El deber sagrado del estudio

Padecen lamentable equivocación las que dejan el estudio con suma facilidad, creyendo que con esta omisión no faltan a sus deberes.

Las que pretextando amor a la virtud y afán por conseguirla olvidan la adquisición de la ciencia, no cumplen con una de las principales obligaciones de su estado.

Cuando hay tiempo para todo menos para el estudio y para los trabajos culturales, se deja incompleta la labor del Internado.

Si por Dios se estudia, por Dios se explica, por Dios se dan conferencias y por Dios se escribe, se estudiará, se explicará, se darán conferencias y se escribirá bien.

Diálogo e intercambio

Las (...) de carrera superior están obligadas, cuando menos por el decoro de la Institución, a escribir, aconsejar e instruir a las profesoras acerca de todo lo que juzguen conveniente para obtener los mejores resultados en la preparación de las alumnas.

Si cada [una] se impusiera mensualmente el sacrificio de aportar una iniciativa en orden a la educación intelectual, podríamos hacer mejor labor.

El intercambio entre las alumnas (...), podría ser estímulo excelente para los estudios y medio muy apropiado para fomentar el compañerismo y la amistad de unas con otras.

Seguir el movimiento intelectual

Si os interesara el movimiento intelectual del mundo y desearais imponeros en los adelantos de la época, para bien de la Obra y de las alumnas, gestionaríais con verdadero celo la adquisición de libros y revistas, por los muchos medios que están a vuestro alcance.

Si hubiera verdadero empeño en que nuestro «Boletín» fuera una publicación digna de llamarse teresiana, cada una aportaría a él, aun a costa de sacrificios, lo mejor que supiera y pudiera escribir.

Cuando no se observa afán por los libros y revistas, empeño en adquirir material de enseñanza, por hacer excursiones científicas, celebrar conferencias y actos literarios, es señal inequívoca de que no hay [miembros de la Obra] conocedores de su misión y de que falta el espíritu de la Obra.

Sin pedanterías ni extravagancias debéis aficionar a vuestras alumnas, y darles de ello ejemplo, a las conversaciones científicas y literarias, las cuales, sobre ser útiles, libran a la juventud de muchos males.

Extensión cultural

También debéis organizar en las clases de adultas, y ayudadas de las antiguas alumnas, cierta extensión cultural, cursos breves y enseñanzas sociales harto provechosos para el personal de estas clases.

Gran auxilio pueden prestaros en la organización y desarrollo de los actos mencionados las cooperadoras técnicas de la Institución.

Si las que han de velar por el buen nombre de la Obra confiada a su celo, dejan en lamentable abandono cuanto a la cultura se refiere, contribuyen, sin quererlo, al descrédito de la Institución y la desnaturalizan.

En donde se imponga la necesidad de rectificar en orden a la educación intelectual, procédase a ello sin demora.

¹ *Correspondencia*, 8 enero 1919. *Consideraciones*, Jaén, 1920, p. 9. Aunque este texto es de 1919, forma un todo con los que siguen. Es el único caso en que nos hemos permitido alterar levemente la cronología.

² *Consejos*, edición facsímil. Publicaciones del Archivo de la Institución Teresiana, Madrid, 1986. En la parte primera de este folleto, editado en 1921, se incluyen los *consejos* firmados en Covadonga en 1912 por Pedro Poveda, e integrados en el capítulo segundo de esta selección. En la parte segunda del folleto, se publican los consejos escritos por Poveda en Jaén, en marzo de 1920. De ellos se incluye aquí una selección.

V. UNA IDEA BUENA (1924-1930)

«Así es la Obra: de poco aparato, pero de mucha sustancia, y así deben ser sus miembros» (Pedro Poveda, 1925).

De nuevo el nunca como ahora de Pedro Poveda vuelve a aparecer en su pluma. Nunca como en este período de la década de los veinte desbordan con mayor motivo sus urgencias.

«Termina el año 1924 con la aprobación y en el que cumplí 50. Dios sea bendito»¹. En 1924, en efecto, la obra teresiana ha recibido la aprobación pontificia. Las tierras americanas y años más tarde Italia, se abren a la acción evangelizadora de la asociación. Los proyectos y las actividades se multiplican. Las peticiones de trabajo se suceden, la Institución amplía sus horizontes. El número de quienes se aproximan a la Obra o la integran, aumenta. La preparación espiritual e intelectual de los miembros, que tanto había preocupado a Poveda, se intensifica.

Poveda se prodiga en contactos, en reuniones, en conferencias, en colaboraciones con otras obras. Organiza en 1929 la Federación Nacional de Estudiantes Católicas. En este mismo año trabaja como miembro fundador de la Federación de Amigos de la Enseñanza, en las Semanas Pedagógicas organizadas por aquella entidad. Forma parte de la Comisión Central contra el Analfabetismo. Participa en el I Congreso Nacional de Educación Católica. Redacta un proyecto de universidad católica hispanoamericana –que no llegará a realizarse–, colabora en la creación de una importante Asociación de Maestros Católicos que aún pervive.

Pero la documentación del período pone de relieve que el momento es, ante todo, un momento de reafirmación y de autocrítica. Se ratifica en sus ideas, y al mismo tiempo, las analiza en profundidad. Después, consiguientemente, reclama fe, entusiasmo y renovada entrega a la misión

Los textos del primer apartado del capítulo Esta es la Obra y no otra cosa son solemnes y ponen de manifiesto el primer aspecto. «La Obra es una idea buena», no porque sea suya, sino porque la Iglesia la ha reconocido. Es la llegada a puerto. Es la hora del reconfortamiento espiritual de Pedro Poveda; de la alegría y del reposo antes del combate supremo que llegará enseguida, en las horas turbulentas de los años treinta.

Ante todo palabras de reafirmación: La Obra «ha llegado a ser todo lo que tenía que ser»; la vida de los primeros cristianos es la vida que tienen que recrear sus

miembros; la Institución no puede retroceder en el amor a María, la madre de Jesús; el espíritu de Teresa de Jesús es el espíritu de la asociación.

Este empeño de autoafirmación se observa en la insistencia con que vuelve y hace volver a las fuentes. Se reeditarán en 1925 los Consejos escritos en 1912 porque en ellos –escribe– «está la síntesis de la Obra y lo que debe ser su espíritu»². Se reeditan así mismo en 1928 los Avisos espirituales de Santa Teresa de Jesús y con la misma fecha vuelven a salir las Consideraciones que integran la publicación Jesús Maestro de oración. Todo cuanto ha venido diciendo, desde 1911, lo repite ahora con acento especialmente solemne, con enorme seguridad.

Es también el momento de una intensa revisión de criterios, de actitudes, de metas. Nada se escapa al lúcido análisis de Poveda. «Anotaré, escribe en un cuaderno de 1930, todo lo que haya de ser rectificado. Su Vengamos a cuentas, el tercer apartado del capítulo, es implacable: lo que estima absolutamente preciso, lo que teme que falte, lo que resulta corto, las deficiencias que nota, las virtudes que no ve, los programas que se cumplen a medias, las acomodaciones que no tolera, las obligaciones de las que no se puede prescindir, el nunca decir basta, el trabajo incesante. Todo esto pasa y vuelve a pasar por su consideración durante estos años, mezclado, eso sí, con aires de especial alegría, por la vida nueva que supone la aprobación pontificia. Desea que se forme una generación alegre. Desea que se busque la alegría donde verdaderamente está. Desea que se aclame a Dios alegremente. Desea que nadie esté triste, porque el que está triste es porque quiere. Desea que la alegría sea inseparable de la rectitud.

Es, sin duda, la hora, como indicábamos en páginas anteriores, en que Pedro Poveda esponja su espíritu. Después de tanto trabajo, de tanta lucha para poner en marcha la Obra, la ve al fin en puerto seguro, acogida por la Iglesia. Pero no se duerme en los laureles, la quiere ver como es, sin que ni propios ni extraños la desvirtúen. De ahí su renovado espíritu de exigencia.

¹ *Correspondencia*, 31 diciembre 1924, AHIT.

² *Consejos*, edición facsímil. Publicaciones del Archivo de la Institución Teresiana, Madrid, 1986. Presentación de Encarnación González, p. 5.

1. ESTA ES LA OBRA Y NO OTRA COSA

ES UNA IDEA BUENA¹

La Obra es una idea buena. ¿Por qué? Porque es grata a Dios. ¿Por qué es grata a Dios? Porque Él la inspiró, la ayudó, la selló con su sello, la defendió y, por último, la aprobó por medio de la Iglesia y del Sumo Pontífice.

Es obra de la gracia de Dios

La Obra es buena; la inspiró Dios. No se trata aquí de una inspiración extraordinaria, sino de una inspiración que no puede decirse que es humana, puesto que aquello que se concibe para bien de las almas es más que humano siempre. Es obra de la gracia de Dios, lo cual no quiere decir que la persona que la concibió fuera buena, pues ya sabéis cuánto ha inspirado Dios a muchos que no lo eran. Alabar la Obra no es alabarme yo.

La Obra es buena, oímos decir constantemente; lo dice la gente, lo dice todo el mundo. ¡Cómo la favorece Dios! Humanamente no se explica: sin recursos, sin personal, sin prestigio científico; una novedad, una cosa rara... Ya veis, en tan pocos años, dónde nos encontramos.

Lo selló con la persecución

No sólo la ayudó con recursos y medios de todo género de cuantos eran precisos según los planes de la Providencia, sino que la selló con la persecución de los malos y de los buenos, que es lo que más duele. (...)

En la Iglesia ha sido siempre tradicional que se hayan ido haciendo cristalizaciones de celo apostólico según la época, y parece que ésta es la cristalización de la época actual. ¡Qué fin tan hermoso: salvar almas, extender el reino de Dios hasta el último rincón del mundo por medio del magisterio!

Es buena la Obra porque cuesta mucho. (...)

Tiene un fin elevado

Lo que nos cuesta a los que más hemos intervenido en ella, sólo Dios lo sabe. Y no sólo a los que somos el blanco, sino también ¡cuántos sacrificios a cada [miembro de la Institución] con su familia, con los conocidos, para perfeccionarse ella misma!

La Obra que Dios inspira, que tiene un fin tan elevado y cuesta tanto, es una buena idea, digna de prestigio. Por consiguiente, ¡qué cosa tan tremenda desprestigiar la Obra!

Es digna de prestigio

¿Cómo se desprestigia la Obra? Hay muchas maneras. (...)

Se desprestigia una idea conociéndola y no confesándola por respeto humano.

No conociéndola como se debe.

Aceptándola y no conduciéndose en conformidad con esa aceptación; no obrando tan bien como cuadra a quien profesa aquella idea.

Ostentando indignamente su representación.

Humanizándola, quitándole ese *quid* divino, su aspecto espiritual. También se desprestigia no colaborando según la obligación de cada uno; recibiendo y no dando, tanto en lo espiritual como en lo intelectual y material; posponiéndola a nuestros intereses particulares, y por último, con la envidia, que es lo que más desprestigia las ideas.

¡Qué terrible responsabilidad la del que tiene un ministerio en que ha de dar gloria a Dios y edificar al prójimo, y sirve de piedra de escándalo!

ESTA ES LA OBRA Y NO OTRA COSA²

(...) Quiero recordar a todos que deseo vivamente que persevere y progrese en nuestra Obra el espíritu de sencillez, tanto interior como exterior, y que suspiro constantemente para que nuestras casas sean como las de aquellas familias cristianas de los primeros tiempos del cristianismo. Esta es la Obra y no otra cosa.

LA INSTITUCION QUE YO FUNDÉ³

Y digo, ante todo, que la Institución Teresiana, la que yo fundé, siendo instrumento y nada más que instrumento de la Providencia, ha llegado a ser en el orden canónico todo lo que tenía que ser; que tal como ha sido aprobada por la benignidad de Su Santidad Pío XI, felizmente reinante, ha de permanecer siempre, y que si alguna vez deja de ser lo que ahora es, no será la Obra de ahora, ni la que yo fundé, sino otra Obra, seguramente mejor, pero distinta.

Que deseo vivamente, y pido a Dios desear siempre, el perfeccionamiento de la Obra, la mayor santidad de sus miembros, (...) pero dentro del marco de las constituciones, reglamentos, ordenaciones y normas aprobadas por el Breve *Inter frugíferas*.

EL CRUCIFIJO EN LA INSTITUCIÓN⁴

La Institución se debe al Crucifijo

(...) Quiero que la devoción al Crucifijo sea la devoción fundamental de la Institución; ésta es mi expresa voluntad, que no os la impongo, sino manifiesto como un padre a sus hijas, para que la aceptéis cual preciadísimas herencia, o como el autor de una idea, encariñado con ella, que quiere que exista siempre íntima relación con la misma cosa que ha encamado la idea. Porque la Institución se debe al Crucifijo, ya que nació cuando de

los edificios públicos, de los centros docentes, de la escuela primaria, se quería desterrar el Crucifijo, se le hizo objeto de desprecio en algunos y se arrancó con odio de otros, y si bien han cesado aquellos tiempos de violencia, no ha muerto el intento.

(...) yo quiero y pido constantemente al cielo que seáis todas: *un Crucifijo viviente*. Y no deseo oír otros elogios de vosotras que esos, aunque muchas buenas cosas tengáis.

Crucifijos vivientes

¿Adivináis en qué palabras sintetizó Cristo en la cruz su inmenso amor a los hombres? *Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen* (Lc 23,34). ¡Qué oración tan sublime! Ruega, disculpándolos, por sus mismos verdugos, por los que le crucificaban. A esto mismo debéis estar dispuestas vosotras si queréis ser Crucifijos vivientes. Jamás, en el terreno de la caridad, entréis en disquisiciones sobre si lo que sentís es una antipatía natural exenta de culpa; si aquello y lo de más allá no llega a pecado; si no se me exige tanto, si no lo debo ni aun de justicia, etc. En ningún punto como en éste de la caridad es terminante y categórico el Evangelio: *Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen, y rogad por los que os persiguen y calumnian* (Mt 5,44). (...)

No busquéis el apoyo humano, afirmaos cada día más en vuestro amor al Crucifijo y exclamad como el Apóstol: *Todo lo puedo en Aquel que me conforta* (Flp 4,13), porque Cristo crucificado es para los que le aman fuente perenne de paz, luz y fortaleza.

LOS TRES AMORES DE LA INSTITUCIÓN⁵

Vida de fe

Los tres amores, a la Sagrada Eucaristía, a la Santísima Virgen y al Papa, crecen visiblemente en la Institución y nos aseguran ser obra de Dios en la que trabajamos.

COMO LOS PRIMEROS CRISTIANOS⁶

Una nota distintiva

(...) Mi aspiración constante es pedir a nuestro Señor que la vida de (los miembros de la Institución) sea sobrenatural; que sea como la de los primeros hijos de la Iglesia; que los corazones de estas mujeres apóstoles sean idénticos a los de aquellas que, en unión de la Virgen Santísima, perseverando en la oración, recibieron el Espíritu Santo en el día de Pentecostés.

LA MADRE DE JESÚS EN LA OBRA⁷

Quisiera que la devoción a la Madre de Dios fuera una de las notas distintivas del apostolado de [los miembros de la Institución] y que tuviera tal modalidad esta devoción

que fuera inconfundible. Sed apóstoles de María y propagad su devoción con tan divino arte, que arrastréis a las gentes y hagáis que los pueblos la aclamen por reina y señora del universo. Para hacerlo así, lo primero es que vosotros os llenéis de este amor y de esta devoción, y lo segundo que no desaprovechéis ocasión, por insignificante que os parezca, para ejercitaros en este apostolado. No seáis del número de los que necesitan escenario especial para actuar y se desdeñan de hacerlo con los niños, con los pobres, con la familia, etc. Vosotros, con vuestra conducta, con vuestras prácticas, con vuestras palabras, con vuestros escritos, con todo, predicad siempre el amor a la Santísima Virgen. Llevadle almas, que es la mayor obra de caridad que podéis hacer en favor del prójimo, y comenzad por llevarle aquellos con quienes estáis más obligados y los que más necesiten de su patrocinio.

PREFIERO VER DESAPARECER LA OBRA⁸

El amor a la Madre de Jesús, sustancial

(...) ¡Cuánto debemos a María desde la fundación de la Obra, y cuánto especialmente en este año! De mis meditaciones acerca de este tema saco la siguiente consoladora consecuencia: la Institución está asegurada; ya no hay que temer. Porque, en verdad, si los santos y teólogos aseguran que es señal de predestinación la devoción a la Reina de los cielos, nuestra Obra teresiana lleva el signo de la predestinación, porque en ella, en todas sus casas, en cada corazón de los que en ellas habitan, (...) tiene un altar y se rinde un culto devotísimo a la Madre de Dios. Y este amor tierno, sencillo, hondo, fuerte, a la Virgen Santa María, es algo tan sustancial, tan fecundo, tan visible, que salta a la vista de propios y extraños (...)

Tan de Dios me parece esta señal que, os lo confieso sinceramente, prefiero ver desaparecer la Obra a ver disminuir en ella la devoción mariana.

Aparte de otros muchos propósitos, peticiones, acciones de gracias, etc., que debéis hacer estos últimos días del curso, quisiera que formaseis una resolución inquebrantable, cada una en particular y todas en general: la de que cada año, cada mes, cada día, cada hora, crezca en vuestros corazones y se traduzca en obras el amor y el culto a la Santísima Virgen, y que os comprometáis a dar la voz de alarma (...) cuando notéis que no se cumple esta resolución.

UNA OBRA EMINENTEMENTE MARIANA⁹

La Pía Unión de hijas de Santa Teresa es una asociación eminentemente mariana por su origen, por su historia y por su propia elección.

Nació en la cueva de Covadonga.

La primera insignia que usaron [los miembros de la Institución] fue la cruz de Pelayo con la imagen de la Santísima Virgen.

La primera casa lleva el nombre de la Santina.

La mayor parte de los Internados están bajo la advocación de algún título de la Santísima Virgen (...)

La maternidad espiritual en medio del mundo necesita un ejemplo de dolor, de caridad, de firmeza, de valentía que sólo la Madre de Jesucristo puede ofrecerlo.

La misión necesita el amparo de María

La misión [de los miembros de la Obra] necesita un amparo tan seguro y poderoso como el de María.

María en sus dolores da todas las lecciones que necesitan para cumplir su misión (...)

El apostolado de la mujer está compendiado en los Dolores de María.

En los Dolores de la Virgen está toda la ciencia necesaria para ser un perfecto apóstol.

TERESA DE JESÚS DESDE EL PRINCIPIO DE LA OBRA¹⁰

Desde el principio de la Obra fue mi propósito que [los miembros de la Institución] estudiaran, conocieran, aprendieran y reflejaran en sus vidas el verdadero y genuino espíritu de nuestra santa Madre Teresa de Jesús, porque nunca creí que éste fuera incompatible con la actuación que (...) habrían de tener en el mundo. Mas como en esto del espíritu suele haber interpretaciones torcidas y vulgarizaciones equivocadas, comencé, allá en junio del año 12, por hacer unos apuntes donde consigné, al pie de la letra, la doctrina de la Santa, tal y como salió de su pluma.

Estudio y práctica del espíritu de Teresa

Como pensé entonces, y con más firmeza aún, sigo pensando ahora, y juzgando de imprescindible necesidad el estudio y la práctica de tan santa y sabia doctrina, para lo cual se hizo nueva impresión del opúsculo *Avisos espirituales de Santa Teresa de Jesús*, y recomiendo con la mayor insistencia su lectura. Porque da harta pena oír la explicación que las gentes dan para expresar lo que es y en qué consiste el espíritu teresiano.

¹ *Nuestra Obra es una idea buena*, agosto 1924. *Meditaciones y Consideraciones II*, Madrid, 1949, pp. 45-53.

² *Correspondencia*, 7 junio 1925, AHIT.

³ *Ibidem*, 12 septiembre 1925.

⁴ *Sobre el Crucifijo*, 31 enero 1926. *Meditaciones y Consideraciones II*, pp. 372-381.

⁵ *Correspondencia*, 1 mayo 1927, AHIT.

⁶ *Ibidem*, 5 junio 1927.

⁷ *Ibidem*, 6 junio 1927.

⁸ *Ibidem*, 2 septiembre 1927.

⁹ *Devoción a la Santísima Virgen*, ¿1929? *Meditaciones y Consideraciones II*, p. 387.

¹⁰ *Correspondencia*, 3 enero 1929, AHIT.

2. LA ALEGRÍA PERFECCIONA LA OBRA

LA ALEGRÍA PERFECCIONA LA OBRA¹

Dilata el corazón

Gaudium tibi sit semper (Tb 5,11). Dios te dé siempre mucho gozo y alegría. Y esto por ti, por la Obra, por las almas. Por ti, para que corras por los caminos del Señor, por los cuales se corre cuando se dilata el corazón con la alegría, como dijo el Real Profeta. *Viam mandatorum tuorum cucurri cum dilatasti cor meum* (Sal 119, 32). Por la Obra. Decía Aristóteles que la alegría perfecciona la obra, y la tristeza la corrompe. Luego si estás alegre, todo lo harás con perfección, con gusto, con regocijo, sin cansancio, sin desfallecimientos, y ¡cuánto va en ello a nuestra Obra!

UNA GENERACIÓN ALEGRE²

Signo de espíritu

Vox exultationis et salutis in tabernaculis justorum. En las moradas de los justos siempre se ha de oír voz de alegría y de salud (Sal 118,15). (...) Ten por seguro que allí en donde reine esa alegría santa y escuches esas voces de santa alegría y palabras de salud y conversaciones santas, allí hay almas justas. Esta es señal inconfundible, y hay que inculcar a [los miembros de la Obra] estas verdades tan del Espíritu Santo para que aprendan el verdadero concepto de la alegría espiritual de que habla el real profeta, que es hermanable, como en él se hermanó, con la penitencia, la compunción, el dolor, etc. Forma una legión [de asociadas] alegre, que conserven el verdadero espíritu de la Obra y del teresianismo, el espíritu de nuestra santa Madre, el de las primeras [asociadas].

DÓNDE DEBEMOS BUSCAR LA ALEGRÍA³

Mirar hacia adentro

Dedisti laetitiam in corde meo. Diste alegría en mi corazón (Sal 4,7). San Agustín las comenta diciendo que el real profeta nos enseña dónde debemos buscar la alegría, que es dentro de nosotros: en el corazón. Se me ocurre esta reflexión, porque viviendo tan en medio de las gentes, tan llena de asuntos, tan rodeada de impresiones diversas, ofrece alguna dificultad mantenerse alegre, haciendo abstracción de todo lo que nos puede quitar esa alegría que debemos procurar sea imperturbable. Y el remedio es eficaz. Porque si la alegría se funda en lo de afuera, vendrá y marchará según los acontecimientos, pero si se hace radicar en el corazón, y éste se amuralla bien, no habrá peligro. Cuando lo de afuera

nos mueva a tristeza, echemos la mirada hacia dentro y encontraremos la alegría. Es un recurso del que tendrás que echar mano con frecuencia. Allí hallarás siempre motivo para estar alegre, aunque te rodeen los acontecimientos más lúgubres. Además, está tan interno el corazón, que bien puede ser el depósito de los más delicados motivos de alegría sin peligro de que se escapen.

ACLAMAD ALEGRES A DIOS⁴

Alégrese el corazón de los que van en busca del Señor (Sal 104,3) y en el salmo 99, versículo 2: *aclamad alegres a Dios; servid al Señor con alegría*. Deben alegrarse los que buscan al Señor; deben, después de buscarlo, aclamarlo con alegría porque lo encontraron, y encontrándole, servirle con alegría. En suma, para buscarle, para hallarle y para servirle, recomienda el Espíritu Santo, por David, alegría, alegría y alegría
¿Motivos de esta alegría?

Servir con alegría

Los que lo buscan, porque tienen la dicha de buscarle. ¡Cuántos no le buscan! ¡Qué gracia es buscar a Dios!

Los que le encuentran, porque hallaron el tesoro. Mayor dicha aún.

Los que le sirven, porque consagraron su vida a lo más excelente, a lo más grande: servir a Dios.

Estas verdades debes enseñarlas con la palabra y con el ejemplo, explicándolo bien y practicándolo tal como lo explicas.

EL QUE ESTÁ TRISTE ES PORQUE QUIERE⁵

Cuando el Espíritu Santo nos enseña el remedio que hemos de utilizar para curarnos de alguna dolencia, el remedio es infalible. ¿Cuál nos da contra la tristeza, o para que la tristeza no se apodere de nosotros, o para hacer renacer en nosotros la alegría? Veámoslo siquiera en dos testimonios del mismo Espíritu Santo, uno del Antiguo Testamento y otro del Nuevo.

Dios fuente de alegría

En el Antiguo Testamento, David se expresa así: *Rehusó mi alma todo consuelo; acordéme de Dios, y me sentí bañado de gozo* (Sal 77,3-4). ¿Remedio? Rehusar todo consuelo humano y acordarse de Dios.

En el Nuevo dice el apóstol Santiago: *Si alguno está triste, acuda a la oración* (St 5,3). Es decir, déjese de reflexiones humanas, rehúse todo lo que no sea Dios, y hable con el Señor.

¿Facilidad para poner en práctica estos remedios? Completa. Están en nuestra mano;

luego si no conseguimos estar alegres, será por culpa nuestra. Hagámoslo así, y el resultado será infalible, como lo es la palabra del Espíritu Santo.

Estas verdades tan fundamentales, tan claras, tan precisas, deben ser nuestra guía, nuestra doctrina y nuestra norma.

El que está triste es porque quiere. No hay apelación después de meditar lo dicho. La tristeza no se cura hablando con las gentes, sino con Dios.

LA ALEGRÍA ES INSEPARABLE DE LA RECTITUD⁶

Dice el Apóstol: *Fructus autem spiritus est gaudium* (Gal 5,22). Luego cuando hay ese gozo, existe buen espíritu, ya que es fruto suyo la alegría. ¡Qué consuelo! Tener una señal tan clara de que hay buen espíritu.

Y san Buenaventura, añade: *La alegría espiritual es signo de que Dios mora en el alma.*

David decía en el salmo 97, versículo 11: *Amanecía la luz para el justo, y la alegría para los de recto corazón.*

Siempre la alegría inseparable de la rectitud, de la justicia, del buen espíritu, de la posesión de Dios. Y esto aunque abunden las penas y amarguras. ¡Qué más penas que los terribles tormentos de los mártires, y marchaban contentos y alegres para dar la vida por Cristo!

¹ *Correspondencia*, 14 abril 1925, AHIT.

² *Ibidem*, 16 abril 1925.

³ *Ibidem*, 17 abril 1925.

⁴ *Ibidem*, 19 abril 1925.

⁵ *Ibidem*, 21 abril 1925.

⁶ *Ibidem*, ¿22? abril 1925.

3. VENGAMOS A CUENTAS

TENGO MIEDO A QUE FALTE LA HUMILDAD¹

Tanto miedo tengo a que falte la humildad (...). Dios me conceda que [los miembros de la Obra] sean siempre muy humildes. Entonces sí que le darán gloria. Hoy, cuando meditaba delante del sagrario, se me ocurrió pensar en el cúmulo de gracias y bendiciones que habrá derramado Jesús desde la hostia en todos los sagrarios del mundo. Y en verdad, que nunca aparece Jesús más humillado que en la Eucaristía, pues si en la Encarnación se anonadó a sí mismo tomando la forma de siervo, en el sacramento del altar ni aun esa forma toma, sino la de un pedazo de pan. Parece que a más anonadamiento, mayor fecundidad.

Este ha de ser el secreto de vuestros éxitos, y si meditando seriamente os persuadierais de que toda vuestra grandeza, vuestra influencia, vuestro poder, vuestra gloria se ha de basar en la humildad, pondríais verdadero empeño en cultivar esta virtud.

Lo que no consiguió el talento, la autoridad, el poder, ni grandeza humana alguna, lo obtendrá la humildad. Si Jesús estuviera en el sagrario con toda la majestad de su gloria, ¿quién se le aproximaría? Pero humillado y anonadado, ¡cuántos vamos a Él!

LO ABSOLUTAMENTE PRECISO²

Unidos a la vid

Estad en Mí y Yo en vosotros. Como el sarmiento no puede de sí mismo llevar fruto, si no estuviere en la vid, así ni vosotros, si no estuviereis en Mí. Estad en Mí y Yo en vosotros (Jn 15,4).

Estad en Mí. Y esto os lo pide el mismo Jesús. Él os brinda el hospedaje, os llama, os invita, os apremia. No estéis –os dice– en el mundo, ni con el mundo, sino en Mí. Estar en Jesús. ¡Qué dicha tan incomparable! Y añade: *Y yo en vosotros.* El sí que cumple su promesa.

¡Si nos diéramos todos a Jesús en la medida que Él se da a nosotros! Pero, desgraciadamente, somos bien tacaños y mezquinos y a cambio de todo lo que Él nos da, todo de valor infinito, le concedemos algo y creemos que es una gran cosa lo que damos, y hasta pedimos seguidamente la recompensa. Hay que dar según se recibe. (...)

Como el sarmiento no puede de sí mismo llevar fruto alguno si no estuviera en la vid...

Cuando el sarmiento se desgaja de la vid, lo separan, lo cortan, en seguida se seca. Mientras estaba unido tenía verdor, frescura, fruto; era algo estimable porque recibía de la vid la savia, el fruto, la vida vegetal; pero después se marchita, se seca y sólo sirve

para las llamas. ¡Qué fundamental es esta enseñanza!

La razón del fruto

Así ni vosotros, si no estuviéseris en Mí. Hay que estar en Cristo, y cuanto más unido a la vid, mayor fruto da el sarmiento. Esta es la medida del fruto: la unión. No da más fruto la de más talento, ni la más simpática, ni la más prudente según el mundo, ni la más estudiosa, ni la más amable; lo da la que está más unida a Cristo; aquella que tiene una unión más perfecta, más completa, más perseverante. Son ideas tan fundamentales, que el Espíritu Santo, por san Juan, las repite varias veces en el mismo capítulo, como para significar cuánto debemos fijar en ellas nuestra atención.

Prosigue en el verso inmediato: *el que está en Mí y Yo en él, éste lleva mucho fruto; porque sin Mí no podéis hacer nada.* No dice: sin Mí haréis poco, haréis menos; dice que sin Él no podremos hacer nada.

Sin Él no se puede hacer nada, absolutamente nada y lo que se puede, por Él se puede y a Él hay que tributarle gloria y acción de gracias. Ahora bien, *el que está en Él, ése lleva mucho fruto.* No dice algún fruto, ni fruto solamente, sino mucho fruto. Claro está, si él está en Dios y Dios en él, Dios lo hace todo, la savia divina corre por ese sarmiento. ¡Y cómo se conocen estas cosas! ¡Cómo se notan los frutos de las personas que viven unidas a Dios, compenetradas, inundadas, poseídas del espíritu de Dios! Todo lo que dicen, lo que hacen, lo que enseñan, aunque sea lo mismo exteriormente que aquello que dicen, hacen y enseñan los demás, lleva todo una virtualidad –la savia de Dios– una modalidad, un *quid* inconfundible que edifica, atrae, eleva, perfecciona.

Los hombres de Dios y las mujeres de Dios son inconfundibles

Los hombres de Dios y las mujeres de Dios son inconfundibles. No se distinguen porque sean brillantes, ni porque deslumbren, ni por su fortaleza humana, sino por los frutos santos, por aquello que sentían los apóstoles en el camino de Emaús cuando iban en compañía de Cristo resucitado a quien no conocían, pero sentían los efectos de su presencia.

El espíritu de Dios es suave, de paz, de orden, y así son los frutos de los sarmientos que están unidos a la vid y de ella reciben el jugo celestial. Frutos muchas veces inapreciables exteriormente, frutos que determinadamente no se los propone el sujeto, pero que surgen merced a la gracia, valiéndose Dios como instrumento de un ejemplo, una palabra, una acción cualquiera de su apóstol, de la persona en la cual Dios habita.

Lo imprescindible, vivir unidos a Dios

Lo imprescindible, lo absolutamente preciso es vivir unido a Dios, ser de Dios. Si estudiásemos bien la historia del cristianismo comenzando por la vida de Cristo, veríamos las cosas de otra manera, no seríamos tan humanos ni pondríamos tanta esperanza en las causas humanas. ¿Cuándo se extiende el cristianismo? Cuando el único que lo predicaba

muere ignominiosamente, es decir, cuando humanamente debió extinguirse. ¿Cuándo se multiplican los cristianos? Cuando los emperadores los persiguen, martirizan y matan. ¿Quiénes enseñan o imponen las doctrinas más admirables y la moral más sublime? Unos hombres rudos sin prestigio ni autoridad.

NO BASTA CON NO VIVIR PARA SÍ³

No es suficiente *no vivir para sí*, hay que *vivir para Cristo*. Gran cuidado hemos de tener para no sufrir engaños, porque pudiera acontecer que juzgáramos que vivíamos para Cristo cuando vivimos para nosotros, dándonos gusto, siguiendo nuestras inclinaciones y separándonos de nuestra ley.

El que vive para aquel que murió por todos, vive para todos, porque en todos ve la imagen de Cristo. El que no vive para sí, no tiene en cuenta nada humano. Almas y sólo almas, sin mirar pobreza ni riqueza, ni sabiduría ni ignorancia, es la vocación del apóstol. Debemos trabajar para que nuestro celo sea tan intenso como ecuánime, tan ecuánime como intenso. Sembremos con nuestro ejemplo, reflejemos en nuestra vida las enseñanzas expuestas, y dejemos a Dios nuestro Señor lo demás. Este procedimiento está libre de alzas y bajas, de exaltaciones y depresiones y es compañero de una paz inalterable en medio de los triunfos y de los fracasos.

LAS DEFICIENCIAS QUE SE NOTAN⁴

Pensando en voz alta

¿Es cierto que hay un teresianismo definido y precioso, una doctrina y una práctica que ofrecen su modalidad especial, dentro del género de obras de apostolado de la enseñanza? Sí, es cierto.

¿Es cierto que esa doctrina está suficientemente desarrollada y explicada en muchos escritos? Sí, es cierto.

¿Es cierto que existieron y existen quienes personificaron, por decirlo así, la doctrina dicha, viviéndola y dando ejemplo de su virtualidad? Sí, es cierto.

¿Es un hecho que [los miembros de la Obra) son excelentes personas, piadosas y cultas? Lo es.

¿Es un hecho que se distinguen por cierto *quid* espiritual, por su ilustración, celo, etc.? Lo es.

¿Creo yo que, en general, ni las casas, ni las personas de la Institución encarnan con perfección el ideal de la Obra, tal y como yo la pensé y describí? Lo creo.

¿Creo yo que, progresando en todos los sentidos la Institución y las personas, no se dibuja ni en una ni en otras, cada vez con más claridad y perfección, como era de esperar, el ideal teresiano? Lo creo.

¿Cómo explicar las contradicciones?

¿Cómo explicar tanta contradicción?

¿Podrá ser que los escritos donde se explica y comenta el pensamiento teresiano, no sean claros, precisos e inteligibles?

¿Podrá ser que la pereza o la falta de tiempo, el exceso de trabajo, la diversidad de ocupaciones sean causas de las deficiencias que se notan?

¿Podrá suceder que no se tenga el interés necesario para conocer el espíritu de la Obra, que no se lea, no se pregunte, no se inquiere lo debido?

¿Podrá suceder que la formación sea sólida, pero tan distinta la modalidad y ésta tan incorporada a la persona, que no resulte fácil adquirir otra diferente?

¿HAY ALGO QUE CORREGIR?⁵

Repaso a las virtudes

Veamos (...) si apenas se ve la humildad de corazón, la verdadera humildad, virtud fundamental siempre y esencial en la vida de [los miembros de la Institución] aunque existan algunas manifestaciones externas de dicha virtud.

Si la alegría no es como debe ser; si le falta tonalidad espiritual.

Si el celo es según el gusto de cada una, no siguiendo la gradación espiritual necesaria.

Si la caridad fraterna es muy humana (...)

Si no se tiene como obligación sacratísima el estudio, ni se preparan con esmero las clases.

Si la sinceridad, el espíritu de verdad, la sencillez, la respetuosa y franca cordialidad, el ambiente de familia cristiana se ha resentido (...)

Si no se tiene idea cabal de la justicia y no se distingue bien lo que es de caridad y lo que es de supererogación, de lo que es de justicia.

Si siendo la prudencia casi tan necesaria como la humildad (...) se nota la ausencia de esta virtud en muchos casos, con perjuicio positivo para la Obra.

Si a poco que se observe se nota (...) la ausencia de la virtud eminentemente teresiana de la fortaleza.

¿LA OBRA, O VUESTRA OBRA?⁶

Temed mucho no sea que hagáis vuestra obra y no la *Obra de Dios*.

VENGAMOS A CUENTAS: ¿QUÉ HACEIS?⁷

¿Y la audacia?

No entendamos cosa en que se sirve más al Señor, que no presumamos salir con ella, con su favor (Camino de perfección 16,11).

Este es el programa que demandan los tiempos presentes y las necesidades de la sociedad actual.

Pero vengamos a cuentas. ¿Cómo se cumple ese programa? Porque, en verdad, que si entendiéis bien las cosas en que podéis servir más al Señor y no intentáis salir con ellas, no lo cumplís. Y si presumís salir con ellas, pero confiando en vuestras fuerzas y no poniendo toda vuestra confianza en el favor de Dios, tampoco lo cumplís.

Nada comparado con lo que el mundo necesita

Añade la Santa: *esta presunción –la que se funda en Dios– querría yo ver en esta casa, que hace siempre crecer la humildad; tener una santa osadía, que Dios ayuda a los fuertes y no es aceptador de personas.*

Por si se os ocurriera pensar que hacéis mucho, ya porque vuestro amor propio os engañe, ya porque seáis tan poco generosos que se os figure mucho lo poco que hacéis, ya porque deis oídos a las gentes que siempre se inclinan a ponderar lo poco que por Dios se hace, apuntaré algunas palabras más de santa Teresa, que dice así: *¿Pues qué es esto que hacemos por Vos, Señor, hacedor nuestro? ¿Qué es esto que hacéis? Pues nada, comparado con lo que Dios os pide, con lo que Dios merece, con lo que el mundo necesita.*

NO HAGAMOS UNA RELIGIÓN A NUESTRO MODO⁸

Considero como un síntoma de orgullo oculto la falta de temor. O somos tan santos que vivimos confirmados en la gracia, seguros de la gloria, o tan ignorantes que no nos damos cuenta de lo que debemos ser y de lo que somos, o tan despreocupados que no nos damos cuenta de nuestra situación, o tan duros que nada nos impresiona, o tan alejados de Dios que no echamos de menos la piedad que nos falta. Comparemos nuestra vida con la de los santos. Mortificaciones, tristezas, angustias, preocupaciones, descontento de sí mismos, temores; y eso en medio de una vida ejemplarísima y adornados de todas las virtudes.

¿Un camino sólo para nosotros?

Pensar que hay un camino para los santos de otros siglos y otro para nosotros, pensar que los santos debieron santificarse así y que nosotros para santificarnos no necesitamos tanto, es una ilusión que no creo sea de buen espíritu. El camino es la cruz, el calvario, el sacrificio. El camino que siguió Cristo. Pensar que somos una raza privilegiada a quienes nuestro Señor va a llevar al cielo de un vuelo, sin negarnos a nosotros mismos, sin tomar la cruz y seguir a Cristo, es negar la palabra infalible de Dios y hacer una religión a nuestro modo, en la que se compaginan por arte misterioso que no existe más que en nuestra cabeza, la vanidad, el amor propio, la comodidad, los gustos humanos, con el fervor, el amor de Dios y la vida sobrenatural.

EXAMEN SOBRE EL ESTUDIO⁹

Estudiar, aprender, enseñar

Debería ser innecesario el examen acerca del estudio y de la cultura en una Institución cuya principal arma para ejercer su apostolado es la ciencia.

Sociedades de mujeres hay muchas gracias a Dios, que se santifican orando, rezando visitando enfermos, cuidándolos; amparando niños, recogiendo jóvenes y ejerciendo de diversas maneras la caridad. Los medios para sus respectivos apostolados son muy distintos, y si ellas, después de profesar uno determinado, emplearan otro que no fuera aquél, con detrimento de su vocación y de su obra, harían mal y causarían daño.

Después de la oración no hay nada más claro, ni más repetido en la Institución, ni más recomendado que el estudio pero habrá necesidad de esculpir en un mármol para colocarlo en cada casa un rótulo que diga: «[Los miembros de la Obra] se han de santificar estudiando, aprendiendo y enseñando».

Nadie se considere relevado

Hay quienes se consideran relevadas de esta obligación porque se creen tan poco aptas para el estudio, que juzgan de ningún provecho su trabajo en este orden. No lo están bajo ningún aspecto.

Si es sincera la que así piensa, tenga presente que no se le pide más de lo que puede, ni se le exige lo que está sobre su voluntad. Si no es sincera, sino que quiere engañarse y engañar para librarse de un trabajo, falta a su deber.

Si es tan soberbia que porque no puede llegar donde llegan otras, quiere dejar de cumplir su deber, falta doblemente.

Cada una tiene su capacidad; no hay sociedad donde todos los miembros sean igualmente aptos, pero todos son aprovechables.

Recúrrase a los mejores maestros

Recúrrase a los mejores maestros para aprender lo más que se pueda, lo mejor que se pueda y en el menor tiempo posible a fin de que (...) se capaciten debidamente para la labor que les está confiada.

No puedo creer que entendiendo [los miembros de la Obra] lo que va para la gloria de Dios en todo lo dicho dejaran de ser estudiosos y cultos.

Insístase mucho en que estos medios son los necesarios para cumplir los fines de la Institución, y que a ellos ha de vincular nuestro Señor gracias para la propia y ajena santificación.

NUNCA DIGÁIS NO MÁS CIENCIA¹⁰

No os canséis nunca

Ciencia. En nuestro programa, después de la fe, mejor dicho con la fe, ponemos la ciencia. Somos hijos del Dios de las Ciencias, de quien dice la Sagrada Escritura, *Deus scientiarum Dominus est*. El autor de la fe y de la ciencia es uno mismo, Dios, y el sujeto de la fe y de la ciencia la criatura humana. Así como os decía el otro día que seáis mujeres de mucha fe, de fe viva, de fe sentida, y que nunca digáis, no más fe, así os digo hoy, desear la ciencia, buscar la ciencia, adquirir la ciencia, trabajar para conseguirla y no os canséis nunca, ni digáis jamás: No más ciencia. La mucha ciencia lleva a Dios, la poca nos separa de Él, dijo un sabio.

Desterrad los tópicos

En fuerza de oír mentiras, y por vivir en esta época de confusión de ideas y de falsedades de todo género, pasamos sin protesta el que se ataque a nuestras creencias y se argumente contra nuestra fe en nombre de la ciencia, y se presente a la Iglesia, a nuestra madre amadísima la esposa de Jesucristo, como enemiga de la ciencia, y que se establezca un dualismo dentro de la misma personalidad (cosas del modernismo) la personalidad religiosa y la personalidad científica, y hasta se pretende que las mujeres no profundicen en la ciencia para no quitarles la piedad. Todo esto es absurdo, herético, falso de toda falsedad, gratuita impostura de los que tienen miedo a la ciencia verdadera y explotan la falsa ciencia para seducir incautos.

Convencidas vosotras de la falsedad de estos tópicos demasiado vulgares y desacreditados, debéis profesar como uno de los puntos principales de vuestro programa el amor a la ciencia, la necesidad de la ciencia para ser mañana útiles a la sociedad en el ejercicio de vuestras carreras.

NO RESPONDEMOS A LO QUE SOMOS¹¹

Preparación para la Universidad

No respondemos a lo que somos, a lo que debemos, a lo que se nos pide. Para que Dios nos otorgue especiales auxilios como los necesitamos, hemos de poner de nuestra parte. Hay que estudiar más, con mejor orientación, con más consejo. No ceso de hablar del estudio, escribí muchas veces, hablé, di normas (...) Deben ir bien preparadas a la Universidad.

¿Y EL TRABAJO?¹²

Trabajo oculto y difícil

Se trabaja por Dios, cuando nada importa que los demás vean, estimen y agradezcan el trabajo. Cuando procuramos ocultarnos y no aparecer en él. Cuando todos los trabajos nos son igualmente gratos.

Cuando, habiendo de elegir, escogemos los más ocultos y difíciles. Cuando jamás

hablamos de nuestro esfuerzo. Cuando sentimos que los demás nos elogian por nuestros trabajos. Cuando pensamos mucho en Dios, purificamos la intención, y a Dios sólo consagramos nuestros esfuerzos.

LAS RESPONSABILIDADES QUE SE OS EXIGEN¹³

Todos responsables

A vosotras no se os exigen las responsabilidades como a los políticos en el parlamento, pero sí se os pedirán ante el tribunal de Dios.

Nos quejamos de falta de personal y de falta de formación del personal. Veamos si en ambas cosas somos culpables.

Quién será responsable de la falta de personal y de la formación del que existe.

Quién será responsable de que no se puedan hacer nuevas fundaciones que piden y que se niegan por falta de personal formado.

Quién será responsable de la amargura que produce negar fundaciones, como actualmente sucede, en este mismo año, en el que hemos tenido que diferir unas y negar otras.

¿HAY VERDADERO ESPÍRITU?¹⁴

Conservar el espíritu

El espíritu es algo inconfundible. No es el talento, ni la ciencia, ni la cultura. El espíritu no es la sensiblería: es algo recio, fuerte, vivificador.

Las obras mueren por falta de espíritu. El primitivo hay que conservarlo. Por vosotras ha de juzgarse el espíritu de la Obra.

El espíritu no es gazmoñería, ni hipocresía, ni buenas formas. Es la participación de Dios: es el resultante de la infusión de la gracia.

¿Cuándo hay espíritu?; cuando hay celo por la salvación de las almas; (...) cuando el Sagrario no está solo; cuando reina la paz en la comunidad; cuando no hay atropellos; cuando hay sinceridad; cuando cada uno está en su lugar; cuando se olvida uno de sí mismo; cuando los sacrificios son agradables; cuando hay afán por conocer y amar a nuestro Señor; cuando hay afán de perfección; cuando se goza en ver santos a los demás; cuando hay mansedumbre; cuando edificamos con el buen ejemplo; cuando se ama la cruz; cuando los trabajos y las penas se llevan con alegría; cuando hay pureza de intención.

¿HAY HUMILDAD?¹⁵

La humildad es medio para conservar la paz y sin ella nunca la tendremos.

Si no os hicieréis como niños no podréis entrar en el cielo.

Tristeza y melancolía que no es enfermedad sino atracón de soberbia. Si hay paz en la tierra el humilde de corazón la posee.

La humildad suple lo que nos falta de virtud y perfección.

Lo que os falta de buena conciencia, suplido de vergüenza; lo que os falta de fervor y de perfección suplido de confusión (San Bernardo).

No se pide grandes cosas: solamente ser humildes. Dios resiste a los soberbios: a los humildes da su gracia.

Vosotros mismos os inclináis hacia los humildes y os dan en rostro los soberbios. ¿Qué será a Dios?

NO ESTOY SATISFECHO DE LA HUMILDAD¹⁶

¿Estamos satisfechos de la práctica de esta virtud? No, en absoluto. En la Institución no hay tanta humildad como se necesita, y yo no estoy satisfecho, y yo temo que siguiendo por el camino que vamos, la Institución no llegue nunca a ser lo que debe ser. La humildad de la Institución es vulgar, no es extraordinaria, y el fin de la Institución reclama una humildad extraordinaria.

¿POR QUÉ SOY TAN AMIGO DE LA HUMILDAD?¹⁷

¿Por qué soy tan amigo de la humildad? Desde el principio fue obsesión. La humildad debe desarmar el brazo de la justicia de nuestro Señor a juzgar por lo que ocurre a nosotros (...)

¿Que qué es? Que es el fundamento de todas las virtudes: que es necesaria a los que se ocupan en obras de apostolado: que es lo que más atrae y edifica, etc., etc. No sé.

En la Obra es necesaria. Mujeres y mujeres medio ilustradas, maestras, profesoras, rodeadas de adulaciones fáciles para oír: formando una sociedad culta, dando conferencias, escribiendo, etc., etc.

La Obra no podrá ser lo que debe ser sin almas humildes.

AMIGOS FUERTES DE DIOS¹⁸

Piedad sólida es lo que se necesita. Ella no se confunde con nada. Conceptos claros, principios seguros, voluntad recia, carácter, en suma.

«En estos tiempos son menester amigos fuertes de Dios para sustentar los flacos» (Santa Teresa de Jesús: *Vida*, 15,5).

Dichosas vidas las que se acabasen en defensa de la santa Iglesia.

¹ *Tanto miedo tengo a que falte la humildad* [¿8 febrero?] 1924, AHIT.

² *Correspondencia*, 22 abril 1925, AHIT.

³ *Correspondencia*, marzo 1928, AHIT.

⁴ *¿Es cierto?*, agosto 1928, AHIT.

- ⁵ *Demos una vuelta*, agosto 1928, AHIT.
- ⁶ *Temed mucho*, octubre 1928, AHIT.
- ⁷ *Correspondencia*, abril 1929, AHIT.
- ⁸ *Considero como un síntoma*, diciembre 1929, AHIT.
- ⁹ *Debería ser innecesario*, 17 agosto 1930, AHIT.
- ¹⁰ *Ciencia (¿1930?)*, AHIT.
- ¹¹ *Nota sobre estudios*, 1 noviembre 1930, AHIT.
- ¹² *Se trabaja por Dios* [1926], AHIT.
- ¹³ *A vosotras no se os exigen*, agosto 1930, AHIT.
- ¹⁴ *Guión para una conferencia*, 1929, AHIT.
- ¹⁵ *Ibidem*.
- ¹⁶ *Puntos de examen*, agosto 1928, AHIT.
- ¹⁷ *Guión para una conferencia*, 1929, AHIT.
- ¹⁸ *Ibidem*.

VI. NUNCA COMO AHORA 1931-1936

«Nunca como ahora debemos estudiar la vida de los primeros cristianos. ¡Cómo obedecían a la Iglesia, cómo confesaban a Jesucristo, cómo se preparaban para el martirio , cómo oraban por sus perseguidores, cómo perdonaban, cómo amaban, cómo bendecían al Señor; cómo alentaban a sus hermanos!» (Pedro Poveda, 1936).

Aunque matizados por el momento especial que se está viviendo en España, los textos de este capítulo forman con los anteriores un continuo sin quiebra. Las ideas de los años pasados están aquí más vivas que nunca, pero las mismas. El período de 1924 a 1930 fue de reafirmación y de autoanálisis, como ya dijimos. El de ahora no lo es menos. La atmósfera de conflictividad pone nuevo acento en el apremio de Poveda «es la hora suprema –escribe– y en ella estamos obligados al supremo esfuerzo»¹. Pero en el fondo, lo sustancial de su pensamiento no cambia. El texto sobre los primeros cristianos con que abrimos el capítulo, es intercambiable con cualquiera de los citados anteriormente. «Nunca como ahora debemos estudiar la vida de los primeros cristianos...».

Hay, eso sí, una frase propia del ahora específico, que impresiona por lo profética: «¡Cómo se preparaban para el martirio!». Ya en 1933 se preguntaba:

«Hace treinta y seis años que recibí la ordenación de presbítero. ¿Cuántos más viviré? Sólo Dios lo sabe. A Él pido la gracia de no dejar de celebrar con fervor ni un solo día la Santa Misa»².

Por lo demás, ser Iglesia, perdonar, alentar, orar por los perseguidores, han sido los temas por antonomasia de Poveda, los de toda su vida.

De toda la vida son también sus ideas sobre la identidad de la Obra: «El primer pensamiento y el pensamiento único y el que queda y el que ha de ser hasta el fin (...). Prototipo: los primeros cristianos».

Las notas esenciales de la misión: «Para mí está fuera de toda duda que el espíritu es lo primero en nuestra Obra (...). Pero con el espíritu pongo yo la ciencia y considero que espíritu y ciencia es la forma sustancial de la Institución». Lo mismo en relación con las «armas» con que se ha de ejercer la misión, o la fisonomía y espíritu de los miembros. Todo idéntico, pero además reforzado:

«Siguiendo la voz de mi conciencia, y la opinión de personas respetables, nunca habría pensado en introducir modificaciones en la organización de la Obra, pero ahora os digo que jamás deberéis modificarla, y que mientras Dios me dé vida y ascendiente sobre vosotras, no consentiré que se modifique. La situación, no sólo de España sino de Europa, nos asegura en los propósitos expuestos, y nos avisa de la necesidad de consolidar más nuestra Obra»³.

Dejemos, pues, para más adelante, concluye, todo lo que no es absolutamente necesario, y concentremos nuestras energías en lo necesario⁴.

Que el momento era excepcional y que Poveda lo veía así, no ofrece duda, pero esto es precisamente lo que le confirma en la singularidad y en la flexibilidad de la Obra. «Lo nuestro está hecho para tiempos de persecución, y ese tiempo comenzó, lo vivimos...»⁵.

La Obra prosigue fuera de España su ritmo de vida y su trabajo evangelizador, que Poveda se esmera en recapitular⁶: Las nuevas actividades en América, las iniciadas en Italia, continúan de momento su curso de paz, que enseguida se verá alterado por la conmoción mundial de 1939. Mientras, la respuesta de Poveda a las circunstancias de España densifica sus actitudes. Fidelidad siempre. Sacrificio hasta dar la vida. Mansedumbre en todo. Los textos que testimonian estas actitudes se multiplican. Escojamos alguno:

«Nuestros propósitos. No pensar ni hablar más que de la gloria de Dios. No descuidar ni aflojar en su servicio»⁷.

Y porque los tiempos lo pueden exigir: «Si hay que morir se muere».

Su decisión de mansedumbre, y de no violencia, es conocida. Para él no hay otro camino: «La mansedumbre, la afabilidad, la dulzura, son las virtudes que conquistan el mundo».

Pero todo esto no quiere decir pasividad. Es importante subrayarlo. Esperar ciegamente de los acontecimientos o de los demás, lo que cada uno o todos pueden hacer ante el curso torcido de las cosas, no es propio de Pedro Poveda. No estuvo de acuerdo con quienes sin hacer nada, o haciendo menos, lo esperaban todo de «un golpe de Estado, de la hecatombe, o del milagro».

Muy lejos de la pasividad están sus normas para responder al «momento histórico» cuando redacta en 1932, «un programa máximo y un programa mínimo» para remediar las necesidades más urgentes. Lejos de toda pasividad su toque a los miembros jóvenes de la Obra:

«¿Quiénes hicieron esta Obra tan grande ¿Quiénes vencieron las dificultades magnas de esta magna empresa? ¿Quiénes propagaron la Obra? ¿Quiénes hicieron todo? Los jóvenes (...) ¡Oh juventud, arma poderosa, brazo casi omnipotente, fuerza del mundo!

El último mensaje de Poveda a los cristianos del siglo XX, no está en los contenidos de su respuesta específica a aquel momento histórico que fue el suyo. Está en sus

actitudes, que trascienden lo histórico, y que rezuman Evangelio desde el principio al fin. Está, en que en aquellos años «de frialdad y de miedo», tuvo el coraje de valorar «la gracia de creer y la de sufrir».

¹ *Correspondencia*, 29 y 30 septiembre 1931, AHIT.

² *Diario*, 17 abril 1933, AHIT.

³ *Si hubiera tenido*, julio-agosto 1934, AHIT.

⁴ *Ibidem*.

⁵ *El primer pensamiento*, 1934. Sobre las actitudes de Pedro Poveda en relación a los problemas de la enseñanza que se estaban viviendo en la España republicana, véase nuestro trabajo; *Pedro Poveda, educador de educadores*, Narcea, Madrid, 1993, capítulos IX y X.

⁶ *Correspondencia*, 23 noviembre 1934.

⁷ *La Institución Teresiana desde*, abril 1931, AHIT.

1. LA MISIÓN EN LOS TIEMPOS PRESENTES

LA GRAN EMPRESA EN LA QUE TRABAJAMOS¹

(...) Veo, cada día con más claridad, la gran empresa en que trabajamos, su origen, su necesidad, su desarrollo, las bendiciones recibidas, los frutos obtenidos, y hasta lo que Dios pide de nosotros, para que, como instrumentos suyos, ejecutemos el magno plan de su providencia. Más, al propio tiempo, veo, con no menos claridad, no solamente mis torpezas y equivocaciones, sino mi insuficiencia. Pero como Dios conoce lo que por mí pasa, no ha permitido que sienta desaliento alguno, sino deseos, cada día mayores, de cumplir su divina voluntad, cueste lo que costare y, puesto en sus divinas manos, aquí estoy para consagrar toda mi vida al servicio de la Obra, en la forma y modo que plazca a nuestro Señor.

Y añadiré que [mis propósitos] han sido solamente dos: el primero, despojarme cada día más de todo lo que sea humano y vivir sobrenaturalmente en todo momento; y el segundo, orar sin cesar, haciendo de la oración el elemento necesario de mi vida.

ESPÍRITU Y CIENCIA FORMA SUSTANCIAL DE LA INSTITUCIÓN²

Para mí está fuera de toda duda que el espíritu es lo primero en nuestra Obra y no sólo lo primero, sino lo esencial, aquello por lo que la Obra ha de vivir, ha de tener existencia y ha de ser obra de apostolado. Pero con el espíritu pongo yo la ciencia y considero que espíritu y ciencia es la forma sustancial de la Institución, es decir, aquello por lo que es lo que es y no otra cosa diferente, mejor o peor.

Considero como un desacierto todo lo que vaya contra este desposorio de virtud y ciencia, y todo el que así no lo entienda, no entiende lo que es la Obra. (...) Ambas cosas, virtud y ciencia, han de ser sólidas y robustas.

Temo mucho que después de tanto encarecer este pensamiento, fundamental, después de haber escrito tanto acerca de esto, y después de haberlo repetido de palabra en tantas ocasiones, no sea éste *un dogma* para vosotros, y penséis que se puede hacer la Obra, y hasta, quién sabe si alguien piensa que se debe hacer, sin tanta ciencia.

Es necesidad de los tiempos

Es necesidad de los tiempos y si habéis venido a la Iglesia para defender sus sagrados fueros hay que tomar las armas de la cultura y acudir allí donde nos emplazan para luchar y vencer en nombre de la fe, con las armas de la ciencia (...) No perseguís otro [fin] que el llevar a Cristo la juventud estudiosa, pero vuestro instrumento es la ciencia, y como, además, Dios nuestro Señor así lo quiere, Él hará que fructifiquen vuestros

esfuerzos, pero cuando empleéis el medio que profesáis y al que os habéis consagrado. Tengo para mí, que si la Institución no va por estos derroteros, si se apaga en ella la luz de la ciencia, podrá ser otra cosa, otra asociación buena y útil, pero no llegará donde llegaría siendo fiel al ideal que presidió su fundación. ¡Y si hubiera otra Obra que pudiera reemplazarla! Pero de momento yo no la veo. Puede nuestro Señor inspirarla y realizarla, pero ¿no será la voluntad de Dios que sea la nuestra y no otra la que realice este apostolado? Lo que más me preocupa es que no termino de convencerme de que estéis persuadidos de cuanto os digo acerca de esto, pues si yo tuviera el convencimiento de que pensabais y sentíais como yo en este punto, tengo tal concepto de vosotros que no dudaría de que ni los mayores sacrificios serían bastante para haceros retroceder en el camino de la cultura.

NO QUEREMOS OTRAS ARMAS³

Los brazos de la Cruz

Mihi absit gloriari (Gal 6,14). *Accipe igitur armaturam Dei* (Ef 6,13).

No queremos otras armas, ni las empleamos, ni debemos a otras nuestros triunfos, grandes o pequeños.

Nuestro programa está dentro de la cruz; por esto van todas las inscripciones dentro de ella.

Es nuestra esperanza. *Spes unica*.

Es nuestra ciencia... «Sólo sé a Jesucristo y éste crucificado» (...)

Como los primeros cristianos

Cor unum, anima una (Hech 4,3). Un solo corazón, una sola alma, una sola fe, un solo bautismo. Pero esta unidad la queremos dentro de la cruz, o sea, dentro de lo sobrenatural, no humanamente (...) como lo era la de los primeros cristianos, de quienes se dice que tenían un solo corazón y una sola alma. Nada importa que los miembros sean de distintos climas, regiones, caracteres y lenguas. Puede conservar cada uno su fisonomía.

Con el espíritu de Teresa de Jesús

Pati aut mori. En esta frase culmina la doctrina de santa Teresa. Grandeza de Teresa de Jesús. Honra para la Institución.

Verdadero aspecto de la Santa. Su temple de alma, su ciencia divina, las fuentes de su sabiduría. El triunfo de sí misma. Sus consejeros. Su deseo de aprender la ciencia de Dios.

CUMPLIR LA MISIÓN HASTA PERDER LA VIDA⁴

Si ahora no pedimos el reinado de Jesucristo, ¿cuándo lo hemos de pedir? Ahora que se concitan todas las potestades del averno contra el reinado de Jesucristo; que suena el eco de aquella frase que se lee en el santo Evangelio: *no queremos que reine sobre nosotros* (Lc 19,14); que las potestades de la tierra, en expresión del santo rey David, se conjuran *contra Dios y contra su Cristo* (Sal 2,2); que se pretende eliminar a Jesucristo del Estado, de las leyes, de la sociedad, de la familia y de la escuela, poniendo el mayor empeño en que se borren de la mente y del corazón de los hombres las ideas y sentimientos cristianos.

Ahora como nunca

Ahora como nunca hemos de reconocer, confesar, defender y propagar el reinado de Cristo, y suplicar noche y día, y trabajar sin descanso para restablecer ese reinado, comenzando, claro está, por la oración, y acompañándola del sacrificio, para llegar hasta perder la vida en tan noble demanda.

La incomparable excelencia de la causa que propugnamos y el inmenso bien que con ello podemos proporcionar al mundo, aparte la obligación que nos urge y el premio que nos espera, son motivos suficientísimos para dar aliento a nuestra flaqueza y estabilidad a nuestros propósitos.

Confío en el Señor que hemos de ser verdaderos apóstoles, y espero que podamos decir a Jesús: «Señor, ni un solo momento hemos dejado de trabajar por tu nombre y para tu gloria».

DIOS Y EL BIEN DE LA SOCIEDAD APREMIAN⁵

Los destinos de la mujer

No es fácil medir ni apreciar la trascendencia de la labor que habéis de hacer porque los destinos de la mujer culta y su influencia en la sociedad moderna son ahora mismo algo tan grande como impreciso. El mundo intelectual es el mundo del porvenir (...) ¡Cuánto hizo la Institución Teresiana en este campo y cuánto evitó e impidió! No somos nosotros quienes debemos decirlo, pero sí debemos reconocer la asistencia de Dios a quien debemos todo lo que constituye nuestro haber.

Tremenda responsabilidad la nuestra ante Dios, ante la Iglesia y ante la sociedad, si en el momento preciso en que la gloria de Dios y el honor de la Iglesia y el bien de la sociedad nos acucian, desmintiéramos con nuestra falta de sacrificio la historia de nuestro apostolado.

Si cuando no éramos casi nada acometíamos una empresa tan difícil como nueva, que humanamente podría haberse llamado temeraria, si en Dios no se hubiera fundado y para su gloria no se hubiera acometido, cuán grande no sería nuestra culpa y qué tamaña ingratitud la nuestra, si en la hora presente, contando con personal, con medios, con experiencia y hasta con fama, desertáramos de nuestro puesto y defraudáramos

esperanzas.

La hora suprema obliga al supremo esfuerzo

Es la hora suprema y en ella estamos obligados al supremo esfuerzo, el cual no por ser nuestro, sino por fundarse en Dios, será fecundo y decisivo.

Hay que olvidarse de sí mismo para no pensar sino en los sacratísimos intereses que representamos y defendemos; hay que poner toda la confianza en las luces y auxilios divinos, pero hay que pensar, proyectar, trabajar, velar, sufrir, inmolarse como si todo el éxito de nuestra empresa dependiera del esfuerzo que en ella ponemos.

Hay que dar y no pedir, hay que hacerse todo para todos a fin de ganarlos para Cristo; (...) hay que tener el don de la oportunidad siempre y no ha de haber inconstancias, ni retrocesos; hay que ser ecuanimes y perseverantes contra toda alteración interna y externa, propia y ajena; hay que ser justos con misericordia, amables sin empalagos, finos, atentos y corteses sin ridiculez, ni fingimiento, ni pedantería; hay que hablar a tiempo y callar con oportunidad; hay que poner el corazón en lo espiritual, pero sin dejar de poner la mano en lo material; hay que enseñar obrando y sufriendo.

PROTOTIPO, LOS PRIMEROS CRISTIANOS⁶

El primer pensamiento, y el pensamiento único, y el que queda, y el que ha de ser hasta el fin: la máxima perfección en las personas y en la Asociación, pero sin nada externo que dé motivo a confundir la Obra con una congregación religiosa. Prototipo: los primeros cristianos. Tan santos como ellos, tan abnegados, tan desasidos de todo lo terreno, tan celosos por la gloria de Dios, tan proselitistas, tan de la Iglesia (...)

Lo nuestro es algo hecho para tiempo de persecución, y ese tiempo comenzó, lo vivimos, y no sabemos cuándo terminará. Son muchas las Instituciones estructuradas para tiempos de paz; bueno es que exista una apropiada a los tiempos de lucha (...)

La Obra ha de ser ahora y siempre tal y como se pensó en un principio. Quitemos todo lo que ha podido alterarla y demos consistencia al primer pensamiento. Santidad más que nunca: virtudes sólidas a costa de la vida; pero nada que obstaculice la marcha de la Obra, la vida de la Institución.

CONSOLIDAR NUESTRA OBRA⁷

Siguiendo la voz de mi conciencia y la opinión de personas respetables, nunca habría pensado en introducir modificaciones en la organización de la Obra, pero ahora os digo que jamás deberéis modificarla y que mientras Dios me dé vida y ascendiente sobre vosotros no consentiré que se modifique.

La situación, no sólo de España, sino de Europa, nos asegura en los propósitos expuestos y nos avisa de la necesidad de consolidar más nuestra Obra.

Para conseguirlo, hemos de hacer un trabajo serio, a fin de separar lo esencial de lo

accidental, y después de determinar lo que es esencia y lo que es accidente, proceder de lleno a nuestro trabajo.

Dejemos para más adelante todo lo que, siendo bueno y útil, no es absolutamente preciso y concentremos nuestras energías en lo que es necesario.

Serenidad en la actuación

Ni pesimismo enervante, ni optimismo exaltado; ni alardes imprudentes, ni cobardías vergonzosas; ni abundar en lo superfluo, ni faltar en lo necesario; ni desconocer los peligros, ni exagerar las dificultades.

Hay que dar a la instrucción religiosa la mayor importancia. Es de justicia y de necesidad. Siempre debió ser así; ahora no puede dejar de ser así. Para todos debe serlo, para [los miembros de la Obra] es imprescindible.

Para actuar en los momentos presentes y quizá en los futuros, hay que ser sólidamente piadosos y evitar todo lo que, sin gravar nuestra conciencia, puede ser obstáculo a nuestra labor.

La prudencia debería ser la virtud mejor conocida y practicada, porque si fue siempre necesaria, ahora es imprescindible para el ejercicio de vuestro apostolado.

Orar y confiar en Dios

Confesemos humildemente que no somos más en todos los órdenes, porque no oramos como debemos y lo que debemos. Para mí esto es un axioma. Consecuencia: orar con fe viva, con absoluta confianza y perseverar en la oración siempre.

A vista de los acontecimientos humanamente inexplicables ¿seremos tan ciegos que pongamos nuestra confianza en nada humano?

Vivamos con la preparación necesaria a los que han de vivir en tierra de misiones. Si no hemos de actuar como tales, habremos ganado y si tenemos que actuar, no nos habremos encontrado con la sorpresa.

Lo mismo hemos de hacer en lo que se refiere a la Obra, sin retroceder en el camino de las precauciones, las cuales, si no llegan a ser necesarias, nunca podrán ser perjudiciales. (...)

SIN MIEDOS INFUNDADOS⁸

Creemos que las vocaciones son de Dios y por esto lo primero y seguro es pedir a nuestro Señor.

No tengamos miedos infundados, porque suscitar una vocación es algo mejor; y si hacer bien a un alma es bueno, hacerla apóstol será mejor.

No hemos de ser nosotros los que decidamos. *Ni el que planta ni el que riega, sino el que da el incremento* (1Cor 3,7).

COOPERACIÓN CON LA IGLESIA⁹

La Iglesia necesita de vuestra cooperación, ha dicho un venerable prelado como obispo de esa misma santa Iglesia. ¿Medís y pesáis toda la transcendencia de esta frase? Después de meditarla, tengo la seguridad de que no necesito encareceros la urgencia del remedio. Hasta hoy, ¿qué sacrificios hicisteis, cómo habéis pedido al Padre celestial que envíe operarios, qué labor fue la vuestra, qué medios pusisteis en práctica? ¿Acaso la vocación de cada una de vosotras no costó oraciones y sacrificios? Y que hay maestras capaces de ser lo que vosotras sois, no puede dudarse y que muchas no son lo que vosotras sois porque no conocen la Obra, es igualmente cierto.

Cuando los apóstoles echaban la red por propia iniciativa no conseguían nada, pero cuando la echaron en nombre del Maestro, ya recordaréis qué abundante fue la pesca. Pues haced vuestra labor en nombre de Jesucristo, por Él y para su gloria y obtendréis los mismos resultados.

LA MANSEDUMBRE MANDATO TERMINANTE¹⁰

Aprended de Mí que soy manso... (Mt 11,29). Dice el gran Padre san Agustín que nuestro Señor nunca nos dijo que aprendiéramos de Él a crear mundos, ni a hacer milagros, sino que su mandato terminante y taxativo había sido éste: *Aprended de Mí a ser mansos*.

Bendita mansedumbre, bendita virtud invencible, como dice san Juan Crisóstomo. Y esto en boca de san Juan Crisóstomo, ¡qué fuerza tiene!

Dice san Juan Clímaco que la mansedumbre encadena al infierno, da vigor para regir la familia religiosa, apoyo a la obediencia, es la corona de los Santos, la paz de la conciencia.

Otro Santo Padre, hablando de la mansedumbre, la llama: «Cierta habilidad del espíritu, en virtud de la cual somos ecuánimes, tanto cuando nos honran como cuando nos deshonoran, y nos da fortaleza para rogar por aquellos que nos turban».

El caudal de fuerza del corazón está en relación directa con el caudal de mansedumbre, dice otro Santo Padre.

Los tiempos presentes reclaman mansedumbre

¿Por qué hago yo estos apuntes sobre la mansedumbre? (...)

Porque estimo que los tiempos presentes reclaman de un modo especial el ejercicio de esta virtud.

Porque la considero arma decisiva para el triunfo de la causa de Dios.

Porque las injusticias, la rebelión, la confusión, el desprecio de las cosas santas excitan la ira y convierten en amargo y áspero el celo.

Porque, contagiados del nerviosismo actual, queremos el bien, pero poniéndonos a tono con los que obran el mal, al menos en los procedimientos.

Porque nos olvidamos del estado actual de la juventud y, a veces, empleamos medios contraproducentes para guiarla y formarla.

Porque deseo que meditéis mucho sobre esta virtud y pidáis a nuestro Señor que sea vuestro Maestro.

Yo hubiera añadido una razón más, pero no lo hago por escrito, sino que lo digo de palabra, y es *el deseo que yo tengo de adquirir la mansedumbre*. (...)

El ejemplo de Cristo

En los linderos del Antiguo al Nuevo Testamento tenemos a san Juan Bautista, que al señalar a Jesucristo no dice: *He aquí el León de la tribu de Judá* (Ap 5,5), sino: *He aquí el Cordero de Dios* (Jn 1,29). Jesucristo después enaltece la mansedumbre y nos dice: *aprended de Mí, que soy manso* (Mt 11,29).

Para comprender bien esa mansedumbre no tenéis más que pensar cuando nos ponen una mala cara, una respuesta agria, un gesto, etc., qué oleada de sangre se nos viene a la cabeza; y esto considerándonos los más inútiles; sin embargo, el Todopoderoso lo recibe todo y calla. Ya en la cruz oye decir: *Llama a Elías* (Mt 27,47). *Si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz. Tú que salvaste a tantos, sálvate a ti mismo* (Lc 23,35). Jesucristo, allí cosido al santo madero, dando la vida, por toda respuesta, dice: *Padre, perdónalos* (Lc 23,34). Estas injurias de palabra, que son muchas, os pueden servir de modelo para meditar en todas las demás injurias que recibió.

La mansedumbre es invencible

Llegamos al momento cumbre, a la crucifixión. Hasta el mal ladrón, cosido en la cruz, profiere injurias contra Jesús. ¿Qué dice Jesús? Todas sus palabras son ajenas a la venganza, a la indignación. ¡Con cuánta razón dice Jesús: *¡aprended de Mí!* ¡Con cuánta razón dicen los santos que la mansedumbre es invencible, que los triunfos de la Iglesia se deben a esta virtud! Y sin embargo, a pesar de reconocer las excelencias de esta virtud, encontramos pretextos para no practicarla, y alegamos la autoridad, la disciplina, la formación, etc. Tengamos en cuenta que Jesucristo, que sabía las dificultades con que habíamos de tropezar, al enviar a sus apóstoles, en lugar de decirles *«os envío como leones»*, etc., les dice: *os envío como corderos entre lobos* (Lc 10,3). Pues eso que dijo a los apóstoles, os lo dijo también a vosotros y a todos los que en el apostolado se ocupan.

LA MANSEDUMBRE CONQUISTA EL MUNDO¹¹

No es fácil adquirir la dulzura y la mansedumbre, porque el mismo san Francisco de Sales decía que había estado tres años estudiando y aprendiendo esta virtud en la escuela del Salvador y aún no estaba satisfecho. Y si él no estaba satisfecho, ¿qué podremos decir nosotros, corazones donde se alberga la ira? Aquel santo bendito, cuando le increpaban por recibir con dulzura a los pecadores, decía: «Acaso si hubiera algo mejor

que la dulzura, ¿no lo hubiera enseñado Jesucristo?». Y alegaba esta razón: «¿Será mucho que yo dé mis lágrimas, mi sangre y mi corazón por estas almas por las que Jesucristo dio su sangre? ¡Qué mucho que yo dé mis lágrimas, mi penitencia y mi amor!».

Con mansedumbre se hace todo lo bueno

Decía Gerson: «Los hombres de Dios se han valido siempre de la mansedumbre y de la bondad como de instrumentos los más capaces para llegar a la conquista de los corazones y convertirlos para Dios». Yo quiero servirme de los mismos medios para obtener el mismo fin.

Con dulzura se educa, con dulzura se enseña, con dulzura se inculca la virtud, con dulzura se consigue la enmienda, con dulzura se evitan muchos pecados, con dulzura se gobierna bien, con dulzura se hace todo lo bueno.

Si preferimos la acritud, la reticencia, la sequedad, la ira, la impaciencia, la brusquedad, la insolencia, no es porque entendamos que así hacemos más bien al prójimo; es porque así satisfacemos la pasión, el amor propio, la soberbia; porque así nos resulta más cómodo, más fácil, más a nuestro gusto.

Y si queremos justificarnos alegando la necesidad de no ser dulces para mejor conservar la autoridad, para obtener la enmienda del prójimo, para mantener mejor la disciplina, para obligar al cumplimiento del deber, nos engañamos a nosotros mismos, no seguimos el ejemplo de Jesucristo, ni cumplimos su ley que es ley de amor, ni imitamos a la Santísima Virgen ni a los santos.

Fue verdad siempre y lo es hoy

Esto fue verdad siempre, esto tuvo su valor en todo tiempo, pero esto, hoy, es lo único que tenemos para influir en los demás, para atraer las almas a Jesús, para hacer rectificar a los rebeldes, para educar cristianamente. Todo lo demás, cuando no excita, indigna y subleva, produce risa, burla y menosprecio.

No hay que hacerse ilusiones: la mansedumbre, la afabilidad, la dulzura, son las virtudes que conquistan al mundo.

Si me decís que es muy difícil ser así; que el hábito de la mansedumbre cuesta mucho; que la dulzura, suavidad, afabilidad, suponen un vencimiento completo, exigen una vigilancia continua y un sacrificio constante, os diré que es cierto, que así es en efecto, pero que nada de eso es imposible con la gracia de Dios y la cooperación nuestra.

¿Sabéis cómo san Ambrosio atrajo a san Agustín? Con la mansedumbre y la dulzura.

¿Sabéis cómo san Francisco de Sales arrancó del seno de la herejía a setenta y dos mil almas? Con la dulzura y la mansedumbre.

¿Sabéis cómo triunfaron los mártires? Con la dulzura y la mansedumbre.

No hay otro procedimiento mejor; si lo hubiera, Jesucristo nos lo hubiera enseñado.

Siempre que oigo decir que tal o cual procedimiento duro, agrio, entonado, es el mejor

y más seguro, digo para mí: esto es, no solamente humano, sino contrario a las enseñanzas y ejemplos de Jesucristo. ¿Dará resultado? Humanamente quizá, pero en orden a la salvación no tiene eficacia alguna.

Altera las categorías

Y siempre que oigo hablar de vencedores y vencidos en cualquier terreno que sea, recuerdo la siguiente frase de san Agustín: «El Cordero vino y ¡qué Cordero! He aquí el espectáculo de los cristianos: nuestro Rey ha triunfado del demonio con su dulzura. El uno desplegab su rabia y el otro la sufría; el que desplegab su rabia ha sido vencido, y el que la sufría ha alcanzado la victoria». Con esta dulzura triunfa siempre la Iglesia de sus enemigos. (...)

Conforme en no transigir y menos aprobar lo malo, pero no estamos de acuerdo en que la ira, la impaciencia, los modales bruscos, sean remedios contra esos males. Nuestro Señor sufre con paciencia los males y, teniendo en su mano los castigos, no los emplea.

Cierto que alguna vez se burlarán de vosotros, pero ¿no se burlaron de Jesús? Y si esa risa trae después, como premio a vuestra mansedumbre, la corrección y la enmienda del prójimo, ¿qué perdéis vosotros con que se rían por este motivo? ¡Cuántas más veces se reirán de vosotros al veros iracundos, impacientes y descompuestos!

¿No os creen, porque con dulzura decís las cosas?

Pero la fuerza de convicción ¿está en el tono? Con cuánta dulzura se expresó Jesús diciendo la verdad y tampoco lo creían.

No hace falta defenderse como leones

Reservad para vosotros las asperezas y sed para los demás afables, bondadosos, y todo ello por Dios y para su gloria.

Claro está que todo esto ha de ser siempre que no se oponga a la ley de Dios; no necesito advertiros que hay un tope a la mansedumbre, que es el pecado.

Podemos distinguir dos clases de dulzura: una verdadera, que nace de un corazón puro y santo, y otra dulzura hipócrita, de tigre. De la que aquí tratarnos es de aquella que rebosa naturalmente de un corazón en gracia.

LA MANSEDUMBRE Y LA EVANGELIZACION¹²

Hermanos míos, si alguno, como hombre que es, cayese desgraciadamente en algún pecado, vosotros los que sois espirituales, cuidad de amonestarle e instruirle con espíritu de mansedumbre, reflexionando en lo que pasa a cada uno de vosotros mismos, y temiendo caer, como él, en la tentación (Gal 6,1). Siempre que pienso en vuestra labor (...) recuerdo estas palabras del Apóstol, que comento, a mi manera, haciéndome estas reflexiones. *Vosotros los que sois espirituales.* Es decir, que a las personas de espíritu, se les debe exigir más. Si ellas presencian, tienen noticia, conocen las caídas de quienes no

son tan espirituales como ellas, deben amonestarles e instruirles, pero con espíritu de mansedumbre. El Apóstol no dice simplemente que se les amoneste e instruya, sino que todo ello se haga con espíritu de mansedumbre.

Amonestar con espíritu de mansedumbre

Y sigo hablando conmigo mismo. (...) Amonestar simplemente es poco; es algo seco, frío, expuesto a herir el amor propio, de resultados inciertos, pues depende mucho de la disposición del sujeto, del momento, de la oportunidad, hasta de la frase que se emplee. Amonestar e instruir, es algo más.

Nuestro Señor premia la mansedumbre visiblemente. Y no se dice que se amoneste ni que se dé la instrucción con mansedumbre, sino con espíritu de mansedumbre, con ese hábito de mansedumbre que es algo inconfundible, con esa paz, dulzura, suavidad, propias de quienes poseen el espíritu de mansedumbre.

Amonestar con humildad

Además, el Apóstol quiere, como si dijéramos, dar la tonalidad especial a esa amonestación e instrucción y a ese espíritu de mansedumbre, cuando añade: *reflexionando en lo que pasa a cada uno de vosotros y temiendo caer como él en la tentación*. Qué dos consideraciones tan eficaces para que nuestras amonestaciones e instrucciones se hagan con espíritu de mansedumbre. Porque si antes de amonestar, reflexionáis sobre lo que os sucede a cada uno de vosotros, perderá bríos la amonestación, os compadeceréis del prójimo, os pondréis en su lugar, veréis vuestras flaquezas, recordaréis cómo fuisteis amonestados. (...) Todo esto es reflexionar. Pero si además hay humildad y se teme como es lógico caer en la tentación, de lo cual nadie está libre y así lo expresamos en el padrenuestro, habremos quitado más bríos aún a la amonestación.

LA FALTA DE MANSEDUMBRE, INDEFENDIBLE¹³

¿Quién más celoso de la gloria del Padre celestial que su divino Hijo Jesucristo? (...) ¿Qué hace? ¡Qué silencio! Y es Dios.

¡Qué bien estaría que nosotros recordáramos esta lección cuando nos ofenden, cuando nos desprecian, cuando nos atacan, cuando nos ultrajan, cuando pasamos desapercibidos, cuando no nos contestan, cuando se ríen de nosotros, cuando nos desobedecen, cuando nos sentimos mortificados y humillados!

El pretexto de la dignidad

Aquí también nos engañamos pensando en nuestra dignidad, en el puesto que ocupamos, en la necesidad de mantener el orden, en la eficacia de un alarde de fuerza. Está bien, pero no convence. Es una manera de quedar bien ante nosotros mismos, pero

no es la imitación de Jesús.

Y eso que nosotros no podemos confundir al prójimo, aunque el corazón esté lleno de ira y los ojos centelleen, ¡que si tuviéramos en nuestra mano la omnipotencia de Jesús en el Sacramento! Jesús calla, Jesús perdona, Jesús devuelve bien por mal, Jesús da vida para que nos arrepintamos, Jesús pide por nosotros.

Pero ¿cómo podemos creer y sostener y hasta defender teorías tan poco cristianas contra la mansedumbre? ¿Dónde hemos aprendido esta doctrina? Decidme que no es así, que lo que es, bien claro está: que somos pecadores, hijos de ira, malos cristianos, flacos, apasionados, todo lo que queráis en este sentido, y os diré que es cierto.

SI EL DÍA DE MI MUERTE NO HUBIERA HUMILDAD¹⁴

Temo por la Obra

Humildad. Fundamento. Sin él no puede levantarse el edificio; sin él no puede mantenerse en pie. Dios resiste a los soberbios.

Humildad de inteligencia. Humildad de afecto. Es virtud necesaria al principio, al fin, en medio, siempre. A los malos, a los medianos, a los buenos, a los santos.

¿Qué hemos sido? Nada. Todo existía sin nosotros. ¿Qué somos? Nada. La mano de Dios nos sacó de la nada. Nos dio el ser y las prerrogativas.

Somos como las manufacturas con relación al artífice. El artefacto no existe sin el artífice.

Menos que nada. Positivamente, lo único es el pecado.

Si me preguntáis cuál es la virtud fundamental de la Institución: la humildad.

Si el día de mi muerte no hubiera [miembros] humildes, aunque los hubiera sabios, ricos, simpáticos, atrayentes, activos, yo moriría pensando que la Obra perecerá.

EN NOMBRE TUYO, ECHARÉ LA RED¹⁵

Necesidad de vocaciones

La lectura del Evangelio de hoy, me trajo a la memoria mi trabajo de todo el año escribiendo cartas –es la duodécima la presente–, sobre la necesidad de vocaciones. *Praeceptor, per totam noctem laborantes, nihil cepimus* (Lc 5, 5), decía san Pedro al divino Maestro. Y pensaba yo y decía a nuestro Señor: Señor, tanta carta como he escrito, tanto como he dicho acerca de la necesidad de vocaciones y no sé si habré conseguido mi propósito. Pero después, cuando leía lo que siguió diciendo el santo Apóstol al Salvador, *in verbo autem tuo laxabo rete* (Lc 5, 5) dije: «En tu nombre, Señor, por tu sangre preciosísima, lanzaré mi carta de julio».

Por la sangre divina de Jesucristo orad, trabajad por las vocaciones. ¡Si el resultado fuera como la pesca del lago de Genezaret! Vamos a pedir al Padre Eterno por la sangre divina de Jesús y si cuanto se le pide en nombre de su divino Hijo lo concede (Jn 16, 23)

¿cómo oirá y despachará las súplicas que se le hacen, no ya por el nombre, sino por la sangre de Jesús? (...)

¹ *La inagotable misericordia*, 11 marzo 1931, AHIT.

² *Para mí está fuera*, 13 marzo 1931, AHIT.

³ *La Cruz y la Obra*, 2 agosto 1931, AHIT.

⁴ *Correspondencia*, 20 septiembre 1931, AHIT.

⁵ *Ibidem*, 29 septiembre 1931.

⁶ *Nota sobre la I.T.* (1934), AHIT.

⁷ *Ibidem*, agosto 1934.

⁸ *Nota sobre las vocaciones* (1934), AHIT.

⁹ *Correspondencia*, abril 1935, AHIT..

¹⁰ *Aprender de Mí*, 13 abril 1935. *Meditaciones y Consideraciones II*. Madrid, 1949, pp. 137-147.

¹¹ *Os quisiera hablar hoy*. 14 abril 1935. *Meditaciones y Consideraciones II*, pp. 148-158.

¹² *Hermanos míos*, 16 abril 1935. *Meditaciones y Consideraciones II*, pp. 160-163.

¹³ *Sobre la mansedumbre*, abril 1935, AHIT.

¹⁴ *Guión sobre la humildad* [¿5 mayo 1935?], AHIT.

¹⁵ *Correspondencia*, 7 julio 1935, AHIT.

2. AMIGOS FUERTES DE DIOS AHORA COMO NUNCA

LA GRACIA DE CREER Y LA DE SUFRIR¹

El sufrimiento es una gracia.

Bienaventurados los que lloran. Bienaventurados los que padecen persecución...

Gaudete et exultate (Mt 5, 12).

La gracia de creer y la de sufrir. Es gracia de conversión. Es gracia de perfección. Es gracia de predilección. Es gracia de predestinación.

Seguimos a Cristo. Aun al último se le ha dicho: *Si quis vult post me venire* (Mt 16,24). Somos miembros de Cristo que es la cabeza. Somos defensores de la verdad y de la virtud.

Los sufrimientos son gracias. Los sufrimientos constituyen el estado normal de la vida de apostolado. Por la unión con Cristo. Por los ministerios propios del oficio. Por la parte que toman en la redención.

VIVIR DE FE Y DE ESPERANZA²

No es labor de un día

Venís a la Universidad por Dios y para su gloria. Grande es el honor que se os dispensa eligiéndoo; hermoso el apostolado que se os confía, pero no es pequeña la responsabilidad que contraéis.

A vosotras se os pide mucho porque es mucho lo que se os da, porque es mucho lo que se necesita, porque son muchos los enemigos de Jesucristo. (...) Deben todos los que tratéis distinguir en vosotras tales virtudes, tal prudencia, tal modestia, tal corrección, que no os confundan con las demás y que les haga ver algo desconocido para ellos.

Vuestra labor no es de un día, ni de un mes, pero es segura, si por Dios, con Dios y para Dios la acometéis, y en ella sois perseverantes.

Mientras llega el tiempo de la recolección, hay que ir sepultando trabajos y desvelos, hay que sufrir todo género de inclemencias, hay que vivir de fe y de esperanza, sin precipitaciones, sin afán desmedido, sin decaimientos, sin tristezas. Todo esto procede del amor propio, del exceso de confianza en nuestras fuerzas, de *cosa humana*.

No hacer el mal aunque de ello se siga un bien

Vosotras sembrad, labrad la tierra, echad sobre ella trabajos, sudores y penas, que Dios nuestro Señor dará el fruto cuando convenga, como le plazca y donde sea su divina voluntad. La recolección no es faena que se os confía.

Nunca se ha de hacer el mal, aunque de ello pudiera seguirse un bien.

La verdadera caridad, el celo verdadero, no corre nunca estos riesgos. Que no os inquiete ni turbe el ejercicio de vuestro apostolado, porque, si es de Dios, no produce nunca el celo esos efectos, y, por tanto, no es buena señal notarlos en nosotros. Esta empresa de salvar almas no debe nunca acometerse sin oración, ni ejercitarse en ella sin oración. Y es que la empresa es sobrenatural y, sin la gracia que prevenga y acompañe no se puede dar un paso.

La eficacia está en la gracia de Dios

La eficacia de vuestras palabras, de vuestros consejos, de vuestros ejemplos, está en la gracia de Dios, y no en vuestro talento, en vuestra simpatía, en vuestra atracción, en vuestra elocuencia, etc. La oración y la mortificación dan toda la fecundidad a los medios humanos, porque Dios, entonces, cuando oramos y ofrecemos sacrificios por las almas, derrama sobre ellas sus luces y bendiciones.

SI HAY QUE MORIR SE MUERE³

En nombre de Cristo y para gloria de Cristo

Hay que hacerse todo para todos, a fin de ganarlos a todos para Cristo. Si hay que velar, se vela; si hay que sufrir, se sufre; si hay que humillarse, se humilla; si hay que pedir limosna, se pide; si hay que enfermar, se enferma; si hay que morir, se muere, pero se muere en la batalla, con honra y con gloria, con Cristo, en nombre de Cristo y para gloria de Cristo.

Si alguien se siente con temores, con desconfianza, sin tantos bríos y sin toda la abnegación precisa en este tiempo, en estas cosas y con este público, que marche a otro sitio, que no descomponga las filas, que no contagie a los demás.

DAD A LA INSTITUCIÓN LO QUE OS EXIGE⁴

Obra de cultura, no de beneficencia

Yo quisiera que considerarais el estudio como uno de vuestros principales deberes.

Vinisteis a una Obra de cultura, no de beneficencia ni de trabajo manual.

Hay que demostrar con los hechos que la ciencia hermana bien con la santidad de vida.

Hay que demostrar con los hechos que es falsa y sectaria la afirmación de quienes ponen en conflicto a la religión con la ciencia.

En vuestro escudo se lee: *Deus scientiarum Dominus est*.

Al lado del gran misterio de la fe, está en vuestro escudo el cuartel donde se simboliza la ciencia.

Cuántas virtudes podréis practicar con el estudio y de cuántos defectos os libraré.

El estudio no es para vosotros algo bueno, útil, provechoso, es algo necesario, imprescindible.

Prescindir de él equivaldría a mutilar vuestra Obra.

Se os manda estudiar; se os pide el estudio; no podréis llenar vuestra misión sin él.

Es deber de justicia. La Institución os atiende en todo, pero vosotros debéis dar a la Institución lo que os exige.

CRITERIO CRISTIANO PARA PENSAR Y PARA ACTUAR⁵

Pensar, hablar, obrar en cristiano

Sean estos días de retiro para haceros más fieles cumplidores de vuestros deberes y para sacar de ellos más afianzado el criterio cristiano que debéis tener para pensar, para hablar y para obrar. No juzguéis equivocadamente, como sucede a algunos, que estos días son para rezar mucho por lo que no se rezó y para desquitarse de lo no hecho y hasta para llevar un poco de retén para cuando no se haga; es decir, hacer mucho para luego no hacer nada y para volver después a rezar, a cuenta de lo pasado y de lo futuro (...)

Días son estos para orar, para rectificar, para proponer sin dejar de tener a la vista vuestro género de vida porque en todos, sea cual fuere, servimos a Dios, si trabajamos como Él nos lo pide e informamos nuestra vida de ese espíritu cristiano que, como hijos de la Iglesia, debemos tener. Sean para pesar y medir todo y dar a cada cosa la importancia que tiene, sin confusionismos ni apasionamientos.

ENGAÑOS QUE SUFRIMOS⁶

Hacerse todo para todos

Engaños que sufrimos. Creer que es más agradable a Dios la intransigencia, que la tolerancia prudente. Creer que es más eficaz el rigor que la benevolencia. Creer que es celo lo que es amor propio. Poner demasiada confianza en los medios humanos. No estar siempre propicios para oír, consolar, alentar. No saber reprender, ni advertir, en el momento oportuno, a solas, con el tono y palabras convenientes.

El ejemplo de nuestro Señor. No vino a buscar a los justos, sino a los pecadores. No son los sanos los que necesitan médico, sino los enfermos. Para convertir a la Samaritana emplea tiempo y se olvida de comer. A los que quieren apedrear a la mujer les dice: «el que esté libre que tire la primera piedra». Cuando duermen los discípulos cómo los despierta, una y otra vez.

Recuérdese todo lo que dice san Pablo de que llora con los que lloran, sufre con los que padecen. Se hace todo para todos a fin de ganarlos para Cristo.

FIADOS EN DIOS⁷

Con esperanza de buena ley

Los desalientos, las tristezas y todo lo que se traduce en pérdidas de energías no son cosas buenas; no proceden del buen espíritu y suelen ser manifestaciones de amor propio disfrazado. Quien tiene fe viva, esperanza verdadera y humildad de buena ley, no cae en esos defectos, antes al contrario, sus faltas, sus errores, sus desaciertos, le espolean para ser más enérgico en vencerse y para llevar toda su actividad a levantarse, fiado en Dios y desconfiando de sí.

Que no necesites más que tu Crucifijo para levantarte, para reaccionar, para seguir de nuevo el camino que Dios te trazó. Mira a Jesucristo crucificado y aprende todo lo que Él te enseña desde la cruz.

SOIS JÓVENES, PODÉIS CONQUISTAR EL MUNDO⁸

Somos jóvenes: todo lo podemos

¿Quiénes hacen la revolución, quiénes la hicieron en España? Los estudiantes, los jóvenes. Ellos la prepararon y la trajeron. ¿Quiénes son los que reaccionan? Los jóvenes. ¿Quiénes los más valientes, intrépidos, temerarios, arriesgados? Los jóvenes. ¿Quiénes son los que tienen ideales, los que se olvidan de sí, los que encienden el fuego? Los jóvenes. (...)

Me preguntaréis ahora qué podéis hacer. Vosotros podéis conquistar el mundo, ni más, ni menos.

Pero aún hay más. ¿Quiénes hicieron esta Obra tan grande? ¿Quiénes vencieron las dificultades magnas de esta magna empresa? ¿Quiénes propagaron la Obra? ¿Quiénes hicieron todo? Los jóvenes.

¡Cuánto hicieron y cómo lo hicieron! Con dificultades de familia, sin experiencia, sin recursos, siendo estudiantes, desconociendo aun lo que hacían.

Si vosotros fuerais como ellos, no habría ya nada por conquistar. Vosotros habéis venido a la Obra cuando ya estaba hecha, venís a recoger frutos, venís a vivir la vida que ellos dejaron. Me preguntaréis otra vez qué es lo que podéis hacer.

¡Oh juventud, arma poderosa, brazo casi omnipotente, fuerza del mundo! Dad gracias a Dios porque, jóvenes, os trajo a la lucha, representando los intereses sagrados.

Somos jóvenes: todo lo podemos.

¿FIELES A LA MISIÓN DE LA OBRA?⁹

El ideal teresiano

Vosotros estudiáis por Dios, para Dios, por su gloria, para santificaros y salvar almas,

para dar gloria a la Iglesia, para arrebatat almas al enemigo, para cumplir la voluntad de Dios, para ser fieles a vuestra vocación, para no haceros indignos del nombre que lleváis (...)

Mucho me temo que no toméis el estudio en el sentido expuesto, y mis temores se fundan en que no llegáis en este aspecto al ideal teresiano, y como yo no puedo creer que os falte voluntad para cumplir la de Dios, y como yo que os veo tan fervorosos no puedo sospechar que por falta de abnegación, ni de sacrificio, no lleguéis donde deberíais llegar, tengo que deducir esta consecuencia. Ellos no son como deseamos, porque no llegaron a entender bien lo que es el estudio para [los miembros de la Obra]; no les falta voluntad, ni deseo, ni virtud; les falta conocimiento de la materia. Es decir, no le dieron el alcance que tiene.

SED DE DIOS Y NO VUESTROS¹⁰

Que vean

¡Señor! que vean: Todo con criterio cristiano. Lo que Dios les pide. Lo que ellas le dan. Toda la miseria de las cosas terrenas. Dónde está la verdadera felicidad. Dónde está la paz del alma. Cuán ingrato es el mundo. Cuán suave es el camino que las conduce a Ti. Cuántos remordimientos proporcionan los placeres. Los favores que de Vos reciben. La cuenta que han de dar de ellos. El tiempo que pierden. Lo irreparable que es. Cuál es el papel de ellas en estos tiempos. El deber que tienen de ejercer la caridad. Si su conducta responde a su formación religiosa y a su ilustración y cultura.

Que sean tuyas

[Señor] Que sean tuyas: Considerando su primer deber conocerte. Siendo verdaderas cristianas. Siendo fieles a las inspiraciones de la gracia. Amándote sobre todas las cosas. Amando al prójimo en Ti y por Ti.

Aprovechando el tiempo que es el mejor tesoro que Dios puso en sus manos. Siendo exactas cumplidoras de sus deberes. Siendo bondadosas y amables. Siendo pacientes y humildes. Siendo generosas y desprendidas.

Teniendo espíritu de sacrificio. Teniendo espíritu de apóstoles. Siendo ejemplares en la Universidad. Siendo intachables en el trato con los compañeros.

Que no sean tuyas

[Señor] Que no sean tuyas: No teniendo más ley que el amor propio. Siendo egoístas y amantes sólo de su comodidad. Siguiendo el impulso de sus pasiones. Hablando sin freno y sin caridad. Siendo perezosas. Aferrándose a su propio juicio. Juzgándose superiores a los demás. Olvidándose de los pobres y necesitados. Teniendo respeto humano. Gastando inútilmente.

LA SOBERBIA DISIMULADA HACE INGRATOS¹¹

Todos, en general, dan gracias cuando reciben un favor, nosotros debemos dar gracias cuando pedimos. Tal es la seguridad con que hemos de esperar.

También en esto debemos de imitar a los primeros cristianos y en esto debemos distinguimos de los mundanos y de la época. Yo he oído alguna vez que soy exagerado en agradecer. Ojalá que de vosotros se diga esto. Pero sed sencillos en el agradecer.

La soberbia disimulada hace ingratas a las gentes. Ahora todo se lo merece uno, todo lo que se recibe es poco comparado con lo que nos deben. Es ridículo ser tan agradecido. Pero, ¿qué somos?, ¿qué tenemos? San Agustín lo dice: «El precio que se nos debe es el suplicio».

RECTIFICAR ES DE SABIOS¹²

Grandeza y justicia

Rectificación. Otra nota distintiva de la Institución: la rectificación sincera, prudente, sencilla. «Que nunca es más grande el hombre, que cuando está de rodillas».

La rectificación es verdad, es humildad, es sencillez, es propio conocimiento, es luz, es talento, es justicia, es bondad, es amor de Dios, es celo por su gloria, es amor del prójimo. Y si no estamos ciegos, ¡cuánto hemos de rectificar! ¡Cómo rectifican los santos! ¡Qué huellas de humildad dejan las rectificaciones! ¡Cómo previenen las reincidencias! Nos enfrentaremos con la época, con las corrientes de personalidad destacada, de suficiencia, de gobierno de sí mismo. Primero *mártir* que *confesor*. Cada día veo más mis equivocaciones y a cada hora querría rectificar. Me admira que las personas buenas no rectifiquen. ¡Qué grandes resultáis cuando os veo rectificar!

VIVIR LA PROFESIÓN DE EDUCADORES DESDE LA FE¹³

En lo que debe pensar un profesor creyente

En la cuenta que ha de dar a Dios de su talento y de su cargo. En la serie de pecados de que puede hacerse responsable. En que su ignorancia y cobardía no sólo redundan en perjuicio propio, sino en desprestigio de la religión. En el daño que infiere a quienes en justicia debe enseñarles la verdad. En el resultado que dieron las transigencias y debilidades de los buenos.

Lo que debe hacer

Utilizar la libertad de la cátedra para exponer la verdad, sin temores. Refutar con santa libertad el error. Ser ejemplar en la puntualidad, en el trabajo y en la justicia. Ser caritativo en sus juicios y palabras.

Errores en que puede incurrir

En el de transigir con [ciertas] doctrinas, por creer que así atraerá a los enemigos. En el de ponderar personas y libros peligrosos, para no incurrir en la nota de intransigencia. En el de tratar con severidad a los [unos] y con blandura a los [otros], para no tropezar con dificultades. En hacer traición a su conciencia para no ponerse en peligro de perder el cargo.

SI AMÁIS A DIOS, ATRAED A DIOS¹⁴

A los que se juntan con vosotros

Dice el Santo: *Si amáis a Dios, atraed para que amen a Dios a todos los que se juntan con vosotros y a todos los que viven en vuestra casa* (san Agustín). Quizá me digáis que en esos renglones ni se nombra la vocación, y yo os responderé que si atraéis para que amen a Dios a los que viven con vosotros y a los que con vosotros se reúnen y conseguís que de hecho amen a nuestro Señor, habréis puesto un cimiento sólido para las vocaciones, porque ¿quién ama a Dios y no tiene celo por su gloria?

¿Quién ama a nuestro Señor y no se siente apóstol? ¿Quién ama a Dios y no procura pedir operarios, ya que la mies es mucha y los operarios pocos? (Mt 9,27). Y si el amor de Dios es el regulador, podremos decir que si no tenemos celo es porque nos falta amor; si no somos apóstoles es por falta de amor; si no pedimos operarios será por la misma causa. A más amor, más celo, más labor apostólica, más petición de vocaciones.

DESTERRAD LA PALABRA MANDO¹⁵

Mandar poco, hacer mucho

Sé austero para ti, benigno para los demás; que los hombres te oigan mandar poco y te vean hacer mucho. Convengamos en que sea éste nuestro programa. Ya está consignado en muchos escritos míos, no con estas palabras, pero sí con el mismo sentido. Vamos a guardar los rigores, las austeridades, la rectitud, la santa intransigencia, la rudeza, para nosotros mismos; y vamos a ser cada día más austeros, más mortificados, más penitentes, más humildes, más desprendidos. Vamos a quitar de nosotros todo eso que nos indigna, que nos impacienta, que nos subleva, visto en los demás; vamos a practicar todo lo bueno, todo lo que vemos en el prójimo que nos edifica y mueve y enfervoriza.

Vamos, además, a mandar muy poco, casi nada; vamos a desterrar la palabra *mando*; vamos a pedir por favor, a rogar por amor de Dios, a agradecer el que se nos complazca en tal o cual cosa, y al propio tiempo vamos a hacer nosotros mucho, a ser los primeros en hacer, a ser los primeros en puntualidad, en trabajo, en silencio, en recogimiento, en devoción, en estudio, en caridad, en servicios al prójimo olvidándonos de nosotros mismos.

NADA DEBE IMPEDIR LA UNIÓN CON DIOS¹⁶

El único tesoro

Virtudes sólidas, vida sobrenatural, exterior llano y sencillo.

Ni el mundo, ni vuestros trabajos, ni el estudio, ni la falta de salud, ni nada puede impedir la unión con Dios, que es el tesoro de las almas santas.

Lejos de vosotros esa piedad poco seria, que ni os forma, ni edifica al prójimo.

Cuando sintáis alguna herida de amor propio, no penséis en la causa ni estudiéis la enfermedad so pretexto de hacer un atinado diagnóstico. Tapadla. La reflexión, en esos momentos, es lo más contraproducente.

UN PROGRAMA DE VIDA¹⁷

Pedir mucha paciencia, y llevar cuidado en recordar la presencia de Dios, para obrar como quien vive en su presencia. No hablar sin haber pensado lo que se va a decir, teniendo cuidado para no mortificar al prójimo. Vencerse en todo lo que sea necesario. No perder la paz. Pensar en los beneficios que trae la paz a la familia.

Recibirlo todo de las manos de Dios

Recibir todo como venido de la mano de Dios. Ofrecer al Señor algunos sacrificios. Pensar en los que sufren, en los pobres, en los enfermos, y compararse con ellos para dar gracias a Dios. Evitar todo lo que pueda ser causa de disgusto en el matrimonio. Dar gracias a Dios porque sin merecerlo nos concede muchos bienes y gracias. Vivir como si hubiéramos de comparecer ante nuestro Señor. Ser muy devoto de los Dolores de la santísima Virgen y recurrir mucho a Ella. Poner toda la confianza en el Señor, pedirle mucho, con perseverancia y humildad. No dejarse llevar de la pereza.

SE VIENE A LA OBRA PARA SERVIR Y DAR LA VIDA¹⁸

Grabarlo en la cabeza y en el corazón

Al modo que el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida para la redención de muchos (Mt 20,28).

Yo quisiera que [todos los miembros de la Obra] supieran de memoria estas palabras del divino Salvador: que las escribieran en sus estampas o en sus libros, que las meditaran con frecuencia y, sobre todo, que obraran según lo que en ellas se dice: que obraran al modo que el Hijo del hombre, y persuadidos de que (...) no vinieron a la Obra *para ser servidos, sino para servir y dar su vida para redención de muchos*. Y esto hay que grabarlo en la cabeza y en el corazón, y hay que repetirlo muchas veces, y pedir constantemente a nuestro Señor que nos conceda la gracia de practicar esta doctrina. Que es harto fácil repetir estas frases, y muy frecuente el pedir que los demás practiquen

estas enseñanzas, pero no lo es tanto el ponerlas por obra en todas las ocasiones que se nos ofrecen cada día.

MANTENER LA SERENIDAD¹⁹

Confiar en Dios

Bien está que os informéis y que tengáis noticias, pero no os alarméis, porque estamos en unos momentos, en que aun los más tranquilos, carecen de la serenidad necesaria. Además se miente mucho, se exageran y desfiguran los hechos, y esto no con intención de mentir, ni de alarmar, sino contagiados y víctimas de los nervios en tensión casi constante. Descansad en los brazos amorosísimos de Jesús. Él lo sabe todo y nos ama. Seamos fieles, vivamos muy unidos a Jesús, caminemos llevados de la mano de nuestra Madre y defendidos por el santo Patriarca que supo muy bien defender y conducir y librar a la Sagrada Familia.

REPRESENTAR A LA OBRA ADECUADAMENTE²⁰

La responsabilidad del testimonio

Si pensáis seriamente en la responsabilidad que tenéis encontraréis muchas cosas de qué arrepentiros.

La Obra ha de ser conocida por el ejemplo de las personas que la encaman y será juzgada, aceptada o rechazada según fuera vuestra actuación.

Imitando el ejemplo del divino Maestro, ¿habéis acudido a la oración en los momentos más difíciles?

La mayor parte de la gente conoce las obras por las personas que las representan y no por su historia, estatutos, etc. ¿Habéis sabido con vuestras palabras, con vuestras obras vuestra conducta, dar idea de lo que es la Obra?

¿Conocéis vuestra responsabilidad representando una Obra que es admirada y bendecida, por una parte, por ver en ella la encamación del espíritu cristiano, en una organización única, capaz de subsistir en medio de las luchas presentes; y de otra, perseguida con insistencia por lo que representa, por la influencia que ejerce y por la casi imposibilidad de destruirla, dada su típica estructura?

¿Tenéis dos medidas?

¿Tenéis dos medidas, una para los prójimos y otra para vosotros?

¿Resolvéis de plano los asuntos, sin meditarlos ante el sagrario, sin pedir luces a nuestro Señor, sin solicitar consejo de quienes os lo pueden dar?

¿Recordáis en todo momento las palabras de Jesucristo cuando dijo que había venido a servir y no a ser servido?

Vuestra mansedumbre ¿se refleja en toda vuestra vida, en las palabras, en los modales, en los gestos, en el tono, en las maneras, en el cuidar, en el reprender, etcétera?

No exijáis a los demás lo que vosotros no sois capaces de hacer.

Es un error creer que los demás no se dan cuenta de vuestros defectos, preferencias, parcialidades, etc.

Es más cómodo hacer las cosas que enseñar a hacerlas, pero así no se forma (...)

Cuando el negocio es propio, ¡qué atención, qué cuidados! ¡Qué poco importa trabajar y sufrir! Pues tened en cuenta que el negocio que traéis entre manos es de Dios y es vuestra santificación.

Asumir la crítica

La serenidad de juicio en el que manda asegura la mitad del éxito.

La precipitación en introducir innovaciones delata de ligereza a quien las hace.

Uno de los mayores obstáculos para mandar bien es guiarse por los que nos adulan.

Persona aficionada a oír cuentos, aunque se justifique diciendo que trata de orientarse, rara vez obra sin pasión.

El desaprobar de palabra o con los hechos la conducta de quienes nos precedieron en el mando es casi siempre exponerse a ser injustos.

Casi siempre obtiene un resultado contrario al que se propone, el que cree rodearse de prestigio desprestigiando a los demás.

Alterarse porque critican nuestra actuación y no aprovechar la censura que nos dirigen para corregirnos, es amor propio claro y patente.

El aferrarse a su propia opinión conociendo que no es buena y pretextando mantener la autoridad, es soberbia e injusticia.

Dios aborrece la hipocresía

Dios premia la sencillez, la verdad, la humildad, pero detesta y castiga la doblez, hipocresía y soberbia en los que mandan.

Es cosa fácil llamarse humilde y manifestar deseos de serlo, pero muy difícil la verdadera práctica de esta virtud.

Bien está pedir perdón con frecuencia, pero mejor aún es obrar con pureza de intención y vigilancia sobre nosotros mismos.

Dice el refrán: «Dime de lo que haces alarde y te diré de lo que careces». Vigilemos para que nuestra conducta no sea el cumplimiento del refrán.

Cuando decimos que de todo se nos puede tachar menos de tal cosa, suele cegarnos la pasión.

Si nuestro Señor hiciera con nosotros lo que ejecutó con los perseguidores de la mujer adúltera, ¿tiraríamos la primera piedra?

Si la virtud nos da en rostro y el buen ejemplo nos exagera, nuestra enfermedad espiritual es grave y urge poner remedio.

NUNCA COMO AHORA, AMIGOS FUERTES DE DIOS²¹

Juzgar con criterio cristiano

¿Juzgamos con criterio humano o con criterio sobrenatural los sucesos presentes? Nuestras expresiones, nuestros juicios, nuestras actitudes nos lo dirán.

Ahora es tiempo de redoblar la oración, de hacer más penitencia, de sufrir mejor, de derrochar caridad, de hablar menos, de vivir muy unidos a nuestro Señor, de ser muy prudentes, de consolar al prójimo, de alentar a los pusilánimes, de prodigar misericordia, de vivir pendientes de la Providencia, de tener y dar paz, de edificar al prójimo en todo momento.

Nunca como ahora debemos estudiar la vida de los primeros cristianos para aprender de ellos a conducirnos en tiempo de persecución. ¡Cómo obedecían a la Iglesia, cómo confesaban a Jesucristo, cómo se preparaban para el martirio, cómo oraban por sus perseguidores, cómo perdonaban, cómo amaban, cómo bendecían al Señor, cómo alentaban a sus hermanos!

Ayudar a los demás

¡Cuánto se habla en estos días de persecución, cuánto se comenta, con cuánta ligereza se juzga, qué avidez de noticias, qué curiosidad tan mal reprimida, qué nerviosismo tan poco cristiano, qué manera de sugestionarse, qué de faltas se cometen! Examinémonos y propongamos la enmienda.

Preguntemos a Jesús si está contento, si somos como Él lo desea, si cumplimos como buenos hijos, si le hemos amado por los que le odian, si hemosorado por los que le olvidan, si le hemos desagraviado por los que le ultrajan.

Con oración, amor y trabajo, y no con quejas, comentarios y lamentaciones habéis de contribuir a la salvación de España.

[Los miembros de la Obra] no deben nunca olvidarse de lo que son, de la finalidad de la Obra, de su espíritu, de su organización, de su destino, y así estarán en potencia para actuar en cualquier momento.

Ahora es cuando se conoce el temple de alma que tenemos

Ahora es cuando se conoce el temple de alma que tenemos, cuando se pone de manifiesto nuestro espíritu de fe, cuando se delata nuestra confianza en la Providencia, cuando se distinguen las verdaderas virtudes de las falsas, cuando se revela la firmeza de la doctrina, cuando se aprecia la sólida piedad.

Toda la fuerza de vuestro apostolado está en vuestra unión con Dios. Para llevarle almas hay que estar llenos de su espíritu, el cual se consigue pidiéndole con fe y confianza.

Si conociéramos bien la fuerza de la oración, nos consideraríamos dichosos, porque tendríamos la seguridad de poder conseguir cuanto bueno deseamos y nos proponemos

para nosotros y para los demás.

Hay que demostrar con los hechos que somos discípulos de Jesús

Hay que demostrar con los hechos que somos discípulos de Jesús, orando por los enemigos y haciéndoles el mayor bien que podamos, que es pedir para que se conviertan.

Llenaos de la caridad de Cristo para derramarla en la sociedad que arde en odios y venganzas.

Con jóvenes se hizo esta Obra que vosotros admiráis y amáis, pero jóvenes (...) que desde el primer momento entendieron bien la misión y pusieron toda su alma en esta empresa de celo.

Nuestra confianza ¿se fundó en Dios o en nuestra industria, en nuestras fuerzas, en algo humano? La paz del alma o la tranquilidad del espíritu nos dará la respuesta.

[Los miembros de la Obra] han de tener una intensa vida religiosa, pero sin hacer alarde de ella. ¿Cómo anduvimos de valor para confesar a Cristo, para defenderle, para sacrificarnos por Él?

Luz para conocer la misión y fuerza para cumplirla

Nunca como ahora tenéis necesidad de luces celestiales para conocer vuestra elevada misión, y de fuerzas sobrenaturales para cumplirla.

Vuestro celo, ¿fue prudente o le faltó esta virtud y resultó impulsivo, indiscreto, apasionado, vengativo y sin miras sobrenaturales?

De vuestro fervor y de vuestro empeño (...) deduciremos si sentís con la intensidad debida los males del momento presente (...)

Nadie se considere inútil, si pone toda su confianza en Dios que es omnipotente; y nadie se crea útil, si fía solamente en su talento, cultura, simpatías o algo humano.

Sois la esperanza de la Obra, y esto os obliga a corresponder a misión tan elevada, poniendo verdadero empeño en formaros, como para ser instrumentos de Dios. ¡Con qué empeño se educan los que han de ocupar altos puestos en el mundo! ¿Y hay algo más elevado que ser apóstol?

Que no os duelan sacrificios tratándose del bien de vuestra alma y de la salvación del prójimo.

¿Actuáis como cristianos verdaderos?

Si por vuestra conducta han de formar juicio de la fe que profesáis, de la moral que practicáis y de la Iglesia que os enseñó la una y la otra, ¿qué habrán pensado vuestros enemigos? ¿Los habréis confundido, los habréis edificado o los habréis escandalizado?

¿Qué tal de mansedumbre, de paciencia, de dulzura, de bondad en el trato con el prójimo?

Examinad vuestra conducta para conocer si en vosotros ha influido el ambiente y si os habéis contagiado de las mismas culpas que censuráis.

Vuestra Obra está organizada para ser útil a la Iglesia en tiempo de persecución.

Aunque las circunstancias no sean adversas a la religión, y aparentemente se crea innecesaria la organización de la Obra, [sus miembros] deben ser una reserva preparada.

Muchas explicaciones se pretenden dar a la incomprensible conducta de los que llamándose católicos se conducen como incrédulos en los momentos actuales. ¿Inconscientes?, ¿locos?, ¿ignorantes?, ¿un fenómeno psíquico?, ¿un espasmo?, ¿atrofia espiritual?, ¿hipocresía?, ¿rutina?, ¿sensiblería? Para mí, la explicación está en que esos católicos ni saben lo que son, ni entienden el catolicismo. Son seres movidos por el resorte colectivo imperante, que lo mismo se dejan arrastrar por los vivos a la patrona del pueblo, que por los muertos a todo lo más santo. Energías sin dirección, sin criterio, sin ideas. Pasiones sin regulador.

Sea de ello lo que fuere, el hecho subsiste y se patentiza cada día más. Pero hay otro fenómeno más lamentable y menos explicable: el de los católicos que presencian estas escenas, que protestan de ellas, que braman contra tamañas injusticias, pero siguen no pensando en católico, no hablando en católico, no sintiendo en católico, no obrando en católico, esperando el remedio de un golpe de Estado, de la hecatombe o del milagro.

Pensad como los primeros cristianos

Y por último existe el fenómeno desconsolador de los que llamándose piadosos, almas escogidas y selectas, no piensan como los primeros cristianos ante la persecución, ni se expresan como ellos; no oran ni hacen penitencia, ni se humillan ni trabajan, ni ponen en práctica lo que Dios manda, y la Iglesia enseña: o llorar abatidos o retirarse desolados, o esconderse cobardes.

¹ *Guión para una conferencia*, 1 febrero 1932, AHIT.

² *Venís a la Universidad*, septiembre 1932, AHIT.

³ *Lo que se nos pide*, septiembre 1932, AHIT.

⁴ *El estudio no es* [septiembre 1932], AHIT.

⁵ *Sean mis primeras palabras* [¿febrero 1933?], AHIT.

⁶ *Guión para una conferencia* [¿193...?], AHIT.

⁷ *Los desalientos*, 13 agosto 1933, AHIT.

⁸ *Guión para una conferencia*, 28 septiembre 1933, AHIT.

⁹ *Os voy a leer unas cuartillas*, septiembre 1933, AHIT.

¹⁰ *Señor, que vean*. Para unos Ejercicios a alumnas universitarias en Madrid, 12 febrero 1934, AHIT.

¹¹ *Acción de gracias*, 31 diciembre 1934, AHIT.

¹² *Ibidem*.

¹³ *Lo que debe pensar* (1934), AHIT.

¹⁴ *Correspondencia*, 7 febrero 1935, AHIT.

¹⁵ *Sé austero para ti*, abril 1935, AHIT.

¹⁶ *Las quiebras de*. Apunte [¿1935?], AHIT.

¹⁷ *Un programa* [¿1935?], AHIT.

¹⁸ *Al modo que*, 3 abril 1936, AHIT.

¹⁹ *Correspondencia*, 15 mayo 1936, AHIT.

²⁰ *Guión para una conferencia*, 1936, AHIT.

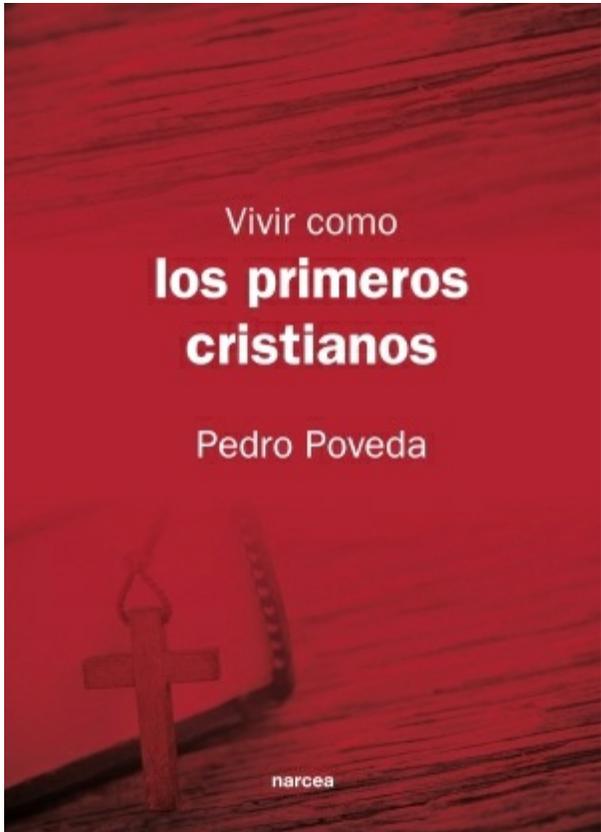
²¹ Selección de algunos *Pensamientos*, escritos por el autor en julio de 1936, pocos días antes de su muerte, AHIT.

CRÉDITOS

© NARCEA, S.A. DE EDICIONES
Paseo Imperial 53-55. 28005 Madrid. España
www.narceaediciones.es

Fotografía de la portada: ©IngImage
ISBN papel: 978-84-277-1035-1
ISBN ePub: 978-84-277-2167-8

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los -titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.



Vivir como los primeros cristianos

Poveda, Pedro

9788427721456

120 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Dentro de la obra espiritual de san Pedro Poveda, "Vivir como los primeros cristianos" recoge uno de los aspectos fundamentales de su pensamiento: la vuelta a la vocación arrolladora de los hombres y mujeres de la primitiva Iglesia que fueron capaces de cambiar la historia con el testimonio de una fe vivida en la entraña del mundo hecha aliento, levadura y sal.

Los pensamientos, entresacados de su amplia producción literaria, nos ofrecen, como en pinceladas, las características propias del cristiano que quiere ser un verdadero seguidor de Jesús y un atento servidor de los que le rodean. Fe, tolerancia, alegría, humildad, oración, audacia, seguimiento..., van apareciendo a través de las páginas de este libro con esa contundencia y el convencimiento tan característicos de su autor que mueven a tomar en serio a ejemplo de los primeros cristianos, la vida cotidiana.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

universitaria

El docente de educación virtual

Guía básica

Incluye orientaciones y ejemplos
del uso educativo de Moodle



Laura ALONSO
Florentino BLÁZQUEZ

narcea

El docente de educación virtual. Guía básica

Alonso, Laura

9788427718913

180 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Esta obra pretende ser una guía para el profesorado de una generación emergente, más digitalizada, en la que los recursos electrónicos son un complemento habitual a las actividades académicas diarias. De modo eminentemente práctico, se proponen una serie de orientaciones didácticas que facilitan el compromiso con nuevas prácticas pedagógicas. Esta obra presenta tareas, competencias y modos de hacer del docente en la realidad actual, apoyándose en tablas, imágenes y ejemplos ilustrativos, pedagógicamente diseñados para distintas versiones de Moodle, pero que pueden adaptarse con facilidad a otros entornos virtuales de aprendizaje. Lo que en definitiva interesa es que el lector reflexione y profundice en los aspectos teóricos y didácticos, de tal manera que llegue a la elección de la tecnología más apropiada para implementar una propuesta educativa concreta.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Índice

Portadilla	2
Índice	3
Prólogo	5
Introducción	7
I. SER CRISTIANO Y PARECERLO (1906-1910)	15
1. SER CRISTIANO Y PARECERLO	18
2. PROPUESTAS A LOS JÓVENES	23
3. LAS CONDICIONES DE CRISTO	26
II. RENOVAR EL MUNDO (1911–1914)	35
1. LA SOCIEDAD NECESITA FORTALEZA Y AMOR	39
2. CONSEJOS PARA EL EJERCICIO DE LA MISIÓN	46
III. CRISTIANOS ENTRE LOS CRISTIANOS (1915–1919)	50
1. PARA QUE SEAMOS LO QUE DEBEMOS	54
2. HASTA QUE CRISTO SE FORME EN VOSOTROS	58
3. VIRTUDES SÓLIDAS	64
IV. ESTA ES NUESTRA FUERZA (1920-1923)	73
1. ESTA ES NUESTRA FUERZA	75
2. LA EVANGELIZACIÓN, NUESTRA RAZON DE SER	95
3. CULTURA Y EVANGELIZACIÓN	98
V. UNA IDEA BUENA (1924-1930)	102
1. ESTA ES LA OBRA Y NO OTRA COSA	104
2. LA ALEGRÍA PERFECCIONA LA OBRA	109
3. VENGAMOS A CUENTAS	112
VI. NUNCA COMO AHORA (1931-1936)	122
1. LA MISIÓN EN LOS TIEMPOS PRESENTES	125
2. AMIGOS FUERTES DE DIOS AHORA COMO NUNCA	137
Créditos	151

